

# QUINTO GRADO EN TORRES DE MALORY

*Enid Blyton*



se

Quinto grado ya. Cada día nos acercamos más al momento de abandonar el refugio y la diversión de Torres de Malory. Pero no nos adelantemos, este curso debemos demostrar todo lo aprendido organizando una función como nunca ha visto el colegio.



Enid Blyton

# Quinto grado en Torres de Malory

Torres de Malory 5

ePub r1.1

Ishamael 10.08.13

Título original: *In the fifth at Malory Towers*

Enid Blyton, 1950

Traducción: C. Peraire del Molino

Ilustraciones: Pablo Ramírez

Diseño de portada: Pablo Ramírez

Editor digital: Ishamael

ePub base r1.0



# Capítulo 1

---

## RETORNO AL PENSIONADO

---

—¡Mira, Felicity! —exclamó Darrell—. ¡Ahí está *Torres de Malory*! Por fin hemos llegado. Siempre estoy atenta para verlo al doblar este recodo. Desde aquí se distingue estupendamente.

Felicity contempló el gran edificio cuadrado de piedra gris, erigido en lo alto de un risco junto al mar y franqueado por cuatro torres cilíndricas.

—La *Torre Norte*, la *Torre Este*, la *Torre Sur* y la *Torre Oeste* —enumeró Felicity—. Me alegro de que nos corresponda la Norte, porque desde allí se domina el mar. ¿Estás contenta de volver al pensionado, Darrell?

—Contentísima —respondió su hermana, sin apartar los ojos del hermoso edificio en lontananza—. ¿Y tú?

—También, pero me entristece separarme de papá y mamá, de la cocinera y de Jane, de los perros y el gato, y...

—¡Y del petirrojo del jardín y de las seis gallinas y los patos, y de la carpa dorada, y de las tijeretas de la galería! —concluyó Darrell, riéndose—. No seas boba, Felicity. Sabes perfectamente que, en cuanto pises los jardines de *Torres de Malory*, te encantará estar allí.

—Por supuesto —asintió Felicity—. Pero en un mundo completamente distinto al de casa, y resulta un poco difícil adaptarse a él, así de sopetón.

—En cambio, yo opino que somos muy afortunadas al poder vivir en dos mundos tan maravillosos como son nuestra casa y *Torres de Malory* —repuso Darrell—. Oye, ¿quién va en ese coche?

Felicity se asomó a mirar.

—June —declaró—. June y su prima Alicia.

Darrell lanzó un resoplido. No sentía la menor simpatía por June, la alumna de primer grado.

—No vuelvas a trabar amistad con esa socarrona y desvergonzada June —advirtió Felicity—. Ya sabes lo que sucedió el último curso. Es preferible que seas amiga de Susana.

—Ésa es mi intención —gruñó Felicity—. No es preciso que me des esos consejos. Ahora ya no soy una novata. Voy a empezar el segundo trimestre.

—¡Ojalá yo pudiera decir lo mismo! —suspiró Darrell—. Me horroriza pensar que a cada curso se acerca más el día en que tendré que abandonar el colegio.

—Otro tanto me ocurre a mí —murmuró Felicity—, sólo que, como aún me quedan tantos cursos por delante, la cosa no me preocupa por ahora. ¡Qué suerte tienes de ser alumna de quinto grado! ¡Caramba, qué honor! Cursar el quinto en *Torres de Malory* no está al alcance de cualquiera. ¡Pensar que yo sólo soy una principiante!

—Sí —convino Darrell—, ahora las de primer grado me parecéis bebés. ¡Verdaderos críos! Es curioso. Recuerdo que, cuando yo cursaba el primero, sentía tal respeto por las alumnas de quinto,

que apenas me atrevía a hablarles; y si alguna me dirigía la palabra, casi me desplomaba en el suelo de emoción. En cambio, «tú» no pareces tomártelo tan en serio.

—Supongo que se debe a que tú eres mi hermana —comentó Felicity—. ¿A santo de qué voy a desplomarme en el suelo porque hables conmigo? ¡No pienso hacerlo aunque te nombren jefa de quinto grado!

—Confío en que no sucederá tal cosa —dijo Darrell—. Bastante responsabilidad tuve como jefa del cuarto superior. Ésta vez preferiría descansar y verme libre de trabas. El pasado curso fue agotador. ¿Te parece poco ser jefa de curso y además, tener que sacar el Diploma de Estudios?

—¡Pero, a Dios gracias, pasaste! —profirió Felicity, orgullosamente—. Y, además, con nota. ¿Aprobaron todas las del cuarto superior?

—No —contestó Darrell—. Gwen no pasó las pruebas, y Alicia enfermó de sarampión durante los exámenes. Y Connie, la melliza de Ruth, tampoco aprobó. Afortunadamente, se quedará en el cuarto. ¡Ahora Ruth podrá expresar su opinión!

Connie y Ruth habían estado en cuarto grado el curso anterior, y sus compañeras solían indignarse con la primera porque nunca dejaba hablar a Ruth e incluso contestaba en su lugar. La cuidaba como si fuera una hermana menor, en vez de una muchacha de su edad, a punto de cumplir dieciséis años. Al presente, con Connie en el curso inferior, Ruth tendría oportunidad de ser dueña de sí misma, en vez de la mera sombra de Connie, lo cual prometía resultar interesante.

—¡Ya estamos en la avenida! —exclamó Felicity—. ¡Mamá! ¡Mira las *Torres de Malory*! ¿No te parecen magníficas?

Su madre, instalada en el asiento anterior del coche, se volvió para sonreír a las dos entusiasmadas caritas.

—Realmente magníficas —convino.

—¡En realidad, son impresionantes! —intervino el señor Rivers, sentado al volante—. ¿Qué tal la palabreja, Felicity? ¿La consideras apropiada? Creo que es la palabra que más te he oído pronunciar durante estas vacaciones.

Las niñas se echaron a reír.

—Las pequeñas lo califican todo de impresionante —dijo Darrell, en tono de superioridad.

—¡Y las mayores también tienen sus latiguillos! —replicó Felicity, deseosa de desquitarse.

Más nadie le prestó atención, ya que en aquel momento el señor Rivers detuvo su coche junto a la gran escalinata, e inmediatamente se vieron todos rodeados de excitadas muchachas que corrían de un lado a otro, entre los coches y autocares. Las alumnas que habían efectuado el viaje en tren acababan de llegar en los autocares que les aguardaban en la estación, y había tal bullicio de voces, gritos y bocinas, que nadie se entendía.

—«¡Darrell!»! —vociferó alguien al tiempo que un excitado rostro miraba al interior del coche por la ventanilla—. ¡Así me gusta! ¡Ya me figuraba que llegarías puntual! ¡Sally anda por ahí!

El rostro desapareció, cediendo el puesto a otro.

—«¡Felicity!»! ¡Ya me imaginaba que eras tú! ¡Apéate en seguida!

—¡Ya voy, Susana! —chilló Felicity, saltando tan súbitamente del coche que cayó encima de

un montón de raquetas de *lacrosse*<sup>[1]</sup> y casi derribó a una alta muchacha que estaba despidiéndose de su familia.

—¡Felicity Rivers, mira por dónde andas! —profirió una voz airada.

Felicity se ruborizó y estuvo a punto de desplomarse al suelo. La que acababa de reprenderla era Irene, alumna de quinto grado. Darrell sonrió para sus adentros. ¡Ah! ¡Aunque Felicity no sentía el menor respeto por una de las mayores, lo cierto era que aún temía a las demás!

—Lo siento, Irene —se disculpó Felicity, en tono sumiso—. Lo siento en el alma.

Darrell se apeó, a su vez, e inmediatamente fue rodeada por sus amigas.

—¡Déjame que te ayude, Darrell!

—Hola, Darrell, ¿te han probado las vacaciones? Creo que pasaste las pruebas del Diploma de Estudios con muy buenas calificaciones. ¡Enhorabuena!

—¡Darrell Rivers! ¿Por qué no contestaste a mi carta? ¡Pensar que te escribí tantas páginas!

Darrell sonrió a los alegres semblantes de las compañeras que la rodeaban.

—¡Hola, Alicia! ¡Hola, Sally! ¡Irene! ¡Por poco haces saltar a mi familia del coche gritándome de ese modo por la ventanilla! ¡Hola, Belinda! ¿Has hecho algún buen dibujo durante las vacaciones?

—¡Darrell! —llamó la señora Rivers desde el coche—. Dentro de unos minutos nos iremos, querida. Dile a Sally que venga un momento a hablar conmigo.

Sally era la mejor amiga de Darrell, y su madre tenía mucha amistad con la señora Rivers. La muchacha se acercó al coche y la señora Rivers la miró con aprobación. Sally, la antigua alumna de primer grado, remilgada e insignificante, se había convertido en una linda y gentil muchacha, robusta y formal, con excelentes modales.

Tras cambiar unas palabras con ella, la señora Rivers buscó con la mirada a Darrell, que hablaba por los codos con un grupo de amigas. Felicity había desaparecido.

—Tenemos que marcharnos —dijo a Sally—. Ve a decírselo a Darrell y a Felicity, ¿quieres?

—¡Darrell! —gritó Sally—. ¡Tu madre te llama!

Darrell se precipitó al coche. Se hallaba ya casi inmersa en el mundo de *Torres de Malory*.

—¿Ya os vais, mamá? Gracias por estas hermosas vacaciones. ¿Dónde está Felicity?

Felicity no aparecía por ninguna parte. Emocionada por el retorno al colegio y atraída por las excitadas voces de sus amigas, se había alejado con ellas sin pensar en nada más. Darrell fue en su busca.

—¿Habéis visto a Felicity?

Muchas la habían visto, pero ninguna sabía dónde estaba.

«¡Qué pelmaza! —pensó Darrell—. Apuesto a que ha subido a su dormitorio para ver qué cama le ha tocado este curso».

Y subió arriba a comprobarlo, sin resultado. Su hermana no estaba allí. En vista de ello, Darrell bajó de nuevo al jardín y volvió junto al coche.

—No la encuentro en ninguna parte, mamá —manifestó—. ¿No podéis aguardar un momento?

—No —repuso el señor Rivers, impaciente—. Tengo que regresar. Dile a Felicity que la hemos esperado para despedirnos de ella. Debemos irnos.

Darrell se abrazó a los dos, sucesivamente. El señor Rivers puso el motor en marcha, pero en el momento en que el coche arrancaba lentamente, alguien chilló detrás de éste:

—¡Papá! ¿Os vais sin despediros?

Felicity apareció como por arte de magia y, agachándose por la ventanilla, añadió:

—¿Te marchabas sin despedirte, papá? ¿Es posible?

—En efecto —confirmó su padre, con una sonrisa exactamente igual que la de Darrell—. No puedo esperar a una muchacha que olvida a sus padres a los pocos segundos de llegar al colegio.

—¡No es cierto! —protestó Felicity—. ¡Yo no os he olvidado! Sólo deseaba ir a ver nuestra aula. La han pintado durante las vacaciones y está preciosa. Adiós, papá.

Al propio tiempo, la chiquilla abrazó a su padre con tal ímpetu que estuvo a punto de despojarle del sombrero. Luego, corriendo al otro lado del automóvil, abrazó también a su madre.

—Escribiré el domingo. Dad recuerdos a la cocinera, a Jane, al jardinero, a los perros y...

¡El coche se movía!

Felicity y Darrell agitaron las manos a sus padres en tanto el auto avanzaba lentamente por la abarrotada avenida y desaparecía con otros coches por la salida a la carretera.

Entonces, Felicity, volviéndose hacia Darrell, exclamó con ojos brillantes:

—¡Qué delicia estar de regreso! ¿Sentiste tú también esta alegría al comenzar el segundo grado, Darrell? Ya no estoy nerviosa ni intimidada como la primera vez. Ahora ya pertenezco al colegio. Conozco a todo el mundo. ¡Es impresionante!

Y subiendo los escalones a carrera tendida, tropezó con *Mademoiselle Dupont*.

—«¡*Tiens!*!». ¡Otra locuela! Oye, Felicity: no pienso...

Pero la chiquilla había desaparecido ya. *Mademoiselle* esbozó una sonrisa y, siguiéndola con la mirada, murmuró:

—¡Éstas muchachas! ¡Cualquiera diría que se alegran de volver!



# Capítulo 2

---

## MÁS LLEGADAS

---

El primer día de curso y último día de clase resultaban siempre muy agitados. Nadie tenía en cuenta el reglamento, todo el mundo hablaba a grandes voces y, a excepción de las juiciosas alumnas de sexto y las profesoras, todas las muchachas corrían al galope por los pasillos y escaleras.

Era divertido ir a ver qué cama le había correspondido a cada una en el dormitorio y quién dormía en la de al lado. Era divertido también ir a echar un vistazo a la clase para comprobar si habían introducido en ella alguna modificación. Y era divertido asimismo saludar a las profesoras, y sobre todo encontrar a *Mademoiselle* Dupont. En cambio, no había posibilidad de hacer lo mismo con *Mademoiselle* Rougier, la otra profesora de francés, pues ésta era tan perspicaz como *Mademoiselle* Dupont ingenua, y tan irritable como pacífica su colega. No había, por tanto, quien se atreviera a tomar el pelo a *Mademoiselle* Rougier.

Darrell fue en busca del resto de sus amigas de quinto grado. ¡Quinto grado! ¡Qué bien sonaba aquello! De hecho le quedaba ya sólo otro grado en perspectiva. ¡Cielos!

Al poco rato, aparecieron Alicia y Sally, con Irene y Belinda.

—Vamos a ver nuestra nueva clase —propuso Darrell—. ¡La de quinto grado! ¡Parece mentira!

La nueva clase era extremadamente hermosa, alta y con vistas al acantilado. Desde allí, se veía el mar de Cornish, a la sazón tan azul como los azulejos, con las olas coronadas de blanca espuma.

—Opino que es un aula maravillosa, ¿verdad? —murmuró Alicia, echando una mirada circular—. Amplias ventanas, magnífica vista, bellos cuadros, y todo pintado en tonos verdes y cremosos.

—¿Sabéis si va a venir alguna nueva alumna? —preguntó Darrell, asomándose a una ventana para aspirar el aire salino del mar.

—Sí, una llamada Maureen —respondió Irene—. He oído hablar de ella. El colegio a donde iba ha cerrado las puertas inesperadamente, al morir la directora, y ahora la muchacha piensa venir aquí a Malory. Aparte de eso, no sé nada de ella.

—Supongo que vas a venir a quinto grado, ¿verdad, Alicia? —inquirió Sally—. Me consta que Connie seguirá en cuarto porque no aprobó los exámenes. Pero tu caso es diferente. Tú no pudiste examinarte porque tuviste el sarampión. A buen seguro, no te dejarán en cuarto.

—¡Oh, no! —exclamó Alicia—. Os aseguro que no habría vuelto al colegio, si no me hubiesen puesto a vuestra altura. La señorita Grayling escribió a mamá diciendo que yo estaba en condiciones de obtener el Diploma de Estudios cuando quisiera, y que podía cursar el quinto con vosotras y preparar, al mismo tiempo, el examen pendiente.

—¿Hay alguna antigua alumna de quinto que repita el curso? —preguntó Darrell.

—Sí —se apresuró a contestar Irene—. Catherine Gray y Moira Linton.

Se percibieron varios gruñidos.

—¡Qué mala suerte! —se lamentó Sally—. ¡Dos de las peores! Nunca me ha gustado Moira.

Es muy dura y dominante. ¿Por qué no ha pasado al grado superior?

—Porque, de hecho, no tiene aún la edad reglamentaria para estudiar el sexto —explicó Irene—. Le falta un año.

—Eso dicen. Pero, personalmente sospecho que gozaba de tan pocas simpatías en general, que la han dejado atrás con esa excusa.

—¿Y qué le pasó a Catherine? —interrogó Sally.

—Ha estado algo malucha —contestó Irene—. Al parecer, trabajó demasiado y abusó de sus fuerzas. En realidad, sé muy poco de ella. Es una de esas chicas que no impresionan a simple vista.

—Total, que tendremos tres nuevas compañeras —concluyó Darrell—. Catherine, Moira y Maureen. ¿Quién será la jefa de curso?

—Tú o Sally —masculló Irene.

—No lo creo —repuso Darrell—. Me figuro que les corresponde a Catherine o a Moira. Al fin y al cabo, hace siglos que pertenecen al quinto. No sería justo dar prioridad a una ex alumna de cuarto.

—Tienes razón —convino Alicia—. ¡Cáscaras! En ese caso, confío en que no resulte elegida Moira. ¡Le gusta hacer la suya! ¿Os enterasteis de cómo obligó a las de segundo a aprender de memoria un largo poema para recitarlo en la Junta de Monitoras, simplemente porque una de ellas escribió una poesía acerca de ella y ninguna quiso confesar quién era la autora? Todas tuvieron que aprenderse el «*Kublai Kan*». ¡Se pusieron furiosas!

—Sí, ya recuerdo —asintió Darrell—. Con todo, supongo que sabremos seguir la corriente a Moira.

—¡Eso si no te hace perder los estribos a cada paso! —replicó Irene, con una socarrona sonrisa.

El genio vivo de Darrell era de todas conocido. La muchacha había tratado de controlarlo durante los cursos, pero invariablemente, cuando se jactaba de haberlo dominado por completo, sufría una nueva arremetida.

—Sí, tendré que ir con tiento —suspiró Darrell, mirando tristemente a las otras—. Lo cierto es que en el curso pasado perdí la paciencia con June, esa desvergonzada primita tuya, Alicia. Confío en que se portará mejor ahora.

—Vino a pasar las vacaciones con nosotros —declaró Alicia—. Como sabéis, tengo tres hermanos, y como June se atrevió a desobedecer a Sam, éste le dio a elegir entre recibir veinte azotes con su propio cepillo para el pelo o dar veinte vueltas diarias a nuestra dehesa, corriendo.

—¿Y qué eligió ella? —preguntaron todas a una.

—Correr alrededor de la dehesa, naturalmente —respondió Alicia—. Y mamá se sorprendió mucho al verla dando tantas vueltas diarias. ¡Con deciros que pensó que estaba entrenándose para algún deporte! Sam la vigilaba con una sonrisa de satisfacción. Conque «*es posible*» que se porte mejor este curso.

—Tendría que cambiar mucho —comentó Darrell—. ¡Caramba! ¿Qué demonios es eso?

Procedente de la calzada, llegaba un rumor de cascos de caballos, tan atronador que, a pesar de hallarse en la parte trasera de *Torres de Malory*, las cinco muchachas podían oírlo distantemente.

—¡Ya está! —exclamó Belinda, precipitándose fuera de la habitación—. ¡Es Bill! Sus hermanos la han acompañado como de costumbre. ¡Todos a caballo! Vamos a la sala de música a mirar por la ventana. Desde allí veremos la llegada.

A poco, hallábamos asomadas a la alta ventana, contemplando un espectáculo que, aunque no era nuevo para ellas, pues lo habían presenciado ya en otras dos o tres ocasiones, nunca les aburría.

Wilhelmina, a quien todas llamaban Bill para abreviar, había llegado montada en su caballo «*Trueno*», acompañada de seis de sus siete hermanos, todos, asimismo, a caballo. ¡Qué maravilloso efecto producían aquellos seis espigados muchachos, comprendidos entre los diez y los diecisiete años, con Bill, su hermana, en medio!

—¡So, para ahí! ¡Quieto, quieto!

—«¡*Trueno!*». ¡Ya hemos llegado!

—¡Bill! Aquí tienes tu maleta.

«*Clip, clop, clip, clop*», marcaban los cascos de los siete magníficos caballos caracoleando por la amplia calzada. «¡*Hrrrrrump!*», relinchó uno de ellos. Y los otros seis le contestaron.

—Bill, ¿dónde podemos abreviar a los caballos? —inquirió la grave voz del mayor de sus hermanos presentes.

—Seguidme —instó Bill.

Y los seis hermanos trotaron hacia el recodo formado por la avenida, detrás de la muchacha, muy erguida sobre su precioso caballo «*Trueno*».

—¡Cáspita! —exclamó Alicia—. ¡Qué colección de hermanos! ¿Dónde está el séptimo?

—En el ejército —explicó Sally—. ¡Qué suerte! ¡Me gustaría tener siete hermanos!

—¡Quiá! —replicó Alicia—. Yo tengo tres y me sobran. No es de extrañar que Bill tenga más cosas de chico que de chica.

—¡Ahí vienen otra vez! —profirió Irene—. Belinda, ¿dónde tienes tu cuaderno de apuntes? Vamos ¡Dibújalos!

Belinda había sacado ya el cuaderno, pues, por lo regular, siempre lo llevaba encima. Su rápido lápiz esbozó los caballos, en tanto las otras observaban sus trazos con admiración. ¡Quién pudiera tener el don de Belinda! La muchacha era capaz de dibujar a la perfección todo lo que se le ponía delante.

Los seis caballos parecían adivinar que Bill y «*Trueno*» iban a quedarse allí. Y relincharon quedamente, con la cabeza enhiesta. Bill acarició los hocicos de los más cercanos a ella.

—Adiós, «*Rayo de Luna*». Adiós, «*Luz de Estrellas*». Adiós, «*Resoplón*». Adiós, «*Sultán*»...

—Presta más atención a los caballos que a sus hermanos —comentó Alicia, con una sonrisa—. Eso es muy propio de Bill. Está loca por los caballos.

—¡Lo mismo que sus hermanos! —observó Sally—. Mirad. Se despiden a voces de «*Trueno*», sin decir una palabra a Bill.

—Ya se van —murmuró Darrell, envidiando a Bill por tener tantos hermanos—. Y «*Trueno*» trata de seguirles. No quiere quedarse.

Bill permaneció sola en la calzada con el impaciente «*Trueno*», que, convencido de que debía marcharse con sus camaradas, se encabritaba y caracoleaba, enojado porque le obligaban a caminar en dirección contraria a los demás.

Los seis caballos montados por los seis hermanos desaparecieron entre un rumor de cascos y una nube de polvo. Bill, con aire solemne, condujo a «*Trueno*» por el sendero que desembocaba en los establos. Detestaba separarse de los muchos caballos que poseía su familia. Pero, a la sazón, asentada ya en *Torres de Malory* y autorizada a llevar allí su caballo, por nada del mundo habría abandonado el pensionado.

Otro rumor de cascos, esta vez acercándose por la calzada, indujo a Bill a tener las riendas de su caballo y al volverse a mirar.

Las cinco muchachas asomadas al ventanal de la sala de música le gritaron.

—¡Bill! ¡Bill! ¡Ahí viene Clarisa! ¡Y también a caballo!

Efectivamente, por la avenida, avanzaba un hermoso caballito con bandas blancas en sus patas, sacudiendo su linda cabeza con arrogancia. Lo cabalgaba Clarisa Carter, que había ingresado en el colegio el último curso. Era una chica menuda e insignificante, con gafas y un feo alambre alrededor de los dientes superiores. Sin embargo, al presente, no llevaba las gafas ni el alambre, y galopaba en su caballo, con sus rojizos cabellos al viento y sus verdes ojos centelleantes.

—¡Bill, Bill! ¡He traído a «*Patas Alegres*»! ¿Verdad que es lindo? ¡Deja que vea a «*Trueno*»! Se harán amigos.

—¡Qué par de chifladas por los caballos! —comentó Alicia, riéndose—. Bill nunca tuvo una amiga hasta que vino Clarisa, de modo que ambas se lo pasarán divinamente este curso, hablando de caballos, cabalgándolos, alimentándolos y cuidándolos...

—¡Restregándoles las pezuñas y cepillándoles las colas! —agregó Irene—. ¡Canastos! Ése trote me ha dado una idea para una nueva canción, una canción con golpe... ¡cómo ésta!

Y tarareó una alegre y sincopada melodía.

—Nuestra querida Irene no está loca por los caballos, pero está loca por la música —suspiró Belinda, guardando su cuaderno de apuntes—. Ahora, en unas semanas, no oiremos otra cosa que canciones con galope. ¡Vamos, canta!

Y persiguió a su amiga fuera de la habitación, a carrera tendida tarareando el nuevo ritmo. Al momento las otras le oyeron farfullar:

—¡Oh, perdone, señorita Potts! ¡No la habíamos visto venir!

# Capítulo 3

---

## NOCHE Y MAÑANA

---

Aquella primera noche, Darrell quiso cerciorarse de que su hermanita Felicity no estaba bajo la férula de June, la prima de Alicia, que tenía trece años y estudiaba el primer grado. Con gran alivio, Darrell comprobó que Felicity departía animadamente con Susana, su amiga del curso anterior.

June permanecía sola, al lado del pequeño grupo de primero. Su rostro ostentaba una expresión resuelta que despertó las sospechas de Darrell.

«Sin duda planea «algo» —pensó—. En fin, mientras deje en paz a Felicity y no la meta en líos, que haga lo que quiera. ¡Qué antipática me resulta esa chiquilla!».

Las alumnas de quinto se retiraron a descansar un cuarto de hora más tarde que las de cuarto. Era una gran cosa disponer de quince minutos más. Mientras se desvestían, las muchachas charlaban amigablemente, haciendo cábalas sobre el futuro.

—Echaré de menos a la señorita Williams —confesó Sally, que sentía gran simpatía por la profesora de cuarto grado—. No sé si...

En aquel preciso momento se abrió la puerta del dormitorio y alguien echó un vistazo al interior. Era Connie, la gemela de Ruth.

—¿Estás bien, Ruth? —preguntó la recién llegada—. Me parece muy raro no tenerte a mi lado. ¿Te desenvuelves bien? ¿Has encontrado tu...?

—¡«Connie»! —estalló Alicia—. ¿Cómo te atreves a venir al dormitorio de quinto cuando tu obligación es estar acostada en el tuyo? ¡Lárgate!

Pero Connie permanecía en la puerta, obstinadamente. Le gustaba horrores discutir.

—Sólo he venido a ver si Ruth estaba sin novedad —le manifestó—. Es la primera vez que nos separamos y...

—¡Lárgate! —vociferaron todas, en tanto Irene blandía su cepillo con tal fuerza que por poco salta un ojo a Belinda.

Con todo, Connie no se daba por vencida. Sus ojos escrutaban el rostro de Ruth, el cual mostraba, asimismo, una obstinada expresión.

—Ruth —instó Connie, en tono apremiante—. Di algo. No te quedes ahí como un pasmarote. Sólo he venido a...

—¡Lárgate! —espetó Ruth, dejándolas a todas mudas de asombro.

Nadie esperaba aquella salida. Ruth se había mostrado tan sumisa a su hermana que, aun cuando había empezado a afianzarse un poco en el curso superior, ninguna de sus compañeras la consideraba capaz de dar órdenes a Connie.

—Ya sé que eres mi hermana melliza y que siempre hemos estado juntas —agregó Ruth, elevando innecesariamente la voz—. Pero ahora yo estoy en quinto y tú en cuarto. Sabes

perfectamente que no puedes andar todo el día pisando los talones a una alumna de quinto grado. ¡Conque déjame en paz y lárgate!

Tan sólo Ruth podía derrotar a Connie y obligarla a retirarse. Boquiabierta, Connie se marchó sin decir nada. Súbitamente, Ruth se sentó en su cama.

—¡Has estado «*sublime*»! —ensalzó Darrell, con calor—. Tendrás que ponerte un poco seria, Ruth. De lo contrario, te expones a que Connie te siga fastidiando todo el día.

—Ya sé —murmuró Ruth con voz apenas perceptible—. Lo malo es... que estoy muy encariñada con ella. Siento mucho haberle hablado así, pero no he tenido más remedio que hacerlo porque me consta que ella nunca hace caso de nadie. De todos modos, no puedo permitir que se entrometa en los asuntos de quinto, ¿verdad? ¡Pobre Connie!

—¡Nada de «*pobre*»! —masculló Darrell—. No la compadezcas. ¡Tiene un tupé de espanto! No cederá fácilmente. Continuará asediándote, y asediándonos todo el día.

—No me sorprendería —convino Alicia, bajando la voz para que no la oyera Ruth—. Connie es tan caradura que necesita una tanda de gritos y sopapos para comprender que molesta.

—Yo tengo una hermana así en cuarto —intervino Moira, inesperadamente—. No se arredra por nada. Es como una pelota de goma. Aunque una se siente sobre ella y la aplaste, al punto vuelve a recobrar su forma primitiva. Una verdadera plaga.

—¿Cómo se llama? —inquirió Darrell—. ¡Ah, un momento! ¿Su nombre es Bridget?

—En efecto —asintió Moira—. ¡Ella y Connie harían una buena pareja!

—¡Confiemos en que trabarán amistad! —suspiró Alicia—. ¡Valiente par! ¡No estaría de más que se limasen las asperezas mutuamente!

Al rato, se hallaban todas acostadas. Darrell estaba al lado de Maureen. Antes de cerrar los ojos, dio las buenas noches a su nueva compañera y a Sally, instalada al otro lado. La cama era más dura que la de su casa, pero le constaba que pronto se acostumbraría a ella. Retiró un poco el edredón, pues la noche era más bien cálida. De improviso, percibió un gemido procedente de la cama vecina.

«¡*Cáspita!* —pensó Darrell, sorprendida—. ¿*Es posible que Maureen llore como una chiquilla de primer grado?*».

Y volviéndose hacia ella, aplicó el oído.

Efectivamente, el gemido persistía.

—¡Maureen! —cuchicheó Darrell—. ¿Qué diablos te pasa? ¿Es posible que a «*tu*» edad te comportes como una criatura?

—Siempre me ocurre lo mismo al principio —balbuceó Maureen con voz trémula—. Me acuerdo de papá y mamá. Y trato de imaginarme qué estarán haciendo en casa. Soy muy sensible, ¿sabes?

—En este caso, procura superar tu sensibilidad —aconsejó Darrell, sucintamente.

A su modo de ver, las chicas que alardeaban de sensibles necesitaban una buena reprimenda, y, si pertenecían al grado elemental, una burlona carcajada.

—¡Pero nadie tiene la culpa de ser sensible! —gimió Maureen.

—Por supuesto —convino Darrell—. No obstante, «*podrías*» abstenerse de hablar de ello. Ea,

procura dormir. No puedo soportar oírte sollozar como si necesitaras un pañuelo y no lo tuvieses.

Maureen se dijo que Darrell era muy adusta. Habría dado cualquier cosa para que en la cama del otro lado hubiese habido una compañera más compasiva.

Pero la cama estaba vacía. Era la de Gwendoline, y ésta no había llegado todavía.

Darrell sonrió para sus adentros en la oscuridad. ¡Si al menos lograran unir a Maureen y Gwen! Maureen tenía un aspecto muy semejante a Gwen y, al parecer, participaba de su débil y necio carácter. ¡Qué maravilloso si conseguían emparejarla y estar a la expectativa de lo que sucedía!

—Aguarda a que Gwendoline llegue mañana —dijo Darrell a Maureen, perversamente—. Es igual que tú. Muy sensible. Estoy segura de que comprenderá lo que sientes. Sigue detestando las primeras noches. Mañana la conocerás, Maureen. Aseguraría que haréis buenas migas.

Sally, que escuchaba en la cama inmediata, lanzó un pequeño resoplido de risa. ¡Qué contenta se pondría Gwen de tener una compañera como ella, alguien que se considerase superior y anhelase ser admirada y compadecida a todas horas! ¡Qué traviesa era Darrell de preparar el terreno con tanta antelación! Más también, ¡qué oportuna!

—¡Basta de conversaciones! —dijo Moira en la oscuridad—. Ya es hora de dormir.

Las ex estudiantes de cuarto acogieron con desagrado aquella súbita orden. Moira no era aún jefa de curso, al menos de momento. Oficialmente, no mandaba todavía. Nadie pronunció una palabra más, pero se oyeron varios gruñidos en diversas camas. Sin embargo, estaban todas muy fatigadas y, en realidad, ninguna, excepto Maureen, deseaba permanecer despierta.

Tras unos pocos sollozos más de Maureen, todo quedó en silencio. Irene se puso a roncar quedamente, como siempre que dormía boca arriba. Belinda, su vecina, se inclinó a darle un fuerte empujón para que se acostase de lado. Obedientemente, Irene dio media vuelta sin siquiera despertarse. ¡Belinda la tenía bien enseñada!

A la mañana siguiente, Connie reapareció en la puerta, con aire belicoso y obstinado.

—¿«*Todavía*» estás ahí? —bromeó Alicia—. ¡Supongo que has pasado toda la noche preocupada por si Ruth dormía a gusto o no!

—No hay ninguna regla que me impida acudir aquí por la mañana a hacer una pregunta, ¿verdad? —soltó Connie—. No seas tan intransigente, Alicia. Sólo he venido a entregar a Ruth un par de medias.

—Gracias —murmuró Ruth, tomándolas.

Connie enderezó dos o tres objetos sobre el tocador de Ruth, más ésta volvió al punto a ponerlos tal como estaban.

—Es inútil, Connie —suspiró—. Déjame tranquila. Ya sabes que ahora estoy en quinto grado.

—Nunca creí que te vanagloriases de haberme dejado atrás —masculló Connie, dando súbita muestra de aturdimiento.

—No me vanaglorio. Anda, vete —repuso Ruth, en voz baja, consciente de que todas las muchachas presentes en la habitación estaban profundamente interesadas en aquella pequeña pugna, aun cuando la mayoría fingían indiferencia. Darrell había logrado impedir que Alicia se entrometiera. De esta suerte, Ruth se las ingeniaría sola para salir del paso.

De pronto, Moira dijo bruscamente, tendiendo un, pequeño libro a Connie:

—¿Quieres llevar este libro a mi hermana Bridget? También estudia cuarto grado. Supongo que ya has hablado con ella.

—Sí, desde luego —afirmó Connie—. Le daré el libro.

Y tomándolo, salió de la estancia sin volverse a mirar a Ruth. Darrell observó de reojo a esta última. Parecía muy tristonza. ¡Qué vergüenza que Connie la pusiera en aquella difícil situación! ¿Cómo era posible que fuese tan caradura?

Sonó la campana del desayuno. Maureen lanzó un gemido.

—¡Oh! ¿Ya toca la campana? ¡Creí que aún estaba en Mazeley Manor! ¡Allí la campana tocaba mucho más tarde!

—Temo que vamos a oír hablar de Mazeley Manor a todas horas —cuchicheó Darrell al oído de Sally, mientras ambas bajaban la escalera.

—Tal vez Gwen nos sacará del apuro —sonrió Sally—. Tu plan es ése, ¿verdad? Ahora lo que se trata de dilucidar es si Gwen vendrá a quinto. Como ella tampoco obtuvo el Diploma de Estudios, ¡a lo mejor la dejan en cuarto con Connie!

—No lo creo —replicó Darrell—. Es demasiado mayor. Incluso excede en unos meses la edad normal de las de quinto. Al fin y al cabo, Connie es mucho más joven. De modo que no pierde nada.

Durante el desayuno interrogaron a *Mademoiselle* a propósito de Gwen.

—¿Vendrá a quinto con nosotros? —preguntó Darrell.

—Sí, naturalmente —contestó *Mademoiselle*—. Ciertamente fracasó la pobrecilla, en aquel terrible examen vuestro, pero estaba enferma. Sí, enferma del corazón, pobre Gwendoline.

Las muchachas se tocaron unas a otras con el codo. ¿Gwen, enferma del corazón? En realidad, Gwen había fingido tener palpitaciones para librarse del examen, pero nadie se había tragado el anzuelo, salvo *Mademoiselle*. Y Gwen había tenido que examinarse, a pesar de todo, sin que la acompañe el éxito.

—En fin —barbotó Alicia—, prescindiendo del corazón, por lo visto vendrá a quinto. ¡«Querida» Gwendoline Mary! ¡«Qué» gusto tenerla de nuevo entre nosotras!



# Capítulo 4

---

## LA SEÑORITA JAMES DA UNA BUENA NOTICIA

---

Las alumnas de quinto se dirigieron a su clase un poco antes de las nueve. Una vez allí, disfrutaron de la magnífica vista. Darrell abrió las ventanas de par en par, para que entrase el aire de septiembre.

—¡Qué delicia! —exclamó—. Supongo que nos dejarán bañar aún. Apuesto a que el agua junto a las rocas está estupenda ahora.

Maureen replicó, alarmada:

—¡A buen seguro, nos permitirán que nos bañemos! Al menos, en Mazeley, nosotras...

—¡Debía de ser un colegio maravilloso! —ironizó Alicia, con uniforme entonación.

—¡Oh, sí! Y nosotras solíamos... —continuó Maureen.

—¡«Lástima» que tuviese que cerrar! —interrumpió la joven Irene.

—Sí, lástima —convino Maureen, satisfecha de aquel súbito interés por su ex colegio—.

Todas éramos muy...

—Sin duda, *Torres de Malory* debe de parecerse muy deficiente en comparación con aquel portentoso lugar —intervino Belinda, en tono, asimismo, muy solícito.

—Con todo, haremos lo que podamos —le aseguró Sally.

Maureen empezó a dudar de la buena intención de aquellas interrupciones, pese a su aparente amabilidad. Acaso sería preferible no hablar más del asunto hasta sentirse segura en el nuevo terreno que pisaba. Aquéllas chicas parecían muy distintas de las del inolvidable Mazeley Manor.

—¿Qué tal es nuestra nueva profesora la señorita James? —preguntó Darrell a Catherine y a Moira—. Vosotras la habéis tenido en varios cursos. ¿Es agradable?

—Hasta cierto punto, sí —declaró Moira—. ¡Pero atención! En un abrir y cerrar de ojos, pasa de dulce a amargo, ¡y pobre de la que no advierte en seguida el cambio! No obstante, Jimmy es de buena pasta.

—La llamamos James cuando está agria, y Jimmy cuando está amable —explicó Catherine, con su radiante sonrisa—. En realidad, es un sol.

—Para Catherine, la mayoría de la gente son «soles», «almas buenas» e incluso «corderos» —advirtió Moira—. Nunca habla mal de nadie, ¿verdad, Catherine? Y si alguien le pide un favor, Catherine se lo hace con mil amores... le encanta complacer a las demás.

—No seas boba, Moira —murmuró Catherine, ruborizándose.

No obstante, una expresión inquieta asomó a sus ojos. ¿Estaba Moira tomándole el pelo, burlándose de ella un poco? Las otras no se formularon esta pregunta. Sabían a qué atenerse; Moira no estaba alabando a Catherine, sino mofándose de ella. Probablemente, Moira era de las que nunca alabarían a nadie de corazón.

Las muchachas habían escogido sus pupitres. Naturalmente, los preferentes, al fondo del aula,

fueron para las dos antiguas alumnas de quinto, Moira y Catherine, y para Darrell y Sally, por haber sido ambas jefas de curso del trimestre anterior. Irene y Belinda ocuparon, asimismo, pupitres posteriores.

Al presente, había otras muchachas en la estancia, pertenecientes también a quinto grado, pero procedentes de otras torres: Tessa, Janet, Penélope, Katie, Dora, Gladys, a quienes las alumnas de quinto de la *Torre Norte* conocían de nombre y de vista, más no tan a fondo como a sus compañeras de torre. Las chicas de todas las torres se mezclaban en las clases y juegos, pero se separaban por completo después, ya que cada cual comía, descansaba y dormía en su respectiva torre.

—¡Chist! —musitó alguien—. ¡Ahí viene Jimmy!

Y, en efecto, entró Jimmy, o sea la señorita James, una mujer muy alta y enjuta de unos cincuenta años, cuyo ensortijado cabello gris formaba una aureola alrededor de un rostro inteligente de afables y sagaces ojos castaños.

—Sentaos —murmuró la profesora.

Todas obedecieron entre un rumor de sillas, pies, papeles y libros. La señorita James aguardó hasta que se hizo el más completo silencio.

—Bien —empezó, posando sucesivamente su perspicaz mirada en cada una de las muchachas—; una vez más me enfrento con una nueva clase. Creo que sólo tres de vosotras asistíais el pasado curso, si bien por diversas causas no habéis pasado al sexto y, por tanto, seguís aquí. Vosotras contribuiréis en mucho a enseñar mis costumbres a vuestras compañeras.

Las muchachas buscaron con la mirada a la tercera antigua alumna de quinto grado. Era la pequeña Janet, excesivamente joven para pasar a sexto. Había empezado el quinto hacía escasamente un año, por haber obtenido su Certificado de Estudios a una edad absurdamente temprana. Darrell se dijo que aquella chica aún tenía aspecto de alumna de cuarto, en vez de quinto.

Janet parecía satisfecha de repetir el curso. Temía el sexto grado. En cambio, Moira estaba enfurruñada. Le fastidiaba quedarse atrás. Catherine aparecía radiante, dispuesta a prestar toda su colaboración a la señorita James intentó atraer la mirada de la profesora, pero por algún motivo la señorita James miraba fijamente en otra dirección.

Catherine conservó un buen rato su radiante sonrisa, miraba esperanzada a la señorita James. Pero la maestra, cambiando de tema, se puso a hablar de otra cosa. Y Catherine no tuvo más remedio que dejar de sonreír, en vista de que los músculos de sus mejillas empezaban a dolerle.

—Darrell será la jefa de deportes de quinto grado —declaró la señorita James—. Y Sally su ayudante. ¿Te das cuenta, Darrell, de que ser jefa de deportes de quinto supone hacerse cargo de los partidos de algunas de los equipos de las pequeñas de la escuela elemental? Eso te llevará un poco de tiempo, pero contarás con la ayuda de Sally.

Darrell no cabía en sí de gozo. ¡Qué suerte poder elegir algunas de las jóvenes alumnas de primer y segundo grado y prepararlas para los equipos tercero y cuarto de *Torres de Malory*! ¿Y si ella y Sally formaban unos equipos tan excelentes que ganaban todos los partidos en el colegio y fuera de él? ¡Qué récord conseguirían! Darrell soñó despierta imaginándose a los disciplinados

equipos de la escuela elemental ganando partido tras partido.

«Entrenaré a Felicity —pensó—. Ya es muy buena jugadora, pero la convertiré en campeona. Susana también es buena. Y pondré en forma a la pequeña June. ¡Cielos! ¡Ahora tendrá que apechugar! ¡No le dejaré pasar nada! Además cuento con Harriet y con Lucy, ambas de segundo...».

Tan ensimismada estaba en sus sueños de formar aquellos grandes equipos de *lacrosse*, que no oyó parte de lo que continuaba diciendo la señorita James.

—Todas trabajasteis mucho el pasado curso —dijo la profesora—. Prácticamente, todas vosotras pasasteis con éxito el examen para obtener el Diploma de Estudios. Las que no aprobaron, debieron su fracaso a causas justificadas y más adelante tendrán otra oportunidad. Serán especialmente preparadas para ello, y tendrán que dejar una temporada las habituales lecciones de esta clase hasta que termine el examen.

Alicia suspiró. Sin duda, el examen no sería aquel trimestre, pero detestaba la idea de tener que separarse de las otras para someterse a una preparación especial. ¡Qué mala suerte la suya! ¿Por qué había de enfermar de sarampión justamente en la semana de los exámenes del curso anterior?

—Ahora bien, como todas estudiasteis mucho el pasado curso, procuraré no apretaros demasiado en éste —prometió la señorita James, en tanto un suspiro de alivio general invadía el aula como una suave brisa—. Quiero decir con ello que no os sobrecargaré de deberes, ni os abrumaré con lecciones. En lugar de eso, tendréis otras actividades. Por ejemplo, quiero que mis alumnas de quinto preparen la función navideña este año.

Al oír esto, todas se enderezaron. ¿Conque ellas serían las encargadas de realizar la función de Navidad? ¡Caramba! ¡Qué divertido! ¿Por qué se decidirían? ¿Por una comedia, una pantomima o un «*ballet*»? Toda suerte de pensamientos cruzaron por las mentes de las muchachas, al tiempo que todas se miraban unas a otras, complacidas.

—Lo haréis todo solas, salvo si necesitáis algún consejo del señor Young, el profesor de música, o de la señorita Greening, la profesora de declamación —prosiguió la señorita James, satisfecha de la complacencia mostrada por sus alumnas.

Cuando éstas ingresaban en quinto grado, ¡cómo les gustaba hacer las cosas por su cuenta, sin invitación de nadie! De hecho, si entonces no aprendían a desenvolverse solas, jamás conseguirían obrar por propia iniciativa.

—Vosotras mismas elegiréis a vuestras directoras artísticas —advirtió la señorita James—. En vuestro lugar, nombraría al menos dos, porque una sola no podrá con todo. Cuanto más pongáis de vuestra parte, tanto más complacidas estaremos la señorita Greening, la directora y yo. De todos modos, tendremos mucho gusto en aconsejaros y ayudaros, caso que requiráis nuestra colaboración.

Todas las muchachas de la clase resolvieron al punto no pedir un solo consejo. La función de Navidad, fuera cual fuere, sería obra exclusivamente suya.

«¡Será la mejor presentada en Torres de Malory!» —se prometió Darrell.

«Invitaremos a nuestros padres —pensó Sally—. ¡Qué sorpresa se llevarán!».

«Será una buena oportunidad», se dijo Alicia, en tanto su ágil mente acariciaba toda clase de proyectos.

Ansiaba celebrar la primera junta. ¡Si al menos la nombraran una de las directoras artísticas! Ella era una buena organizadora. Tenía más inventiva y más recursos que ninguna. ¡Estaba convencida!

Todas esperaban con impaciencia la hora del recreo, a fin de discutir las ideas inspiradas por la declaración de la señorita James. Irene estaba en el séptimo cielo, preguntándose, gozosa, si sus compañeras le «dejarían» componer la música, caso que se decidieran por una comedia musical. ¡La música para una comedia musical! ¡Cielos! ¡Aquella le proporcionaría una oportunidad única!

Mavis también soñaba complacida. ¿Podría cantar algo si se representaba una comedia o un musical? Aquél trimestre estaba autorizada a practicar debidamente el canto, e incluso tendría un profesor especial para ella, que acudiría al colegio para enseñarla. ¡Oh, si pudiera cantar las principales canciones!

Por fin llegó la hora del recreo. Las alumnas de quinto salieron en grupo al jardín y se reunieron en un rincón, hablando todas a la vez.

—Tendremos que celebrar una junta en regla —propuso Darrell—. ¡Canastos! ¡Estoy emocionada! ¡Pensar que podremos organizar la función de Navidad por nuestra cuenta! ¡Y pensar que soy capitana de deportes y responsable de la elección y entrenamiento de los equipos de la escuela elemental! ¡Lo malo es que no tendré tiempo de estudiar!

—Ahora ya sabemos estudiar —repuso Sally—. La que no haya aprendido, ya no aprenderá nunca. En la actualidad tenemos otras cosas que aprender, como por ejemplo hacer proyectos por nuestra cuenta, realizarlos, trabajar juntas en ellos, y otras tantas actividades.

—Según eso, ¿creéis que Jimmy ha planteado todo esto para que aprendamos «otras» cosas? —interrogó Daphne.

—Es muy probable —respondió Alicia—. Pero ¿qué importa? ¡Si preparando una comedia musical aprendemos algo, tanto mejor! ¡Por mí, encantada!

—Tendremos que nombrar una comisión —decidió Moira, tomando las riendas.

Sally, Darrell y Alicia experimentaron una súbita contrariedad. Estaban tan acostumbradas a disponerlo todo en cuarto que les resultaba difícil reconocer la autoridad de Moira. No obstante, era la jefa de curso. Tenía, pues, derecho a tomar el mando, y estaba perfectamente capacitada para ello. De eso no cabía la menor duda.

Todas las muchachas notaban el impacto de la recia y dominante personalidad de Moira, como asimismo de Alicia, que también era fuerte de carácter. Con todo, Alicia, al revés de Moira, tenía un gran sentido del humor, y ahí radicaba la diferencia.

Alicia podía decir algo mordaz y, no obstante, provocar una carcajada por la forma en que lo decía. Además, al contrario de Moira, era alegre y jovial. ¡En fin! En el mundo había de haber de todo, pensó Darrell, y en él tenían cabida no sólo las Moira, sino las Gwen, Maureen, Sallys, Irenes y Belindas.

«¡Sólo que unas son «más» simpáticas que otras!», se dijo Darrell.

—Es preferible que nombremos una comisión de siete u ocho —continuó Moira—. La

elección la haremos como de costumbre. Cada una de nosotras escribirá los nombres de sus candidatas para el cargo y luego meterá su voto en una caja. Después sacaremos todos los papeles, los abriremos y los contaremos para ver quiénes han obtenido más votos. Lo haremos esta misma noche.

«¡Ojalá resulte elegida miembro de la comisión!», pensó Darrell.

Alicia abrigaba idénticas esperanzas, deseosa de tomar cartas en el asunto. ¡Estaba segura de poder asumir toda la responsabilidad, si la dejaban!

# Capítulo 5

---

## MEDIA HORA AL SOL

---

—¿Cuándo vuelve nuestra querida Gwendoline Mary? —preguntó Alicia, mientras permanecían todas tendidas al sol después de comer, a las dos menos cuarto de aquel día.

Hacía un tiempo tan cálido y soleado que parecía verano. Todas las muchachas habían encontrado rincones acogedores en el jardín, y éste se hallaba colmado de pequeños grupos de jovencitas, tomando alegremente el sol.

—¿Gwen? —replicó Darrell—. ¡Oh, sí! Llegará a la hora de merendar. ¡Nuestra «querida» Gwendoline Mary! ¿La consideráis lo que Catherine denominaría una «cordera»?

—Creo que hay una porción de nombres mucho más apropiados para ella —masculló Belinda, ocupada en dibujar a Mavis, que se había dormido con la boca abierta.

—¿Es simpática Gwendoline? —interrogó Maureen—. «Tengo la impresión» de que lo es.

—¿Simpática? —sonrió Darrell, guiñando un ojo a Alicia—. ¡Te encantará! ¡Es «tan» comprensiva y atenta! Además, siempre está dispuesta a escuchar. Tiene una conversación muy amena y cuenta unas historias muy graciosas sobre su familia, sus perros y sus gatos. Podrías escucharla durante horas, Maureen.

—¿Es aficionada a los deportes? —inquirió Maureen, que, por su parte, no lo era en absoluto—. En Mazeley Manor no los practicábamos si no queríamos. Me refiero, a que no eran obligatorios, como aquí. Eso, en mi opinión, es un error.

—Gwen detesta los deportes —respondió Alicia—. Pero como está muy gorda, se ve obligada a practicarlos irremediabilmente y andar varias millas diarias.

—¡Pobre Gwendoline! —exclamó Maureen, simpatizando profundamente con su ausente compañera de curso—. Al parecer, ella y yo tenemos mucho en común. ¿Tiene... tiene alguna amiga predilecta? ¡Pero qué pregunta más tonta! Es natural que una chica así tenga una amiga íntima. No obstante, he pensado que, como soy nueva aquí, sería «estupendo» encontrar a alguien que no contara ya con una compañera para ir de paseo y conversar.

—A ver, déjame recordar —murmuró Alicia, parpadeando y mirando al cielo—. ¿«Tiene» Gwendoline Mary una amiga?

Todas simularon pensar profundamente.

—Bien, tal vez no una amiga «especial» —declaró Irene con un pequeño resoplido de risa—. En realidad, Gwendoline es amiga de todo el mundo, ¿no creéis?

—¡Has dado en el clavo! —convino Darrell, conteniendo la risa—. Creo que congeniaría con Maureen, ¿verdad?

—Apuesto a que simpatizaría mucho con ella —declaró Belinda con la máxima convicción—. Despierta, Mavis, y comprueba lo hermosa que estás cuando duermes.

—¡Estúpida! —gruñó Mavis, echando una ojeada al cómico dibujo de Belinda en el que

aparecía dormida con la boca abierta.

—Es un dibujo excelente —ensalzó Maureen, contemplándolo a su vez—. Yo también sé dibujar. Era una de las mejores de Mazeley Manor. Un día tengo que enseñarte mis dibujos, Belinda. Son de estilo parecido a los tuyos.

Belinda estuvo a punto de replicar con una frase sucinta y descortés, pero Irene, mirándola con ceño, se adelantó a su intento y dijo a la confiada Maureen, empleando un tono dulzón:

—Supongo que también sabes cantar, ¿no?, y componer.

—Sí, sé cantar —asintió Maureen, satisfecha de la atención de que era objeto—. Tomé lecciones especiales en Mazeley Manor. El profesor de canto decía que mi voz era excepcional. Y he compuesto, además, unas pocas canciones. ¡Pero, basta ya! ¡No está bien que me hagáis hablar así de mí misma! —concluyó con su estúpida risita.

Todas las demás sentían también deseos de reír. ¿Cómo era posible que existiera un ser tan necio?

—¿Había muchas alumnas en tu ex colegio? —inquirió Sally, sorprendida de que existiese un pensionado capaz de lanzar al mundo un producto como Maureen.

—No, era un colegio muy «*selecto*» —contestó Maureen—. Sus alumnas eran elegidas cuidadosamente.

—Tendrás que contar todo esto a Gwen —aconsejó Alicia, gravemente—. ¿No os parece, muchachas? Gwen se interesará «*mucho*» por ese tema. ¿Y no opináis que nuestra querida Gwendoline estará encantada de tener una amiga como Maureen? Tengo la impresión de que Maureen es más fina que nosotras, y estoy segura de que ella apreciará mucho esta cualidad.

Maureen casi no podía creer que todos aquellos maravillosos comentarios se refiriesen a ella. Miró a su alrededor algo recelosa, pero comprobó que todas las muchachas la observaban con expresión formal. Irene tuvo que desviar su mirada, convencida de que iba a explotar una de sus sonoras carcajadas.

—Gwen se siente muy sola cuando vuelve al colegio —continuó Alicia—. Entonces es el momento de hablarle, Maureen. Os presentaremos, y haréis amistad.

—Muchísimas gracias —agradeció Maureen, solazándose en lo que se le antojaba una estima general de su persona—. A decir verdad, no creo que las muchachas de Mazeley Manor os aventajasen en amabilidad.

Irene soltó un fuerte resoplido, pero logró convertirlo en un acceso de tos, seguido de un estornudo.

Maureen volvió a mostrarse un poco recelosa, pero en aquel momento *Mademoiselle* Dupont se acercó a ellas sonriente. Antes de sentarse en el césped, la profesora se cercioró de que no había en él hormigas, tijeretas o escarabajos. Le horrorizaban los insectos. Una vez instalada, sonrió amablemente a las muchachas. Éstas correspondieron a su sonrisa. Simpatizaban mucho con la regordeta, irascible y jocosa profesora de francés, muy distinta de *Mademoiselle* Rougier, siempre malhumorada. A veces, si se enojaba *Mademoiselle* Dupont estallaba, pero su enfado duraba poco.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Estáis «*cogiendo*» el sol?

Todas la miraron sorprendidas.

—Querrá usted decir «*tomando*», ¿no, *Mademoiselle*? —corrigió Darrell, riéndose.

—Sí, eso es —asintió *Mademoiselle*—. ¡Qué hermoso sol! —añadió meneando sus rollizos hombros con fruición.

No obstante, a los pocos instantes, probablemente se retiraría a la sombra, temerosa de que le saliese una peca.

—Y tú «*ma petite*» Maureen, ¿te vas habituando a esto, verdad? —preguntó amablemente *Mademoiselle*, al ver a Maureen a su lado—. Aunque, por supuesto, debes de echar de menos tu antiguo colegio. A propósito, ¿cómo se llamaba? ¡Ah, sí! Measley Manor, ¿no es eso?

Al punto quedó asombrada por un coro de carcajadas.

—¡Oh, *Mademoiselle*! —farfulló Belinda casi llorando—. ¡Es usted única! ¡Siempre da en el clavo!<sup>[2]</sup>

—¿En el clavo? ¿Qué clavo? —interrogó *Mademoiselle*, mirando a su alrededor como si esperase ver un clavo suspendido en el aire—. Yo nunca doy en nada. No os burléis de mí ahora. ¡Hace demasiado calor!

Y volviéndose nuevamente a Maureen, dijo sonriendo a la rubia muchacha:

—¡Qué chicas! ¡Siempre interrumpen a su vieja y amable *Mademoiselle*! Te preguntaba por tu hermoso colegio Measley Manor.

Ésta vez fue demasiado. La ofendida expresión de Maureen por las palabras de *Mademoiselle* y la actitud de sus risueñas compañeras indujo a éstas a revolcarse en la hierba, muertas de risa. *Mademoiselle* se quedó estupefacta. ¿Qué había dicho para despertar semejante hilaridad?

—Todo cuanto he hecho es preguntar por ese hermoso... —empezó de nuevo, aturdida.

Nadie cesó de reír. Maureen se puso en pie y se alejó, ofendida. ¡Qué horrible reírse de aquel espantoso nombre dado a su antiguo colegio! ¿Sería «*posible*» que *Mademoiselle* lo hiciese adrede? ¿Estaría también burlándose de ella? A decir verdad, Maureen empezaba a dudar de la sinceridad de todas las cosas agradables que acababan de decirle sus compañeras.

—¡Oh, qué risa! —farfulló Darrell, incorporándose y enjugándose las lágrimas que fluían de sus ojos—. ¡Es usted un sol, *Mademoiselle*! En lo sucesivo, sacaremos a relucir el «*Measley*» Manor cada vez que Maureen nos vuelva a hablar de su dichoso colegio. Pronto la curaremos de ese estribillo.

—Daría cualquier cosa por qué Gwen viniese en seguida —suspiró Sally—. Ardo en deseos de verlas juntas. Maureen se parece tanto a Gwen, que ésta tendrá la sensación de verse en un espejo cuando la conozca.

—Vamos, vamos —reprendió *Mademoiselle*—. No gastéis «*bomas*» a Maureen. (Quería decir «*bromas*», por supuesto). ¡Uf! ¡Qué calor! Presiento que me saldrá una peca en la nariz. Voy a sentarme a la sombra. ¡Uf!

—Vamos a pasarlo muy bien este curso, *Mademoiselle* —dijo Darrell—. Nos dedicaremos mucho a los deportes, y las de quinto prepararemos la función de Navidad. Temo que apenas dispondremos de tiempo para estudiar francés.

—«*¡Mechante filie!*» —exclamó *Mademoiselle*, al punto, abanicándose violentamente e intensificando con ello su acaloramiento—. Eres muy mala, Darrell. Tendrás mucho tiempo para



estudiar francés. Nada de «*bomas*». Éste curso «*no habrá tiempo*» para «*bomas*».

—¿Por qué no gasta «*usted*» una «*boma*», *Mademoiselle*? —propuso Alicia, indolentemente—.

Le damos permiso para gastárnosla a nosotras.

—¡Oh, sí! —exclamó Sally, gozosamente—. ¡Todas las que quiera!

—Lo malo es que las adivinaremos —se lamentó Mavis.

—¡Ah! —barbotó *Mademoiselle*—. ¡Sería «*superbe, magnifique, merveilleuse*»! ¡Una «*boma*» que os dejaría patitiesas!

—La desafiamos a que lo haga, *Mademoiselle* —espetó Alicia.

—No me atrevo —repuso *Mademoiselle*—. Es posible que ideara una «*boma*», pero no podría ponerla en práctica. ¡Ay! No tengo vuestro atrevimiento.

Sonó la campana de las clases de la tarde. Todas se pusieron en pie. Alicia levantó a *Mademoiselle* con tal fuerza, que estuvo a punto de derribarla de nuevo a tierra.

—En cambio, tú eres demasiado atrevida, Alicia —refunfuñó la profesora, enojada—. ¡Excesivamente atrevida!

# Capítulo 6

---

## LLEGA GWENDOLINE

---

Gwendoline llegó en coche un poco antes de la hora de merendar. Inmediatamente se propagó la noticia.

—¡Nuestra querida Gwendoline Mary ha vuelto! ¡Venid a ver las efusivas despedidas!

Las despedidas de Gwendoline eran proverbiales en *Torres de Malory* por su comicidad. Invariablemente había lágrimas, abrazos y requerimientos de escribir pronto, repetidos hasta la saciedad por ella, su madre y su antigua institutriz, la señorita Winter, que vivía con ellos.

Una hilera de caras atisbaban desde las ventanas que daban a la calzada. Gwendoline se apeó del automóvil, seguida de su madre y de la señorita Winter. Su padre, sentado al volante, no se movió. Había quedado muy harto de Gwendoline aquellas vacaciones.

Y al tiempo que Gwen, su madre y la señorita Winter sacaban sus respectivos pañuelos, todas las traviesas espectadoras apostadas en las ventanas, hicieron lo mismo.

—¡Ahora enjuguémonos los ojos! —continuó Alicia.

Y, efectivamente, tanto arriba como abajo se sucedieron los sollozos, fingidos o reales, y entraron en función los pañuelos.

Naturalmente, Irene echó a perder la parodia con una de sus explosiones de risa. Los cuatro recién llegados miraron hacia lo alto, sorprendidos, y vieron a las muchachas en plan de enjugarse los ojos también.

El señor Lacey se asió al volante y, estallando en carcajadas, exclamó:

—¡Están representando una comedia tan buena como la tuya, Gwen!

No bien se vieron descubiertas, las muchachas asomadas a la ventana desaparecieron, un poco molestas. Era probable que la señora Lacey se quejase de sus modales. Sería muy propio de ella.

—Sube al coche, mamá —instó Gwendoline, exasperada.

Ignoraba que la estuviesen viendo. Le encantaban aquellas pequeñas escenas de despedida. ¡Pensar que ésta se la habían estropeado! Sin verter una sola lágrima más, la muchacha empujó a su madre y a la señorita Winter al interior del coche.

—No me gusta ese comportamiento, Gwendoline —refunfuñó la señora Lacey, ofendida por la conducta de las muchachas—. Tengo intención de escribir a la señorita Grayling, protestando.

—¡Oh, «no», mamá! —exclamó Gwendoline, alarmada.

Nunca le había gustado ponerse en evidencia ante la señorita Grayling bajo ningún pretexto. En ocasiones, la directora le había dicho cosas horribles.

—De acuerdo, Gwen —intervino su padre, secamente—. No se lo permitiré. Y ahora, por amor de Dios, despídete de una vez y entra en el colegio. Y recuerda que, si este curso cometes alguna tontería, tendrás que habértelas conmigo, no con tu madre. El pasado fue pésimo, y pagaste las consecuencias. Conste que volverás a pagarlas si recibo malos informes de ti. Por otra parte, yo

seré el primero en alegrarme si son buenos. Confío en que así será.

—Sí, papá —murmuró Gwendoline, sumisamente.

—¿Es posible que te muestres tan duro con Gwen justamente en el momento en que vamos a dejarla? —reconvino la señora Lacey, enjugándose de nuevo los ojos—. Adiós, querida. ¡Te echaré mucho de menos!

Gwendoline echó una desesperada ojeada a las ventanas. ¡Cielos! ¿Iba su madre a empezar otra vez?

—Adiós —dijo sucintamente, cerrando la portezuela del coche.

Al punto, su padre embragó y el auto arrancó. Sin siquiera volverse a agitar la mano a sus parientes, Gwendoline subió los escalones de acceso con su raqueta de *lacrosse* y su maletín. El baúl lo había mandado con antelación.

Maureen no vio a Gwendoline hasta la hora de merendar, pues no había sido testigo de la cariñosa despedida. Gwen subió su maleta al dormitorio y se alegró de encontrar la estancia vacía. Se miró en el espejo. Ya no estaba gorda, al menos «*no mucho*», decidió. Todas aquellas detestables caminatas habían reducido considerablemente su peso. Y ahora le esperaba un curso con profusión de actividades deportivas y paseos, aunque, afortunadamente, sin zambullidas en la piscina.

Sonó la campana de la merienda. Rápidamente, Gwen se cepilló la sedosa y dorada cabellera. Idéntica a la de Maureen, se lavó las manos, enderezó su corbata y bajó.

Entró en el comedor con las últimas muchachas. Inmediatamente vio a sus compañeras en la mesa de quinto grado. Todas le agitaron la mano, diciendo:

—¡Hola! ¡Aquí está nuestra querida Gwendoline Mary!

—¿Cómo te han probado las vacaciones?

—Fuiste a Francia, ¿verdad? ¡Qué afortunada eres!

—Llegas con un día de retraso. ¡Te has perdido ya muchas cosas!

—¿Ya te has despedido de tu familia?

Gwendoline se alegraba de haber vuelto al colegio. Por supuesto, le «*gustaba*» estar en casa con su madre y la señorita Winter, bien servida y regalada, pero el pensionado resultaba divertido. Resolvió, pues, ser sensata y tomar parte en todas las actividades de aquel curso.

—¡Hola a todo el mundo! —exclamó, sonriendo amablemente a sus compañeras—. ¡Qué alegría estar de vuelta! Tendréis que contarme todas las novedades. Regresé de Francia justamente ayer.

—¡Ah, «*la belle*» Francia! —intervino *Mademoiselle*—. ¡Tenemos que dedicar varias «*chalias*» a nuestra «*belle*» Francia tú y yo!

—Querrá usted decir «*charlas*», ¿no, *Mademoiselle*? —corrigió Gwen, tras la primera sorpresa—. Sí, desde luego, será estupendo.

—¿Sabes, Gwendoline? —murmuró Alicia, en un tono de voz sospechoso—. Hay una chica nueva. Permíteme que te la presente. Te gustará. Aquí tienes a Maureen. Y tú, Maureen, ésta es Gwendoline Mary. Las dos se parecen bastante, ¿verdad, *Mademoiselle*?

—«*¡C'est vrai!*» —convino *Mademoiselle*—. Sí, en efecto. ¡Las dos tan rubias y con esos

ojazos tan azules! ¡Maureen es una auténtica belleza inglesa!

El comentario satisfizo enormemente a Gwen y a Maureen, y las indujo a observarse mutuamente con gran interés. Ambas se estrecharon la mano, sonrientes.

—Te he guardado sitio —musitó Maureen, tímidamente, mirando a Gwen con ojos muy redondos.

Gwen tomó asiento y contempló la mesa para ver qué había de merienda. Estaba hambrienta después del largo recorrido en automóvil.

—Toma un poco de mi miel —ofreció Maureen, ansiosamente—. Tenemos abejas, ¿sabes?, y siempre recogemos «*mucha*» miel. También tenemos gallinas que ponen muchos huevos. He traído algunos. Supongo que querrás compartirlos conmigo.

Gwendoline estaba encantada. ¡Caramba! ¡Sin duda había causado una excelente impresión a la nueva alumna, aun cuando justamente acababa de llegar!

—Las otras me han contado muchas cosas de ti —declaró Maureen—. ¡Por lo visto, eres muy popular!

En cierto modo, esto no convenció a Gwendoline. Le constaba que no era tan popular como suponía su nueva compañera. De hecho, aunque no se lo confesara abiertamente, sabía perfectamente que, en realidad, era, de todas las alumnas de la clase, la que gozaba de menos popularidad.

Maureen charló animadamente, y Gwen la escuchó, no ya porque le interesase mucho su parloteo, sino porque estaba ocupada comiendo. A aquel paso, pensó la divertida Alicia, Gwendoline recuperaría con ventaja toda la grasa que perdiera con la gimnasia, los deportes y los paseos.

—Sin duda te alegrará saber que este curso no tendremos que trabajar tanto, Gwen —le dijo Alicia—. Dedicaremos más tiempo a los deportes y a la gimnasia. Estás de enhorabuena.

Gwendoline le lanzó una de sus miradas, como las llamaba. ¡Más, ay! Éstas nunca impresionaban a Alicia. Era inútil discutir con ella, o contradecirla, o tratar de decir algo agudo. Alicia era siempre diez veces más rápida en replicar y cien veces más cortante que las demás.

—Celebraremos la reunión a las cinco y media —anunció Moira—. Considero que es la mejor hora. Tú también asistirás, ¿eh? Gwendoline. ¿Te has enterado ya de lo de la función de Navidad?

Gwendoline aún no sabía nada y, en consecuencia, fue debidamente informada. La noticia la llenó de satisfacción. Al punto, la muchacha se vio interpretando una de las principales partes de la función. Soltaría su dorada mata de pelo (¡lástima no tenerlo rizado!) y estaría muy bonita.

Idénticos pensamientos invadieron la mente de Maureen. También ella intervendría en uno de los principales papeles, con su rubia cabellera suelta. Inmediatamente experimentó deseos de confiar sus pensamientos a Gwen.

—Cuando estaba en Mazeley Manor... —empezó.

Pero Belinda se apresuró a interrumpirla con estas palabras:

—¡Ah, sí! ¿Le has contado a Gwen lo de Measley Manor?

Maureen frunció el ceño.

—Sabes perfectamente que es «*Mazeley*» —propuso con dignidad—. *Mademoiselle* no sabía

pronunciarlo cuando lo dijo. Eso es todo.

Al oír pronunciar su nombre, *Mademoiselle* se volvió a las muchachas con una amplia sonrisa.

—¡Ah! ¿Quieres volver a hablar de Measley Manor, tu querida ex escuela, «*n'est-ce pas*»? ¿Todavía no has contado a Gwendoline tus recuerdos de Measley Manor?

Al ver la sonrisa de sus compañeras, Maureen renunció a seguir luchando. Y continuó hablando con Gwen, que, como es de suponer, escuchaba sorprendida todo aquel juego, incomprensible para ella.

—En mi antiguo colegio hicimos una comedia —explicó Maureen—. Era «*La Bella Durmiente*». Tuve que soltarme el pelo. «*Hay*» que contar con alguien que posea una cabellera rubia para interpretar esos papeles, ¿no te parece?

Gwen asintió sin titubeos. Estaba muy orgullosa de su melena rubia, y hubiera dado cualquier cosa para que le hubiesen permitido llevarla suelta en el colegio, como solía hacerlo en su casa.

—El príncipe era estupendo —continuó Maureen—. Tengo que contarte con detalle la función. Porque a ti te interesa mucho ese tema, ¿verdad? Pues, verás...

Y hasta un buen rato después de merendar, Maureen siguió hablando incansablemente de los interminables y aburridos lances acaecidos en el curso de la representación ofrecida en su anterior escuela, sin que Gwendoline pudiera librarse de ella o quisiera interrumpirla. Referente a captar insinuaciones. ¡Maureen era tan obtusa como ella!

—Gwen ha encontrado al fin su pareja —dijo Darrell a Sally—. A propósito, mira a Bill y a Clarisa vestidas con su equipo de montar. ¿No «*saben*» que la junta se celebra dentro de diez minutos?

—¡Eh, vosotras dos! —llamó Sally—. ¿Adonde vais?

—A echar un vistazo a «*Trueno*» y a «*Patás Alegres*» —contestó Bill.

—¿Pero no sabéis que dentro de un momento hay una reunión? —replicó Darrell, exasperada.

—No, nadie nos ha avisado —respondió Clarisa, sorprendida—. No está en la tablilla de anuncios.

—Pues no hemos hablado de otra cosa desde esta mañana —aseguró Darrell—. Y excepto Maureen y Gwen, que no han parado de hablar de bellezas rubias en toda la merienda, nosotras no hemos tenido otro tema de conversación. ¿Dónde tenéis los oídos? ¿No os habéis enterado?

—No, no sabíamos una sola palabra —confesó Bill formalmente—. Lo siento mucho. Pues claro que asistiremos. ¿Tenemos tiempo de ir a ver a «*Trueno*» y a «*Patás Alegres*» primero? A buen seguro, Clarisa y yo hablábamos de otra cosa, y no os hemos oído.

—Estabais relinchándoos mutuamente —gruñó Sally—. Me figuro que tenéis metidos los caballos en la cabeza. No, ahora no vayáis a los establos. Apuesto a que si fuerais, ni os presentaríais a la junta hasta el final. Os conozco. Cuando vais a los establos, os evaporáis.

Clarisa y Bill se encaminaron a la sala común de quinto grado con aparente buena disposición. Tal vez después tendrían tiempo de ir a los establos.

—En marcha —dijo Sally a Darrell—. Vamos a buscar a las otras. Estoy ardiendo en deseos de celebrar esa junta.

# Capítulo 7

---

## REUNIÓN A LAS CINCO Y MEDIA

---

Al rato, todas las alumnas de quinto grado estaban reunidas en la sala común de la *Torre Norte*. Sentadas en sillas, arrellanadas en los divanes o tendidas en las alfombras, cambiaron impresiones, entre voces y risas. Moira entró y se dirigió a la mesa, tras la cual había un gran sillón.

—¡Silencio! —ordenó, golpeando la mesa con un libro—. Va a dar comienzo la asamblea. Todas sabéis de que se trata. Hay que nombrar una comisión para organizar la función de Navidad, confiada a nosotras, las alumnas de quinto.

—Atended, atended —dijo alguien.

Sin hacer caso de esa intervención, Moira prosiguió:

—Creo, asimismo, que todas debemos expresar nuestra opinión respecto a la clase de representación que vamos a preparar.

—¡Una sesión de títeres! —propuso una.

—No os hagáis las graciosas —reconvino Moira—. Ahora, ante todo, procederemos a la elección de la comisión. Encargaré a Catherine que prepare las papeletas que debemos utilizar. ¿Dónde las tienes, Catherine? —agregó, volviéndose a ésta, que se hallaba sentada a su lado.

—Aquí están —contestó Catherine, tendiéndole un fajo de recortes de papel—. Las preparé en cuanto me dijiste que las necesitaba. Y aquí tienes una caja. La he cogido del armario de material escolar y lápices para todas. Además aquí...

—Está bien, está bien —interrumpió Moira—. Eso es todo cuanto necesitamos. Vamos a ver, ¿quién repartirá las papeletas? ¿Tú, Mary-Lou?

Al oír esto, Mary-Lou, encaramada en lo alto de un pequeño armario, desde donde escuchaba meneando las piernas, se dispuso a bajar de su atalaya.

—No, no, no te molestes, Mary-Lou —se ofreció Catherine, al punto—. Yo misma las repartiré.

Y antes de que nadie pudiera detenerla, la muchacha procedió a entregar una papeleta y un lápiz a cada una de sus compañeras.

—¿Estáis todas preparadas? —preguntó Moira—. Mira, Catherine, Mavis no tiene papeleta.

—¡Siento haberte pasado por alto! —se disculpó Catherine, fiel a su consigna de presentar excusas, siempre que la ocasión lo requiera—. Aquí tienes.

—Bien —declaró Moira—, opino que esta comisión debe constar de ocho miembros, porque habrá mucho que hacer. Por ejemplo, necesitamos una que se ocupe de la parte artística, otra de la parte musical, etc. Yo, como jefa de curso, debo formar parte de la comisión, de modo que no tenéis necesidad de votarme. Eso significa que sólo debéis anotar siete nombres.

—Desde luego —cuchicheó Alicia a Irene—, yo «no» hubiera votado por Moira. La considero

demasiado mandona. ¡A este paso pronto tendremos que cuadrarnos ante ella!

Todas procedieron a escribir los nombres. Maureen conocía tan pocos, que estaba desorientada. Gwendoline le sopló unos cuantos, pero Moira, percatándose al punto, le gritó:

—¡Gwendoline! No apuntes a Maureen. Debes emitir un voto, no dos. Olvidaba que Maureen es nueva en el colegio. Tendremos que excluirla de la votación.

Tras doblar las papeletas, las muchachas las introdujeron en la caja que les presentaba Catherine. Después, mientras el resto de las alumnas charlaba animadamente, Moira y Catherine sacaron las papeletas de la caja, marcaron con una cruz los nombres de las chicas elegidas y los contaron.

—¡Silencio, por favor! —ordenó Moira, golpeando la mesa—. Ya tenemos los resultados. He aquí los nombres de las muchachas que han obtenido más votos: Alicia, Mavis, Irene, Belinda, Darrell, Janet, Sally y Betty por igual.

Janet y Betty cursaban quinto grado, pero pertenecían a otras torres. Betty era la mejor amiga de Alicia y, al igual que ésta, se distinguía por lo inteligente y lo ingeniosa. Gozaba, asimismo, de mucha popularidad entre sus compañeras.

—Bien, ya estáis enteradas —concluyó Moira—. Como Sally y Betty han obtenido el mismo número de votos, es preferible que las incluyamos a ambas, formando una comisión de nueve, en lugar de ocho.

—Yo me encargaré de la parte musical —decidió Irene.

—Y yo de la dirección artística, o sea, de los decorados y demás —declaró Belinda.

—Yo dibujo muy bien —cuchicheó Maureen a Gwen—. Podría colaborar en eso. ¿Lo propongo?

—No —repuso Gwen, que, como no sabía dibujar, no tenía interés en que aquella nueva alumna sobresaliera en nada.

—Yo me ocuparé del vestuario —propuso Janet, muy hábil para la costura y habituada a hacerse todos los vestidos—. Me encantaría colaborar en su creación.

—Magnífico —aprobo Moira.

—¿Crees que yo podría asumir la parte «vocal»? —sugirió Mavis con un titubeo—. No me gusta destacarme, pero si hay algo de canto, como por ejemplo, coros y demás, yo podría prepararlos. Estoy tan familiarizada con el canto, que creo reunir condiciones para ello.

—De acuerdo —accedió Moira—. Es una buena idea.

—¡Y si hay algún solo, podrías contarlo tú misma! —gritó Darrell—. Ahora tienes una hermosa voz.

—Bien, ya veré —farfulló Mavis, ruborizándose de satisfacción—. A lo mejor, no hay ninguno. Depende de lo que hagamos, ¿verdad?

—Según eso, quedamos Alicia, Darrell, Sally y yo para la organización general —infirió Moira, que, a decir verdad, estaba demostrando ser muy capaz de dirigir con acierto una asamblea—. Tendremos que trabajar juntas con orden, eficiencia y cordialidad.

Al tiempo que así se expresaba, Moira echó a Alicia una rápida y hostil mirada, casi imperceptible. No obstante, Alicia la captó. La palabra «cordialidad» iba dirigida a ella. De

acuerdo, sería cordial, pero sólo mientras Moira lo fuese a su vez. ¡Ni un instante más!

—Bien —suspiró Moira—, ahora que ya hemos elegido los miembros de la comisión, pasemos a la otra cuestión. ¿Qué clase de representación ofreceremos?

—¡Un musical!

—¡No, una comedia! ¡Una comedia de risa! ¡Hagamos «*Un fin de semana tranquilo*»!

—¡Una función de variedades!

—¡Un «*ballet*»! ¡Sí, un «*ballet*»!

Ésta última sugerencia fue propuesta por una muchacha que era una excelente danzarina. Más todas sus compañeras la acallaron con esta réplica:

—¡No, no! ¡Esto es muy parcial! ¡No todas sabemos bailar como tú!

—En ese caso, elijamos algo en que todas podamos «*intervenir*».

—Desde ese punto de vista, lo más apropiado sería un musical —infirió Moira—. En él podríamos incluir bailes, canciones, mímica y toda clase de actuaciones. Las comedias musicales no se atienen estrictamente a un argumento. En ellas tiene cabida todo.

Por fin, después de muchas discusiones, cuajó la idea de la comedia musical y, entre todas las posibles, fue la de «*La Cenicienta*» la que obtuvo más favor.

Al punto tanto Gwen como Maureen se imaginaron en el papel de Cenicienta, con el cabello suelto.

—¡Cuánto me gustaría hacer de Cenicienta! —murmuró Maureen, volviéndose a Gwen—. En mi ex colegio...

—Veamos, ¿cómo se llamaba tu ex colegio? —inquirió Belinda burlonamente.

La pobre Maureen no se atrevió a pronunciar el nombre y, volviendo la espalda a Belinda susurró:

—En mi ex colegio representé una vez el papel de Cenicienta. Obtuve un gran éxito y...

Gwen se sentía molesta. Empezaba a tener a Maureen por fastidiosa y engreída. Tanto más cuanto que consideraba que el papel de Cenicienta era más a propósito para «*ella*». ¿Cómo iba a ser apta para primera actriz una chica con la cara bobalicona y conejuna de Maureen?

—Quedamos pues, en que representaremos «*La Cenicienta*» —resolvió Moira—. Escribiremos la historia nosotras mismas. Tú, Darrell, podrías ocuparte de eso, puesto que tienes facilidad para escribir.

—¿Escribir yo el guión de todo un musical entero? —exclamó Darrell, enormemente sorprendida—. ¡Oh, no! ¡No podría! ¡No sabría por dónde empezar!

—No tienes más que ver un par de guiones de otras representaciones e inspirarte en ellos —aconsejó Moira—. ¿Sabes escribir versos y poner letra a las canciones? Porque también habrá canciones.

Darrell hubiera dado cualquier cosa por no ser miembro de la comisión. ¡Valiente trabajo tendría! ¡Pensar que se había hecho la ilusión de pasar el curso tumbada a la bartola! Abrió la boca para protestar, pero Moira ya había acabado con ella. Estaba diciendo a Irene:

—¿Podrás componer la música en cuanto tengamos la letra? ¿O prefieres escribir primero las canciones y adaptarles la letra?



—Trabajaré a mi modo, gracias —replicó Irene, con perfecta cortesía, si bien con un retintín en la voz que parecía decir: «¡No te metas en esto! En cuestión de música haré lo que me plazca».

Luego, mirando fijamente a Moira, añadió con malicia en voz alta:

—Déjalo en mis manos. La música es mi oficio, lo ha sido siempre y siempre lo será.

—Sí, pero debo saber qué piensas hacer —repuso Moira, impacientemente—; qué clase de canciones escribirás. No podemos dejar en el aire una cosa así.

—Pues, en lo que a mí respecta, tendrás que esperar —espetó Irene—. Ignoro qué canciones voy a componer en tanto no las oiga en mi interior. Entonces, las escribiré en el pentagrama. Tampoco sé «cuándo» las oiré. De modo que no me vengas con que me sienta a las diez en punto cada mañana para escucharlas.

Una vez más, Catherine trató de apaciguar los ánimos. Le encantaba poner paz.

—Bien, al fin y al cabo —dijo—, no es posible imponer reglas a los «genios». Moira no se ha «percatado» de eso, Irene.

—No te disculpes en mi nombre —reconvino Moira, mirándola con ceño—. ¿Qué quieres decir, con eso de que no me he «percatado»? No soy nueva en este cometido. ¿Acaso no dirigí la representación del año pasado, y no ayudé a su realización el anterior?

—Sí, Moira, en efecto —reconoció Catherine, adoptando una expresión angélica—. No te incomodes. ¡No debiera haber dicho una «palabra»! Estoy segura de que Irene me comprende, ¿no?

Y dirigió a esta última una sonrisa tan dulce que todas sintieron náuseas. ¿«Por qué» se complacía Catherine en mostrarse tan humilde?

La junta hubo de interrumpirse bruscamente porque sonó la campana de la cena.

—¡Cielos! —exclamó Maureen—. ¡Cómo ha pasado el tiempo!

—Y ahora no podemos ir a los establos —se lamentó Bill, tristemente.

—Mañana celebraremos otra breve reunión a la misma hora —advirtió Moira, recogiendo sus cosas—. Así acabaremos de concretar.

Y salió majestuosamente de la habitación, casi como si fuera una profesora.

—¡Caracoles! —soltó Daphne, con aire burlón—. Ahora tendremos que andar con cien ojos. ¿Qué «hemos» hecho para que Moira nos tiranice así este curso?

# Capítulo 8

---

## EL TRUCO DE LOS GLOBOS

---

La primera semana del curso solía pasar siempre despacio. La segunda se deslizaba más rauda, y las sucesivas volaban a ritmo cada vez más rápido. Pero, a la sazón, transcurría la primera semana, con la consiguiente distribución del tiempo y los horarios, y el consabido proceso de asentamiento en el lugar.

Darrell estaba muy ocupada. Tenía que asistir a las juntas de la comisión para la función navideña, leer dos o tres argumentos de comedias, y decidir cómo pergeñaría su versión de «*La Cenicienta*». En este punto encontró en Sally una gran colaboradora, y descubrió que dos cabezas daban más de sí que una sola.

Se hallaba asimismo al frente de la sección de deportes, y tuvo que fijar horarios para la escuela elemental, y entrenar un poco a las alumnas para ayudar a las profesoras. Éstas le consultaron sobre la elección de las mejores jugadoras para los partidos de la escuela elemental, y Darrell disfrutó de la privilegiada situación que le permitiría discutir con las maestras las aptitudes de las muchachas.

—«No» les aconsejo que elijan a Rita —les decía, por ejemplo—. Ya sé que es buena jugadora, pero como no se presentara a los entrenamientos, no aguantaría un partido.

—En este caso, ¿qué te parece Cristina? —preguntaba una de las profesoras de deporte—. Es tan menudita, que no considero acertado elegirla.

—Pero corre como el viento —replicaba Darrell—. Además tiene mucho interés. ¡Está esperando una oportunidad!

Sí, Darrell tenía mucho que hacer, y estaba siempre ocupada y entregada a sus tareas. Las alumnas de la escuela elemental la adoraban, y rivalizaban en ser objeto de un elogio suyo. Felicity se sentía muy orgullosa de su hermana de quinto grado.

—Todas te consideran un fenómeno —dijo a Darrell—. Da gusto ver cómo van todas a entrenarse ahora, incluso en los días peores. Oye, Darrell, ¿podrías decirme si «*tengo*» alguna probabilidad de tomar parte en uno de los equipos algún día?

—Sólo puedo decirte que, si sigues perseverando como hasta ahora, «*no*» tardarás en lograr tu propósito —respondió Darrell, con gran alegría de su hermana.

En efecto, ante semejante perspectiva, ésta no pudo reprimir una exclamación de júbilo. En aquel momento, pasaba June por allí cerca y le lanzó una mirada desabrida.

—¡A eso le llamo yo favoritismo! —murmuró a Gwyneth, la muchacha que la acompañaba—. ¡Verás como Darrell elegirá a su hermana para formar el equipo!

Darrell la oyó y, acercándose a ella, profirió:

—¡June! ¿«*Cómo te atreves*» a decir una cosa así de una alumna de quinto grado? ¡Aguarda y verás!

Y sacándose la libreta de castigos que todas las muchachas de quinto estaban autorizadas a llevar, anotó en ella el nombre de June. Luego, tras escribir algo junto a éste, arrancó la hoja y se la entregó a la chiquilla.

—Aquí tienes. Un poco de trabajo te obligará a guardar silencio y te enseñará a dominar la lengua.

June tomó el papel con expresión mohína y le echó una ojeada. Darrell había escrito:

«*Aprende tres sonetos de Shakespeare y recítamelos a mí, o a cualquiera de mis compañeras de quinto, antes del martes*».

—No puedo hacer esto —gruñó June, enfurruñada—. Ésta semana tengo que aprender una cosa para Alicia. No puedo abarcar tanto.

—Temo que tendrás que espabilarte —repuso Darrell—. Supongo que has vuelto a insolentarte con Alicia. No te lo consentiremos. Si no aprendes ahora a respetar a tus mayores, nunca aprenderás. ¡Conque me recitarás esos sonetos antes del martes!

Y dicho esto, se alejó con Felicity.

—June es horrible —comentó esta última—. Si no fuera por lo divertida que es a veces, no le dirigiría la palabra; ni tampoco Susana. ¡Pero gasta bromas tan graciosas! Mañana se propone gastar una a *Mademoiselle Dupont*.

—¿De qué se trata? —inquirió Darrell con interés—. Pensé que ya había agotado el repertorio de bromas a la pobre *Mademoiselle*.

—Pues aún quedan algunas... y June es su artífice —declaró Felicity—. Te aseguro que cuando veo la cara que pone *Mademoiselle*, lloro de risa.

—Sí, ya lo sé, yo también me desternillaba de risa en ocasiones —confesó Darrell, recordando algunas de las bromas gastadas por ella y sus compañeras de clase—. ¿Qué piensa hacer June mañana?

—¡Oh, Darrell! —exclamó Felicity, cloqueando al recordarlo—. Se ha provisto de una especie de globo deshinchado, mejor dicho de cuatro. Uno para ponerlo debajo de la blusa, en la espalda, otro delante; un tercero bajo la parte posterior de la falda y el cuarto en la anterior.

—Continúa —instó Darrell, sonriente—. Creo adivinar en qué consiste.

—June nos hizo una demostración —explicó Felicity, con un acceso de risa—. Todos los globos se comunican por medio de unos tubitos, y se hinchan y deshinchán a voluntad. Al oprimir el dispositivo para llenarlos, June se hinchó «*espantosamente*». ¡Válgame Dios! Me reí tanto que estuve a punto de caerme de la silla.

—No cabe duda que el truco es nuevo —convino Darrell, riéndose a su vez—. Ojalá se nos hubiese ocurrido a nosotras cuando «*estudiábamos*» primer grado. ¿De dónde se saca June esas bromas? Alicia solía aprenderlas de sus hermanos.

—June recibe folletos publicitarios de las casas que hacen trucos y juegos de manos —contestó Felicity—. Aseguraría que se gasta todo el dinero en ellos.

—No estaría mal reservar un espacio a los juegos de manos en nuestro musical —murmuró Darrell, pensativa—. Alicia sabe mucho de eso. Sí, incluiré unos trucos en la comedia, y el mago será Alicia. Si consigues que June te preste ese libro, o todos los que posee, tendré sumo gusto en

echarle un vistazo.

—De acuerdo —accedió Felicity—. Pero no le diré que «tú» me lo has pedido. Ahora te tomará ojeriza por lo de los sonetos. June piensa gastar la broma mañana, a las doce del mediodía, en la clase de «dictée» de francés. ¿No estás libre, por casualidad, Darrell? En tal caso, podrías acudir con cualquier recado para *Mademoiselle* y ver cómo se hincha June. Sabrás cuándo sucede, porque supongo que nos reiremos a mandíbula batiente.

Darrell reflexionó. Había renunciado a cualquier otra actividad para adelantar el esquema de la comedia. En tanto no fuesen creados los personajes, no podían asignarse los papeles. Por consiguiente, era imprescindible aplicarse a la labor. Más, ¿cómo resistir a la tentación de acercarse a ver la cara de *Mademoiselle*?

—Bien, si puedo, acudiré —prometió a su hermana.

Pero a las doce del día siguiente, Darrell fue requerida por el ama para hablar de unos calcetines extraviados.

Y como el ama solía ventilar aquellos temas con pelos y señales, Darrell no quedó libre hasta veinte minutos más tarde.

—¿Qué habrá sucedido en la clase de Felicity? —se preguntó, sintiéndose algo culpable por su interés en aquellas niñerías—. ¿Habrá gastado una broma June?

En efecto, así era. June, obligada a sentarse siempre en uno de los pupitres anteriores para someterse a la vigilancia de las profesoras, se había hinchado con éxito. Lo hizo, con todo, gradualmente, a fin de que *Mademoiselle*, que la miraba constantemente para ver si seguía el dictado, no se percatase de nada al principio.

No obstante, al rato la chiquilla dio la impresión de estar algo rolliza. *Mademoiselle* reflexionó sobre ello.

«Ésa niña, June, está engordando. Tal vez un poco de grasa le hará bien. Es demasiado inquieta. Una chica francamente difícil. Las niñas «gruesas» no suelen serlo».

Pero al mirar de nuevo a June, tuvo un sobresalto. ¡Aquella chica estaba positivamente hinchada! Los ojos de la profesora se clavaron en ella. Una o dos muchachas tenían tantas ganas de reírse que pasaban apuros para conservar la cara seria.

June, por el contrario, seguía escribiendo como si tal cosa.

—¡June! —gritó *Mademoiselle*, desconcertada—. ¿Acaso contienes la respiración?

June la miró inocentemente.

—¿Qué si me contengo la respiración? —repitió con expresión asombrada—. No. ¿Por qué había de hacerlo? Pero si usted quiere, lo haré, *Mademoiselle*. Puedo contenerla mucho rato.

E hinchando los carrillos, contuvo el aliento. El inflador funcionaba maravillosamente. Y la chiquilla se hinchó visiblemente, ante la mirada alarmadísima de *Mademoiselle*.

—¡No, June! ¡Respira! De lo contrario, explotarás. ¿Qué te ocurre?

June soltó el aliento con un fuerte silbido y, al propio tiempo, tiró del desinflador. Inmediatamente, se deshinchó dando la sensación de que lo lograba por haber soltado el aliento. *Mademoiselle* experimentó un profundo alivio al ver que recobraba su forma habitual.

—Ha sido muy divertido —comentó June, previendo un gracioso juego consistente en

contener el aliento e hincharse, y luego soltarlo y deshincharse.

Con gran horror de *Mademoiselle*, tomó aliento de nuevo, se hinchó los carrillos y contuvo la respiración. Luego, visiblemente, ante la mirada asustada de *Mademoiselle*, se hinchó hasta aparecer monstruosa.

—¡Nunca había visto cosa igual! —farfulló *Mademoiselle*, levantándose precipitadamente—. June, «*je vous prie*», te suplico que no contengas el aliento de este modo. Reventarás.

Al oír esto, la clase en peso prorrumpió en carcajadas. Era imposible reprimirse por más tiempo. Por su parte, June soltó el aliento y se deshinchó rápidamente.

—¡No, June, no! —balbució Felicity, revolcándose en su asiento—. ¡No vuelvas a hacerlo!

Pero June repitió su hazaña, en tanto *Mademoiselle* contemplaba, descompuesta, su nuevo inflamamiento.

—¡Monstruoso! —exclamó la profesora—. June, te lo ruego encarecidamente. No vuelvas a contener la respiración. ¡Pobrecilla! ¡Cómo te hinchas!

Lo malo fue que entonces se estropeó el mecanismo. ¡No funcionaba! June tiró de él frenéticamente, pero los globos dispuestos bajo sus ropas no se deshincharon. Y la chiquilla permaneció allí sentada, tirando insistentemente del cordón atado al desinflador. El caso es que tiró con tal fuerza, que el cordón se desprendió. *Mademoiselle* casi lloraba.

—¡Pobre June! ¡Niñas, niñas! ¿Cómo es posible que os riáis? No es cosa de risa. Voy a buscar al ama. Llamaré al ama. No te muevas, June. Explotarías.

Y salió en volandas, retorciéndose las manos. June estaba francamente alarmada.

—¡Escuchad! —barbotó—. Ése maldito chisme se ha estropeado. No puedo consentir que el ama me vea así. Me ajustaría las cuentas. ¿Qué hago?

Darrell acababa de llegar a la puerta en el momento en que salía de estampida *Mademoiselle*. Ésta estaba tan frenética que ni siquiera vio a Darrell al pasar junto a ella. Darrell atisbo el interior de la clase por la puerta abierta.

Al punto, vio a la monstruosa June. Por su parte, Felicity vio en su hermana un ángel salvador.

—¡Darrell! —exclamó—. ¡Se ha estropeado el desinflador! *Mademoiselle* ha ido en busca del ama. De prisa, ¿qué hacemos?

—¡Busca un alfiler, estúpida! —apremió Darrell—. Clávaselo a June y se deshinchará. Luego quítale rápidamente ese artilugio porque a buen seguro el ama la registrará.

Alguien sacó un alfiler. Felicity lo clavó sucesivamente en los cuatro globos y éstos se deshincharon con un fuerte chasquido. Inmediatamente, June recuperó su forma y tamaño habituales, y procedió a despojarse del chisme con frenesí. En aquel momento se encontraba verdaderamente asustada.

Tras quitarse de encima los globos de caucho, los metió en su pupitre. Entonces se percibieron pasos en el corredor. Darrell salió furtivamente, haciendo esfuerzos para no reírse. ¡Cuánto le habría gustado ver la cara de *Mademoiselle* ante la metamorfosis de June!

*Mademoiselle* volvía sola, con aspecto algo más apaciguado. Pasó presurosamente junto a Darrell y, tras entrar en el aula profirió, mirando a June:

—¡Ah, caramba! ¿Ya te has deshinchado? Le conté al ama lo sucedido y ella, echándose a reír,

me dijo que era una «boma». ¡Una «boma»! ¿En qué consiste esta terrible y «abominable boma»? Conste que lo averiguaré. Registraré los pupitres de la clase.

¡Ahhhhhhh! *Mademoiselle* parecía tan furiosa que nadie se atrevió a decir una palabra. June se arrepintió de no haber conservado los globos sobre su persona. Si *Mademoiselle* registraba su pupitre, los encontraría. Y, en efecto, *Mademoiselle* los encontró. Tras levantar la tapa del pupitre, vio al punto los globos de caucho, planos y rasgados. Entonces, tomándolos y agitándolos ante la cara de June, farfulló:

—¡Ah! ¡Ahora vuelve a contenerte el aliento, traviesa June, y escucha lo que voy a decirte! Aprenderás cien versos de poesía francesa antes del martes, ¿oyes? ¡Cien versos! ¿Te corta eso la respiración, bribona?

Efectivamente, se la cortó. June tenía ya dos tandas de versos ingleses que aprender, y ahora, para colmo, le caían encima otros cien, ¡y franceses, para acabarlo de arreglar! Ante la perspectiva, no pudo menos que gimotear.

*Mademoiselle* siguió hurgando en el pupitre. A poco, sacó de él unos folletos y los examinó.

—Nuevos trucos. Viejos trucos. «Bomas» para gastar a vuestros amigos —leyó—. ¡Oh! ¡Voy a quitarte estos folletos, June! Así no gastarás más «bomas» este curso. Conque me los quedo, ¿oyes? Y no creo que vuelvas a recuperarlos. ¡No!

Acto seguido, puso los folletos junto a los libros que tenía encima de su escritorio y, muy ceñuda y resuelta, continuó con su «dictée». Las alumnas no tardaron en recobrase del susto, deseosas de que tocase el timbre para poder reírse a sus anchas.

Apenas sonó el timbre, *Mademoiselle* se despidió con un áspero «buenos días» y se fue con los globos de caucho, los folletos sobre bromas y trucos, y sus propios libros.

Una vez en la habitación que compartía con la señorita Potts, la jefa de la *Torre Norte*, tomó asiento en una butaquita.

—Parece usted molesta y enojada, *Mademoiselle* —comentó la señorita Potts afablemente.

—¡Ah, esa June que se atreve a hincharse como un sapo ante mis propios ojos! —barbotó *Mademoiselle*, furiosamente, hinchándose a su vez.

Entonces, al ver la cara de asombro de la señorita Potts, la profesora de francés esbozó una súbita sonrisa y prorrumpió en una carcajada, debatiéndose en la butaca.

—¡Oh! ¡Ésas «bomas»! —bramó—. Un día yo también gastaré una «boma». Será «*superbe, magnifique, merveilleuse*». ¡Ah! ¡Un día yo también gastaré una «boma»!

# Capítulo 9

---

## EN LA SALA COMÚN

---

Darrell contó a Alicia la ingeniosa broma de June.

—Lo llevamos en la sangre —comentó Alicia, riendo—. Mis hermanos y yo estamos locos por las bromas, y ahora June, mi prima, sigue el mismo camino. Es una lástima que cursemos ya el quinto. Comprendo que no sería correcto por nuestra parte gastar bromas ahora.

Darrell suspiró profundamente.

—Sí, supongo que tienes razón —dijo—. Hacerse mayor tiene sus inconvenientes, y ése es uno de ellos. Debemos portarnos dignamente y renunciar a algunas de nuestras locas ideas. Pero te aseguro, Alicia, que habría dado «*cualquier cosa*» para que hubieses visto a June hinchada como un globo. ¡Su broma resultó tan buena como cualquiera de las «*tuyas*»!

—Lástima que esa prima mía sea tan pícara y desvergonzada —se lamentó Alicia—. No creo que tema a nada ni a nadie, excepto quizás a mi hermano Sam. Lo raro del caso es que le adora, a pesar de que él le ha dado más de una azotaina y no le tolera ninguna travesura cuando viene a pasar una temporada a casa.

—Sin embargo, creo que «*no*» hay nada que hacer con ella —declaró Darrell—. Me refiero a que no parece importarle lo que piensen los demás. En esto, se parece un poco a ti, Alicia, aunque tú has cambiado mucho.

Alicia se sonrojó.

—Está bien. No insistas en eso. Ya sé que soy picara, pero no conseguirás enmendarme echándomelo en cara. Probablemente no has reparado en ello, pero tengo «*predilección*» por las necias y las pollinas. Naturalmente, como tú no eres ni una cosa ni otra, no has tenido ocasión de comprobarlo.

Darrell se echó a reír y, tomando del brazo a Alicia, exclamó:

—¡Tú también eres algo pollina! Pero en cambio admiro en ti tu absoluta rectitud. June no me parece recta, ¿y a ti? De mi hermana Felicity puedes fiarte en todo momento. No así de June. Además de picara es falsa y taimada.

—En fin —suspiró Alicia—, tendremos que escarmentarla mientras estemos aquí. Nos quedan dos años por delante. Después, iremos a la Universidad y dejaremos que esas crías se apañen solas.

June se presentó en la sala común de quinto curso el martes por la tarde para recitar los versos a Alicia y a Darrell. Tenía un aspecto muy mohíno. Las muchachas, ocupadas en su mayoría en coser, zurcir, hacer listas, pasar apuntes, en limpio, escribir cartas a la familia y otras tareas, interrumpieron sus respectivas labores para mirar a la recién llegada.

—¿No sabes que las chicas de la escuela elemental deben llamar a la puerta antes de entrar? —reconvino Moira.

June no contestó, pero echaba chispas.

—Sal fuera, llama a la puerta y aguarda a que te den permiso para entrar —ordenó Moira, en tono categórico.

June titubeó. Detestaba recibir órdenes de nadie. No obstante, al ver que Moira buscaba en su bolsillo su pequeña libreta de castigos se apresuró a salir. ¡No le interesaba aprender más versos!

—Nunca he conocido a nadie que necesite tanto una buena corrección —gruñó Moira, enfurruñada—. ¡Qué demonio de chica! Ya sé que es prima tuya, Alicia, pero no te deja en buen lugar.

—Lo mismo «*te digo*» de tu hermana Bridget —replicó Alicia, que aunque no tenía particular interés en defender a June, se sentía ofendida por la arrogancia de Moira.

«¿*Por qué no se ocupaba ésta de su malcriada hermana?*».

—June ya ha llamado dos veces —advirtió Catherine—. ¿No crees que deberíamos darle permiso para entrar?

—Cuando yo disponga —repuso Moira—. Le hará bien esperar.

June volvió a llamar.

—Pasa —dijo Moira.

June entró, furiosa y sofocada. Se dirigió a Darrell y, silenciosamente, le tendió el libro que contenía los versos.

—Recítamelos —masculló Darrell.

June los repitió sin una sola equivocación. Darrell la miró. En efecto, se parecía mucho a Alicia, y, como ella, tenía una excelente memoria. A buen seguro, June había empleado sólo cinco minutos en aprender aquella larga poesía de Shakespeare.

Luego, la chiquilla se acercó a Alicia y recitó rápidamente lo que había aprendido para ella, asimismo sin equivocarse ni una sola vez.

—Está bien —murmuró Alicia—. Puedes irte, y si no quieres pasarte el resto del curso aprendiendo versos, procura ser más cortés con tus superiores.

June frunció el ceño. Entonces, Belinda, sacándose rápidamente el lápiz, dijo a la sorprendida chiquilla:

—¡Quieta! ¡Conserva esa expresión! Eso es, la boca torcida, las cejas juntas y la cara adusta. ¡No te muevas! ¡Quiero captarla para mi libro de caras enfurruñadas! Se titula «*Cómo poner mal gesto*», y es realmente interesante. ¡Deberías ver algunos de mis apuntes!

Moira y Gwendoline, conscientes de haber contribuido a la creación de aquel libro único, fruncieron el ceño, enojadas, pero se apresuraron a desarrugarlo para que no las sorprendiera Belinda. ¡Al diablo con ella! Era imposible enfurruñarse en paz en su presencia.

June se quedó inmóvil, exagerando aún más su enfado.

—¿Ya estás lista? —gruñó al fin—. Bien, te felicito por tu colección de malas caras. Tendré mucho gusto en venir a ofrecerte una buena selección siempre que quieras. Es muy fácil enfurruñarse cuando anda cerca cualquier alumna de quinto grado.

Y se alejó majestuosamente, palpando en su bolsillo los versos que había aprendido para *Mademoiselle*. En realidad, no le había costado mucho estudiarlos. A Dios gracias tenía una



memoria de papagayo. Con sólo leerlos una vez en voz alta, aprendía los versos de memoria. Algunas la envidiaban profundamente. No era justo que June pudiera lucirse con tan poco esfuerzo y ellas, en cambio, a pesar de su empeño, quedaran en tal mal lugar.

—¡Sopla! —exclamó Irene, de pronto, dejando el lápiz sobre la mesa, tras componer parte de una tonadilla inspirada en el galope de los caballos que había oído días atrás en la calzada—. En plena composición de esta alegre tonada, me viene a la memoria que hoy me toca reponer las flores de la clase. Debo ir a cogerlas antes de que anochezca.

—Déjame ir a mí —se ofreció Catherine, dejando la prenda que estaba zurciendo—. Me encantará hacerte ese favor. Eres un «genio», Irene, y debes continuar con tu canción. En cambio, yo soy una humilde mortal, sin ningún don, y es un placer para mí ayudar en lo poco que puedo.

Y esbozó su radiante sonrisa, con evidente disgusto de Irene. Todas empezaban a cansarse de los aires de mártir de Catherine. Constantemente se brindaba a llevar a cabo las tareas que repugnaban a las demás, rebajándose a sí misma y elogiando exageradamente a sus compañeras.

—No, gracias —declinó Irene, sucintamente—. Es mi obligación y debo cumplirla.

—Eso es muy propio de ti —ensalzó Catherine—. En fin, como estoy ocupada en zurcir la media de Gwendoline, si «*de veras*» no quieres que te haga ese favor...

Pero Irene se había marchado ya, dando un portazo. La única sorprendida fue Catherine.

Las demás ardían también en deseos de hacer lo mismo.

—Creo que lo menos que podía hacer Irene es dar las gracias —murmuró Catherine, en tono ofendido—. ¿No te parece, Maureen?

Maureen presentía que todas se le echarían encima si contestaba afirmativamente. Irene era muy popular. Mientras la muchacha titubeaba respecto a su respuesta, se abrió la puerta y reapareció Irene.

—¡Alguien ha arreglado las flores! —declaró.

—Sí, ahora recuerdo que he visto a Clarisa arreglándolas —dijo Mavis.

—¿A santo de qué? —preguntó Irene—. ¡Canastos! Supongo que no os va a dar por sustituirme en mis tareas. Soy perfectamente capaz de desempeñarlas.

—¡Pero si esta semana le toca a Clarisa, so boba! —espetó Darrell, acordándose de pronto—. A ti te toca la semana próxima. Lo he visto esta mañana en la tablilla.

—¡Canastos! —repitió Irene, con un cómico aire de consternación—. ¡Estoy loca de atar! ¿A quién se le ocurre interrumpir mi composición para ir a hacer una cosa que no me toca hasta la semana que viene? En fin, menos mal que con ello he dado ocasión a Catherine de hacer uno de sus generosos ofrecimientos.

—Eres muy poco amable, Irene —reconvino Catherine, ruborizándose—. Pero no importa. Lo comprendo. Si yo supiera componer como tú, seguramente también diría cosas desagradables alguna vez. Lo comprendo.

—¿No podrías dejar de perdonar y comprender un rato, mientras termino mi canción? —refunfuñó Irene, fastidiada—. Me tiene sin cuidado que «*comprendas*» o no. Todo cuanto deseo en este momento es acabar con esto.

Catherine puso cara de santa, apretó los labios como aquel que se abstiene de replicar, y

continuó zurciendo.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Vete! —gruñó Irene—. ¡No entres!

Se abrió la puerta y apareció el rostro de Connie.

—¿Estás aquí, Ruth? —preguntó la muchacha—. Oye, Ruth, ¿puedes venir un momento?

Bridget está ahí fuera. Tenemos una buena idea.

—Bridget no me es simpática —murmuró Ruth, en voz baja—. Además, estoy ocupada, como todas las que nos hallamos aquí.

—Pero, Ruth, apenas te he visto esta semana —protestó Connie—. Sal un instante. A propósito, te he arreglado los patines. Ya puedes usarlos cuando quieras.

Irene lanzó un gemido. Darrell la imitó, en tanto pugnaba por bosquejar el tercer acto de pantomima.

—Una de dos —espetó Irene—, dile a Connie que se vaya o sal tú fuera. De lo contrario, la que se irá será «yo». Me instalaré en el cuarto de baño con todos estos papeles. Tal vez así lograré tener unos minutos de tranquilidad. Creo que optaré por esta solución.

Y dicho esto se puso en pie. Connie desapareció al punto, creyendo que Irene iba a reñirle. Ruth echó una mirada circular, con aire de disculpa, pero se abstuvo de hacer comentarios.

—Muy bien —musitó Darrell—. Mantén a Connie a distancia hasta que te deje en paz, Ruth, y no te preocupes en absoluto por ella.

Más, como era de esperar, Catherine se puso un poco tonta respecto a la cuestión.

—¡Pobre Connie! No puedo menos de compadecerla. No es justo que seamos «tan» duras con ella, ¿verdad?

# Capítulo 10

---

## TRASCURREN LAS SEMANAS

---

En adelante, los días transcurrieron más aprisa. Tres semanas pasaron rápidamente.

Todo iba viento en popa. No había ninguna alumna enferma en el pensionado. El tiempo era magnífico y, gracias a ello, los campos de deportes estaban disponibles diariamente y se prestaban a un excelente entrenamiento. Los estudios progresaban y, excepto las declaradamente torpes, todas salían del paso. El colegio había ganado ya cinco partidos de *lacrosse*, y Darrell, como capitana de deportes de quinto, no cabía en sí de gozo.

Había jugado en dos de los partidos y marcado los dos tantos de la victoria. Felicity casi enloqueció de alegría. Había podido presenciar la intervención de Darrell en los dos partidos, por haberse celebrado ambos en el campo del propio colegio. Felicity redobló sus esfuerzos y suplicó a Darrell que dedicase todo el tiempo posible a su entrenamiento. Era reserva del equipo de cuarto y estaba dispuesta a formar parte de él antes de fin de curso.

Los proyectos para la función de Navidad marchaban asimismo, estupendamente. Hasta entonces no había sido necesario pedir ayuda ni al señor Young, el profesor de música, ni a la señorita Greening, la profesora de declamación. Las muchachas lo habían planeado todo por sí solas.

Darrell estaba sorprendida de los resultados obtenidos por ella y por Sally en el planteamiento de aquella gran comedia. Al principio, se le había antojado una tarea tan ardua que no sabía cómo acometerla. Pero ahora, tras haberla emprendido con Sally, previa lectura de otras pocas comedias y musicales, estaba convencida de poseer un don especial para aquel cometido.

—Es maravilloso —dijo a Sally—. No me creía «capaz» de hacerlo. Me encanta ese trabajo. Oye, Sally, ¿crees que «tengo» un don para escribir? Nunca había pensado en semejante posibilidad.

—Sí —afirmó Sally, lealmente—. Creo que «tienes» un don para la pluma. Esto es lo mejor de los pensionados, que abarcan tantas actividades que dan a todo el mundo una oportunidad a descubrir en sí una habilidad oculta o latente, y de ponerla en práctica. Por añadidura, tienes una facilidad enorme para versificar. ¡Nunca supuse que pudieras hacerlo!

—Ni yo tampoco, a decir verdad —confesó Darrell, buscando una hoja escrita entre sus cuartillas—. ¿Puedes leer eso, Sally? Es la canción que canta la Cenicienta mientras permanece sola, junto al fuego, tras la marcha de sus hermanastras al baile. Escucha:

*Junto al fuego sueño y en las llamas veo imágenes de cosas bellas que nunca vienen a mí, que nunca vienen a mí, ¡ay de mí!*

*Carrozas, un hermoso vestido, una vaporosa capa plateada...*

*Se mueven las ascuas,*

*huye la visión, mis sueños convirtiéndose en humo, mis sueños convirtiéndose en humo, ¡en*

humo!

Darrell hizo una pausa.

—No he pasado de ahí —declaró—. Naturalmente, me consta que no es nada del otro mundo, pero nunca me creí capaz de hacerlo. Por otra parte, Irene les pondrá música en cuanto los lea.

—Sí, es un feliz descubrimiento —convino Sally—. ¿Estás contenta, verdad? A propósito, ¿qué pensarán tus padres cuando vengan a la representación de la comedia y lean en el programa que la autora del libreto es Darrell Rivers?

—Lo ignoro —murmuró Darrell—. A lo mejor, no se lo creen.

Darrell no era la única alumna de quinto grado que disfrutaba con la preparación de la comedia. Irene gozaba también, poniendo música adecuada a las canciones de Darrell y armonizándolas como si hubiese compuesto toda la vida. Aunque, de hecho, así era, pues Irene tarareaba melodías desde que tenía meses.

Todas estaban acostumbradas a verla recorrer el pasillo o subir la escalera, tropezando con cuantas se cruzaban con ella, pues solía ir ensimismada tarareando canciones.

—Tararí, tararará... ¡Oh! Lo siento, Mavis. Te aseguro que no te había visto. Tarararí, tarararará... ¡Caramba! ¿Te he hecho daño, Catherine? No te he visto venir.

—«No» tiene importancia —se disculpaba Catherine, afablemente, dándole palmaditas en el brazo—. No abundan los genios como tú...

Pero Irene se había alejado ya, molesta por la exagerada humildad de Catherine y su constante aire de sacrificarse por los demás.

—Tarararí, tararará —canturreaba de pronto en clase, dando una palmada en el pupitre—. ¡Ya lo tengo! ¡Ya está! ¡Oh, «perdone» usted, señorita Jimmy... mejor dicho, James, señorita James! Estaba distraída. Me ha venido la inspiración.

—No hace falta que te excuses —replicaba la señorita James, con un centelleo en la mirada—. ¿Crees haberte librado ya de esa tonada para poder concéntrate siquiera media hora en lo que están haciendo las demás?

—¡Oh, sí, por supuesto! —aseguraba Irene, todavía algo atontada, inclinándose sobre su libreta de matemáticas.

A la señorita James le divertía ver una página de números y otra de notas musicales en la libreta de Irene, ambas excelentes, pues la muchacha destacaba casi tanto en matemáticas como en música. A menudo, Irene aseguraba que las dos cosas iban a la par, si bien esto parecía increíble a las demás. ¡Las matemáticas eran tan aburridas y la música tan hermosa!

El libreto de la comedia progresó rápidamente, y la música avanzó al mismo ritmo. Era esencial que así fuera, porque no podía haber ensayos hasta que hubiese algo que ensayar.

Belinda se dedicaba a diseñar los trajes y los decorados. También ella se sentía extremadamente feliz. Dibujaba todas las tardes y todos los momentos libres. No omitía detalle, ni siquiera del delantal de la Cenicienta.

La pequeña Janet aguardaba ávidamente a que le fueran entregados los diseños. Su entusiasmo no tenía límites. Revolvió los enormes baúles llenos de vestidos, túnicas y trajes de todas las épocas usados por otras alumnas de *Torres de Malory* en pasados cursos. ¿Cómo reformar éste?

¿Cómo podría modificar aquél? ¡Oh, qué precioso retal de terciopelo azul! ¡Sería ideal para el príncipe!

La pequeña Janet había sido siempre ingeniosa, pero entonces se superó a sí misma. Escogió todo el género y accesorios necesarios con exquisito gusto y seleccionó los trajes y vestidos que podían reformarse. Recorrió el pensionado en busca de buenas costureras y auxiliares. Rogó a la señorita Linnie, la apacible profesora de costura, que colaborase con ella, autorizando a algunas de sus alumnas a trabajar en la confección del vestuario y de los decorados.

—Nunca sospeché que esa timiducha de Janet fuera capaz de semejante alarde —dijo la señorita Potts a *Mademoiselle*—. ¡Eso demuestra lo que esas chiquillas son capaces de hacer si se les da una oportunidad!

Otra muchacha muy atareada, si bien en otro sentido, era Alicia. Ésta nunca había trabajado a fondo en nada, debido a su privilegiada inteligencia. Pero ahora, con inteligencia o sin ella, se veía obligada a desplegar constantes esfuerzos en su tarea.

Alicia iba a ser el Rey de los Demonios en la comedia, esto es, un mago, un hechicero capaz de todas las hechicerías. Alicia tenía, por tanto, que mostrar su habilidad en el arte de la magia, y abrigaba el propósito de emular sobre el escenario del colegio la destreza de cualquier mago profesional, como los que actuaban en las comedias musicales londinenses.

—No me imaginaba que Alicia, tan hábil en gastar bromas y en hacer juegos malabares para distraer a sus amigas, se tomara tan «*en serio*» su papel —comentó la señorita Peters, profesora de tercer grado, cerrando quedamente la puerta de una de las salas de música.

Había oído ruidos raros allí dentro, jadeos, golpes, suspiros de exasperación, y se había asomado a la puerta para ver qué pasaba.

En medio de la estancia se hallaba Alicia, de espaldas a ella, ensayando un malabarismo. Sí, además de trucos, iba a hacer juegos malabares y, en consecuencia, procedía a echar rápidamente al aire, uno tras otro, una serie de aros de diversos colores, y a recogerlos como por arte de magia.

Si le caía uno, gruñía enojada, y comenzaba de nuevo el lanzamiento. Por fin Alicia había encontrado algo que no necesitaba sólo trabajo mental, sino además paciencia, práctica y habilidad.

—¿Por qué se me ocurriría ofrecerme para el papel de Rey de los Demonios? —gemía Alicia, recogiendo los aros por enésima vez y empezando de nuevo el ejercicio—. ¿Por qué accedí a hacer malabarismos? ¡Debía de estar loca!

Pero su orgullo le obligaba a seguir adelante. Siempre que hacía algo procuraba llevarlo a cabo con la máxima perfección. Las alumnas de quinto grado estaban intrigadísimas con aquella nueva afición de Alicia. Resultaba muy divertido verla tomar un lápiz, una goma, una regla y una pluma, y lanzar todos estos objetos al aire para recogerlos luego hábilmente con una sola mano.

Y no hablemos de otros de sus trucos, como por ejemplo el de cazar al vuelo la estilográfica de *Mademoiselle* o el de extraer gravemente un huevo de su oreja.

—¡Alicia! —gritaba *Mademoiselle*—. ¡No consiento esto! «¡Oh, la, la!»». Ahora has encontrado un cigarrillo en mi otra oreja. ¡Esto no está bien! ¡Me pone, ¿cómo lo llamáis?, la carne de «pollo»!

—La piel de gallina, *Mademoiselle* —corrigió Alicia, con una de sus picarescas sonrisas—. ¡Cielos! ¿Ha vuelto a desaparecer su pluma estilográfica? ¡Ah! ¡Ahí viene por el aire como de costumbre!

Y tendiendo la mano, la recogía de nuevo.

No es de extrañar, pues, que todas celebrasen la nueva afición de Alicia. ¡Tanto más cuanto que dicha afición contribuía a hacer las clases más amenas!

# Capítulo 11

---

GWENDOLINE MARY Y MAUREEN

---

Dos eran las muchachas que aguardaban con impaciencia a que Darrell terminase la comedia. Gwendoline y Maureen, ambas deseosas de que les cupiera en suerte el papel de Cenicienta. Tanto una como la otra solían subir furtivamente al dormitorio para soltarse el pelo y ensayar posturas ante los espejos de los tocadores.

*«Parezco hecha a medida para el papel de Cenicienta —pensaba Gwendoline Mary—. Soy el «tipo» ideal. Sentada junto al fuego con aire pensativo estaría magnífica. Y vestida de princesa en el baile daría el golpe».*

En una carta contó a su madre que iban a poner en escena una comedia musical.

*«Naturalmente —decía— aún no sabemos qué papel nos caerá en suerte. La mayoría de mis compañeras quisieran que yo fuese la Cenicienta, porque aseguran que el papel «parece» hecho ex profeso para mí. ¿«Tú» qué opinas, mamá? Ya sabes que no soy vanidosa, pero no puedo menos de pensar que lo interpretaría estupendamente bien. ¿Qué opina de esto la señorita Winter?».*

Al punto recibió dos efusivas cartas, una de su alborozada madre y otra de su antigua institutriz, dando muestras, como siempre, de verdadera adoración.

*Querida Gwen:*

*Sí, chiquilla, harías muy bien el papel de Cenicienta. Encajarías perfectamente. Tu cabello resaltaría mucho a la lumbre del fuego. ¡Oh, qué orgullosa me sentiré de verte sentada junto al hogar, triste y pensativa, contemplando...!*

Y así sucesivamente. La carta de la señorita Winter era por el estilo. Al parecer, tanto la madre como la institutriz daban por sentado que Gwendoline interpretaría el primer papel.

Un día Moira, al entrar casualmente en el dormitorio, sorprendió a Gwendoline ante el espejo de su tocador, con el cabello suelto y una toalla sobre los hombros a guisa de capa.

—¡Cáscaras! —exclamó Moira, asombrada—. ¿Qué «estás» haciendo? ¿Lavándote el pelo? ¿Estás loca, Gwen? No puedes lavarte la cabeza a esta hora del día. Dentro de cinco minutos tenemos clase de francés.

La sobresaltada Gwendoline murmuró algo y arrojó la toalla lejos de sí. Al propio tiempo, se puso como la grana. Moira se quedó desconcertada.

Dos días después, Moira volvió a entrar en el dormitorio para comprobar si las ventanas estaban abiertas. Ésta vez encontró a Maureen de pie ante «su» espejo, con el cabello suelto sobre la espalda como una cascada dorada y las cortinas de la alcoba sujetas alrededor de la cintura, y formando cola.

Moira la contempló, boquiabierta. Maureen, muy ruborizada, procedió a cepillarse el pelo como si fuera la cosa más natural del mundo que la sorprendieran con la cabellera suelta y una cortina sujeta a la cintura.

Por fin, Moira, recobrando el habla, acertó a farfullar:

—¿Qué os proponéis tú y Gwen disfrazándoos de este modo con cortinas y toallas, y soltándoos la cabellera? ¿Os falta un tornillo? Cada vez que entro en este dormitorio os encuentro a ti y a Gwen con la melena suelta y algún trapo encima. ¿Qué maquináis?

Maureen no tuvo valor de decir a la desdeñosa Moira, tan práctica en todas sus cosas, que lo único que pretendía era disfrazarse de hermosa Cenicienta, con una deslumbrante cabellera y un vestido de larga cola. Pero, súbitamente, Moira adivinó de qué se trataba.

—¡Ah! —exclamó, riéndose con su sonora y despreciativa risa—. ¡Creo que ya sé a qué atenerme! ¡Estás haciendo de Cenicienta! ¡Lo mismo que Gwen! ¡Qué ilusiones las vuestras! ¡Nunca se nos ocurriría elegir una Cenicienta con dientes de conejo!

Y tras este mordaz comentario, Moira salió de la estancia, riéndose sonoramente. Maureen se miró en el espejo, con los ojos bañados en lágrimas. ¡Dientes de conejo! ¡Qué cruel, qué «horrible» había sido Moira! ¿Qué culpa tenía ella de tener aquellos dientes? Sintiéndose culpable, Maureen recordó que, en vez de llevar un aro de alambre alrededor de los dientes para corregirlos, tal como el odontólogo le había aconsejado, lo había guardado en el cajón de su cómoda de Mazeley Manor, incapaz de soportar aquella molestia.

Nadie le había dicho nada ni se había preocupado de ello. Tal como solía decir Maureen, Mazeley Manor era un colegio muy liberal, completamente distinto a *Torres de Malory*, con sus deportes obligatorios, su inquisitiva ama, y sus resueltas y responsables profesoras.

«Si hubiera estado «aquí» cuando el dentista me dijo que llevara un alambre alrededor de los dientes, el ama y la señorita Potts me hubiesen obligado a hacerlo, aun contra mi voluntad —pensó la muchacha—. Y ahora tendría los dientes bonitos, en lugar de saltones y feos».

Y por primera vez le asaltó una duda respecto a su maravilloso ex colegio Mazeley Manor. Al fin y al cabo, ¿era tan conveniente hacer lo que a una le venía en gana? ¿Practicar o no los deportes, a voluntad? ¿Ir o no de paseo, a elección? Tal vez «era» preferible «tener» que hacer lo que convenía, tanto si a una le gustaba como si no, hasta ser lo suficiente mayor y responsable para escoger.

Maureen había decidido no llevar el alambre cuando era preciso hacerlo, y ahora tenía que pasar por la vergüenza de ser llamada dientes de conejo, aparte de que estaba segura de que no resultaría elegida para el papel de Cenicienta. Se peinó sobriamente, enjugándose las lágrimas y procurando mantener los labios cerrados sobre sus saltones dientes.

Lo malo es que se olvidó de quitarse la cortina y salió con ella puesta al pasillo, tan ensimismada que ni siquiera percibió el roce de la improvisada cola. En el rellano de la escalera



encontró a *Mademoiselle*.

—«*¡Tiens!*» —exclamó ésta, deteniéndose, sorprendida—. «*¿Que faites-vous, Maureen?*». ¿Qué haces con esta cortina a rastras?

Maureen lanzó una horrorizada mirada a su «cola» y, retrocediendo presurosamente al dormitorio, se quitó la cortina y volvió a colgarla en su sitio. Luego, algo más calmada, bajó en busca de Gwen.

Ésta empezaba a estar hasta la coronilla de Maureen. La nueva alumna se le había pegado como una lapa. Relataba largas y aburridas historias de su familia, sus amigas, su antiguo colegio y, sobre todo, de sí misma. Nunca parecía comprender que Gwendoline también deseaba expansionarse.

A veces, Gwen intentaba interrumpir los insulsos discursos de Maureen, diciendo por ejemplo: —Oye, Maureen, ¿te he contado alguna vez mi viaje a Noruega? Fue maravilloso. Todas las noches me quedaba a cenar con los mayores, a pesar de tener sólo tres años, y...

—Yo nunca he estado en Noruega —atajó la Maureen—. Pero mi tía fue allí este verano. Me mandó una porción de postales. Ya te las enseñaré. Estoy segura de que te interesará verlas.

Pero se equivocaba. A Gwen nunca le interesaba nada de lo que le enseñaban. De hecho, al igual que Maureen, sólo le interesaba su persona.

En cuanto a Maureen únicamente la escuchaba cuando le contaba chismes de las otras compañeras de curso. Entonces Maureen era todo oídos.

—Nunca había supuesto una cosa así de Darrell —comentaba—. ¡Válgame Dios! ¿Es posible que Daphne hiciera eso? ¡Oh! ¿Quién iba a suponer que «Bill» fuera tan falsa?

Gwen se veía obligada a practicar deportes y a tomar parte en numerosos entrenamientos. Tenía que hacer gimnasia y no le valía ninguna excusa para zafarse de ella. Además, debía ir a todas las excursiones que organizaban y reprimir su cólera.

Fue June la que informó a Maureen de la asidua asistencia de Gwen a los entrenamientos deportivos, la gimnasia y las excursiones. Regocijada, le contó la historia del corazón de Gwen del curso anterior.

—Como quería librarse del examen para el Diploma de Estudios, Gwen inventó el cuento de que tenía el corazón tan débil que sufría palpitaciones —cloqueó June—. Su madre vino a buscarla y se la llevó a casa. Pero Gwen fue descubierta y enviada de nuevo al colegio con el tiempo justo para examinarse. Desde entonces, le han obligado a practicar el deporte y la gimnasia como las demás. ¡Es una farsante!

Ni June tenía derecho a contar todo esto a una alumna de un grado superior, ni Maureen hacía bien en escucharla. No obstante, lo mismo que Gwen, esta última era muy amiga de las habladoras, y tomaba buena nota de toda aquella información, si bien guardándose mucho de comentarla con Gwen.

Ambas muchachas se veían obligadas a estar mucho tiempo juntas. Casi todas las alumnas del curso tenían una amiga predilecta. Moira no tenía ninguna en especial, pero iba con Catherine, siempre a la disposición de todas. Así, pues, Gwen y Maureen, como estaban desapareadas, solían quedarse juntas cuando las demás se iban por las suyas.

Lo malo fue que Gwen acabó detestando a Maureen. La consideraba engreída, egoísta y fastidiosa. Hasta su voz le molestaba. Procuraba, pues, esquivarla en lo posible e inventaba excusas para no estar con ella.

Pero Maureen no la soltaba. Gwen era la única chica con quien podía hablar, fanfarronear y lamentarse cuando se indisponía con la señorita James.

Maureen creía dibujar tan bien como Belinda, o casi tan bien como ella. Además, alardeaba de cantar maravillosamente, y, en verdad, tenía una voz extraordinariamente potente, aunque con mucha tendencia a desafinar. Estaba convencida de saber componer tan bien como Irene. E incluso hizo perder el tiempo a Darrell ofreciéndose a componer unos versos.

—¿Qué haremos con esa pelma de Maureen? —se lamentó Janet, una noche—. Viene a preguntarme si necesito ayuda, y si le doy a coser la cosa más sencilla, hace una chapuza y tengo que deshacerlo.

—Pues a mí tuvo la desfachatez de venir a decirme que no le gustaban algunos de mis acordes del coro inicial de «*La Cenicienta*» —resopló Irene—. La mandé a paseo. Pero no se dio por vencida. No quiso reconocer que es una inútil. Tiene el pellejo tan duro que apuesto a que una bala no se lo atravesaría. ¡Rebotaría!

—Necesita que alguien le dé una lección —gruñó Alicia—. Os aseguro que si viene con el cuento de que va enseñarme a hacer juegos malabares, voy a perseguirla por todo el corredor, por el jardín y por las rocas, hasta zambullirla en la piscina.

—Gwen está harta de ella —comentó' Belinda—. Le fastidia tener una doble continuamente pegada a ella. No sé si se da cuenta de lo mucho que se parece a Maureen en lo boba, fastidiosa, presumida, farolera y...

—¡Por favor! —protestó la angélica Catherine—. ¿No crees que exageras un poco, querida Belinda? Eres muy poco amable.

—Unas veces hay que ser amable y otras no, querida y dulce Catherine —repuso Belinda, mirándola fijamente—. Pero tú no pareces distinguirlo. Tú te figuras ser amable cuando sacas punta a mis lápices y los dejas como un alfiler, pero no lo eres. Te limitas a ser una entrometida. No me «*interesa*» tener todos los lápices afilados. Mantengo algunos con la punta roma ex profeso. En cuanto a lo de que soy poco amable con Maureen, te diré que en ocasiones la falta de amabilidad sirve para enderezar lo torcido. Opino que eso es precisamente lo que necesita Maureen: una buena dosis de sentido común administrado severamente. Y eso es lo que tendrá si no se deja de tonterías.

—Tú sabes mejor que yo lo que conviene —murmuró Catherine, adoptando un aire de mártir—. Dios me libre de contradecirte. Siento lo de los lápices. Mi único afán es ahorrar trabajo a las demás.

—¿Quieres que te muestre cómo te ves a ti misma, Catherine? —preguntó Belinda, de pronto. Todas prestaron atención, muy divertidas por la salida de Belinda. Por lo regular, ésta tenía muy buen carácter, pero las personas como Maureen, Gwen y Catherine sacaban de quicio a cualquiera.

El lápiz de Belinda se deslizó sobre una gran hoja de papel. La muchacha estuvo dibujando

unos cinco minutos y luego, tomando un alfiler, dijo:

—Voy a clavarlo en la pared, amiguitas. A Catherine le «encantará». Es la viva imagen de lo que se figura ser.

Al punto, fijó la hoja en la pared. Sus compañeras se apiñaron alrededor. Catherine se acercó también, muerta de curiosidad.

Era un retrato suyo, de pie ante una vidriera de colores, con un fulgurante halo en torno a la cabeza. Debajo, con grandes letras, Belinda había escrito estas cinco palabras:

«*Nuestra bendita mártir, santa Catherine*».

Catherine huyó presurosamente, perseguida por una explosión de regocijadas carcajadas.

—¡Le está bien empleado! —profirió Darrell—. ¡Vuelve, Catherine! ¿Te gusta verte convertida en una santa de vidriera de iglesia?

# Capítulo 12

---

## UN PLAN... Y UN ALTERCADO

---

Antes de finalizar aquella semana, Darrell ultimó la comedia, las letras de las canciones y todos los detalles de la función. Además, casi toda la música estaba compuesta ya, pues Irene arrebató la letra de manos de Darrell a medida que ésta iba escribiéndola.

—Serán una especie de «*Gilbert y Sullivan*» —comentó Moira, con cierto desdén, refiriéndose a la famosa pareja de autores de operetas del siglo pasado.

Moira se sentía un poco al margen de la cuestión. Hasta que la comedia no estuviera concluida, ella no podía proceder a montarla y, en consecuencia, no tenía nada que hacer de momento. Y a Moira le fastidiaba estar inactiva. Le gustaba dirigir, organizar, dominar a la gente, dictar leyes.

De hecho, gozaba de poca popularidad como jefa de curso. Las alumnas de quinto detestaban sus aires de dictadora y su carencia absoluta de sentido del humor. Así, pues, mientras era posible, apenas le hacían caso.

Todo esto irritaba sobremanera a Moira.

—Acabad de una vez esa comedia, Darrell y Rally —gruñía—. Ojalá me hubiese encargado yo de escribirla. ¡Sois tan lentas!

—No habrías sido capaz de escribirla —repuso Darrell—. Lo sabes perfectamente. Casi nunca tienes buenas notas en composición.

—No seas impertinente —refunfuñó Moira, ruborizada.

Catherine salió en defensa suya, diciendo con suave y dulce voz:

—Estoy segura de que Moira sólo accedió a encomendaros esa tarea para daros una oportunidad. Apuesto a que ella lo hubiera hecho divinamente.

—Ha hablado nuestra bendita mártir santa Catherine —intervino Alicia, maliciosamente—. ¡Nuestra querida santa Catherine! Merece la aureola que le puso Belinda, ¿no os parece, muchachas?

Catherine se enfadó. Y Belinda le gritó al punto:

—¡Quieta, Catherine, quieta! No, no sonrías tan empalagosamente. ¡Vuelve a fruncir el ceño!

Catherine suspiró, diciéndose que era insoportable que sus compañeras se rieran de ella en vez de apreciar sus constantes deseos de ser amable, abnegada y realmente «buena». La muchacha echó una ojeada a la pared. ¡Sopla! ¡Había en ella otro retrato suyo, con una aureola más grande que nunca!

Por lo regular, Catherine entraba furtivamente en la sala común cuando ésta estaba vacía, para quitar los retratos suyos que Belinda solía exponer allí. Pero siempre había uno nuevo. Era para volverse loca. El actual la representaba afilando miles de lápices, con una enorme aureola formada, asimismo, de infinidad de lápices afilados, muy juntos entre sí.

«Eso basta para poner furiosa a una persona —pensó Catherine—. No comprendo cómo no pierdo los estribos y empiezo a insultarle. En fin, «intentaré» seguir siendo amable con todas, pero va a ser muy difícil».

Las alumnas de quinto grado decidieron seguir la misma táctica con Maureen.

—Es preferible escarmentarlas a ambas antes de que comencemos los ensayos —aconsejó Alicia—. No podemos exponernos a que nos molesten ese par de entrometidas cuando estemos en plena actividad. Vamos a ver, ¿qué hacemos con Maureen?

—Lo malo de esa chica es que está muy engreída —murmuró Darrell—. Cree que todo lo hace mejor que nadie y tiene la convicción de que ella sola podría llevar el peso de la función. Es tan caradura que no hay nada que hacer con ella. ¡Es la vanidad personificada!

—De acuerdo —suspiró Alicia—. Le daremos una oportunidad. Le diremos que haga unos diseños para ayudar a Belinda y que cante una o dos canciones. Le encargaremos que componga una o dos melodías para ayudar a Irene y que escriba una o dos poesías. Luego, se lo despreciaremos todo sin contemplaciones y así sabrá a qué atenerse.

—Parece una medida muy «drástica» —comentó Mary-Lou.

—Sí, demasiado —convino Sally—. Oye, ¿no podríamos encargarle todo eso y desechárselo sin «excesivo» menosprecio?

—Eso es —intervino Darrell—. Cuando nos traiga las canciones, los versos y demás, haremos como si creyéramos que nos está tomando el pelo. También podríamos darle palmaditas en la espalda y aplaudir y reír, sin dar importancia a su trabajo. Si tiene un ápice de sentido común, se dará por vencida. En caso contrario, tendremos que ser un poco más... bien, un poco más... «drásticas», como dice Mary-Lou.

Todas estaban en el ajo, excepto Gwen y Catherine. Las muchachas temían que una de éstas fuera con cuentos a Maureen si les ponían en antecedentes del plan. Moira dio su aprobación, aun cuando no estaba del todo conforme. Hubiera preferido poner en práctica la primera idea, es decir, la solución más «drástica».

Maureen recibió el encargo de presentar versos, melodías y diseños, así como el de aprenderse un par de canciones por si acaso podía ofrecer de ellas una interpretación mejor que la de Mavis.

La satisfacción y el alboroto de la muchacha fueron tales que apenas acertó a balbucir las gracias. ¡Por fin, por fin le hacían justicia! ¡Por fin reconocían sus dotes! ¡Qué estupendo!

Le faltó tiempo para ir a decírselo a Gwen. Ésta la escuchó muerta de envidia, sin dar crédito a sus oídos. Pedir todo aquello a «Maureen». Era increíble.

—¿No te alegras, Gwen? —concluyó Maureen, con sus pálidos ojos azules, brillantes de excitación—. Puedo hacerlo todo mejor que las demás, ¿verdad? Al fin se han dado cuenta que aprendí «algo» en Mazeley Manor.

—¡Dichoso «Measley» Manor! —dijo Gwen, fastidiada.

Maureen se quedó estupefacta. ¿Era posible que «Gwen», su amiga Gwen, hubiese dicho «Measley»? Sin duda había oído mal. Decidió, pues, tomarla del brazo y seguir con sus locuaces comentarios.

Pero Gwen se mostraba extrañamente esquiva. Se sentía tan celosa que apenas acertaba a

contestar una palabra.

Maureen trabajó con ahínco. Escribió dos poesías, compuso dos canciones y diseñó muchos figurines. Aprendió también las dos canciones que Darrell le había preparado en la clase de música de quinto grado, dando tales voces y desafinando de tal manera, que las muchachas de las salas de música contigua la escucharan, atónitas y desconcertadas.

No sólo tenía una voz estridente, sino que además desafinaba todas las notas y languidecía como un gramófono sin cuerda. Las estupefactas auditoras sintieron escalofríos. ¿Quién daba aquellos alaridos?

Bridget, la hermana de Moira, estudiante de cuarto, fue a echar un vistazo. ¡Cielos! La que chillaba de aquel modo era una alumna de quinto... ¡la mismísima Maureen Little! Sonriendo para sus adentros, Bridget fue en busca de Connie. Ambas se habían hecho muy amigas, y, de resultas de esa amistad, Connie iba dejando gradualmente en paz a Ruth, sin solicitar apenas su compañía.

Las dos chiquillas atisbaron por el cristal de la puerta el interior de la estancia donde Maureen Little estaba cantando.

—¿Oyes eso? —inquirió Bridget, maliciosamente—. ¡Maravilloso! ¿No te parece? Entremos las dos en la sala de al lado y pongámonos a gritar también. Vamos. Ahora está vacía. Si a una alumna de quinto se lo consiente hacer eso, ¿por qué no a nosotras?

Así, pues, ambas entraron en la sala contigua y armaron tal griterío, fingiendo ser cantantes de ópera, que todas las que pasaban por el corredor se quedaban pasmadas.

Tan sólo Maureen, por su propia voz y ocupada en atacar notas cada vez más altas, no oyó nada. De pronto, se abrió la puerta del estudio, dando paso a Moira.

—¡Maureen! ¡Cállate ya! ¡Te oímos incluso desde la sala común!

Maureen paró en seco de cantar. Entonces, en la sala contigua, sonaron nuevos alaridos. Moira se precipitó allí, asombrada. ¿Qué era «aquello»?

Connie se interrumpió apenas vio a Moira. Pero Bridget sin prestar la menor atención a su encolerizada hermana, continuó cantando con voz recia, cambiando al punto la letra de su canto.

—¡Oooh! ¡Moira está aquí! ¡Moira está aquí!

—¡Bridget! —gritó Moira, indignada—. ¡Cállate ahora mismo!

Pero en vez de obedecer, Bridget repitió:

—¡Aquí... está!

—¿No has oído lo que te he dicho? —vociferó Moira.

Bridget se interrumpió para tomar aliento.

—No meto la mitad de ruido que Maureen —dijo—. Y además no desafino como ella. Si una alumna de quinto puede chillar así, ¿por qué no nosotras?

—No seas descarada —reprendió Moira, palideciendo de ira—. Ya sabes que no te lo consiento. Connie, sal de esta habitación. Te aconsejo que no trabes amistad con Bridget. Con ello sólo conseguirás meterte en líos.

Connie se fue, asustada. De haber estado Ruth en apuros, se habría quedado para defenderla, pero Bridget era diferente. Sabía defenderse sola. Y, en efecto, enfrentándose con Moira, la

muchacha espetó:

—¿Te parece bonito decir eso de tu hermana? ¿A quién se le ocurre ir pregonando que no es recomendable mi amistad?

—Yo «no» he dicho eso —protestó Moira—. ¿Por qué no te reportas un poco, Bridget? Me avergüenzo de ti. Continuamente oigo contar cosas desagradables tuyas.

—Otro tanto me ocurre a mí —soltó Bridget—. ¿Quién es la chica más dominante de quinto grado? ¡Tú! ¿Cuál es la jefa más antipática que han tenido? ¡Tú! ¿Quién no pasó a sexto con las antiguas alumnas de quinto porque nadie podía con ella? ¡Tú!

—«¡Oh!» —balbuceó Moira, palideciendo aún más de ira—. Eres insoportable. Daré parte de tu comportamiento a la señorita Williams, y también del de Connie. Y volveré a acusarte cada vez que te sorprenda haciendo algo indebido. «Me» consta que por las noches sales de tu dormitorio para hablar con las de tercero. Y «me consta» que te zafas de muchas de tus obligaciones. ¡«Yo» también me entero de cosas!

—Soplona —masculló Bridget.

Resultaba muy desagradable el espectáculo ofrecido por las dos encolerizadas hermanas. Tanto una como otra temblaban de ira. Moira se veía obligada a mantener las manos pegadas a los costados para no abofetear a su hermana. Por su parte, Bridget se mantenía a prudente distancia, sabedora de que siempre llevaba las de perder en una pelea.

Sobrevino una pausa. Al fin, Bridget amenazó:

—Si das parte de lo de esta tarde, te arrepentirás. Te lo «advierto» para que estés prevenida. ¿Por qué no acusas a Maureen? ¡Apuesto a que lo espera todo de la dominante Moira! Pero recuérdalo bien. No digas que no te he «advertido». Si «me» delatas, te arrepentirás.

—Pues ten la seguridad de que lo haré —dijo Moira—. Es mi deber. Sabes perfectamente que las alumnas de cuarto no están autorizadas a entrar en estas salas de estudio.

Y dando media vuelta, Moira salió de la estancia, aún temblorosa. Al punto, fue en busca de la señorita Williams, la profesora de cuarto grado. Si no daba parte en seguida, mientras subsistiera su enfado, desistiría una vez extinguida la ira.

La señorita Williams tomó la nota con bastante indiferencia. Tras anotar los dos nombres que le daba Moira, murmuró, con un ademán de asentimiento:

—De acuerdo. Hablaré con ellas.

Eso fue todo. Moira se arrepentía ya de haber dado aquel paso. Le preocupaban las amenazas de Bridget. ¿En qué podía perjudicarla? ¡A veces Bridget era tan violenta y hacía cosas tan raras! Como aquella ocasión en que, años atrás, había roto todas las muñecas de Moira porque ésta le había tirado un juguete por la ventana.

Sí Moira se sentía decididamente molesta mientras regresaba a la sala común. ¡A buen seguro, Bridget se vengaría de ella si podía!

# Capítulo 13

---

## EL PLAN SURTE EFECTO

---

Nadie Maureen se había asustado mucho ante la súbita aparición de Moira en la sala de música. Después de su partida, había oído también las airadas voces procedentes de la sala contigua, lo cual le había asustado aún más. ¡No costaba mucho asustar a Maureen! Salió furtivamente de la habitación y se encaminó al aula a dar los últimos toques a sus dibujos. De hecho, deseaba mostrarlos aquella misma tarde a sus compañeras.

Al entrar en la sala común con su colección de diseños y sus innumerables hojas de música y de versos, Maureen vio la cara avinagrada de Gwen. ¡Cuán atareada había estado Maureen! Si *Mademoiselle* y la señorita James hubiesen sabido lo mucho que había trabajado, se habrían llevado una sorpresa. Ninguna de ellas tenía idea de que Maureen fuese capaz de realizar el menor esfuerzo.

—En realidad, no sé «qué» enseñaban en Mazeley Manor —decía la señorita James a las otras profesoras cada vez que corregía los ejercicios de Maureen.

—Todo menos dominio de sí —suspiraba la señorita James—. ¡Qué colegio! ¡Menos mal que ha cerrado!

Todo el mundo aguardaba a Maureen en la sala común, pese a que ni Gwen ni Catherine sabían el pequeño complot que había sido urdido por las demás. Maureen esbozó una radiante sonrisa.

—«Ahora» vais a ver algo bueno —dijo, alegremente, con su necia risita—. En Mazeley Manor siempre decían que yo servía para todo. No me toméis por una fanfarrona, ¿eh?, pero sinceramente, aunque me esté mal decirlo, os aseguro que «sé» hacerlo casi todo.

Maureen no pudo menos de sorprenderse al ver que algunas de las muchachas daban rienda suelta a su hilaridad.

—¡Qué «bromista» eres, Maureen! —exclamó Alicia, en tono elogioso—. ¡Tú siempre tan graciosa!

Maureen tuvo un agradable sobresalto. Era la primera vez que alguien la llamaba graciosa. Ni que decir tiene que inmediatamente creció en su propia estima.

—Bien —dijo—, primero os mostraré los diseños. Éste es el vestido de baile de Cenicienta. Como veis, me he inspirado en la moda del siglo XVI.

Grandes carcajadas acogieron estas palabras.

—¡Fantástico! —ensalzó Darrell, fingiendo enjugarse los ojos—. ¿Cómo se te ha ocurrido, Maureen?

—¡Qué perfección! —intervino Mavis, levantando en alto el tosco dibujo, con su apagado colorido—. ¡Qué cómico! No sabía que tuvieses ese sentido del humor, Maureen.

Maureen estaba desconcertada. No se había propuesto que el dibujo resultase gracioso. Lo consideraba magnífico. Se dispuso, pues a mostrar el siguiente, pero las muchachas, anticipándose



a ella, le arrebataron las láminas y procedieron a mostrárselas unas a otras entre chillidos y risas.

—¡Mirad éste! ¡En mi vida había visto nada tan chusco!

—Es digno de «Punch»<sup>[3]</sup>. ¡Atiza! ¡Mirad la «cara» del barón! Y a propósito, ¿«qué» indumentaria lleva?

—Éste es único. Cáspita. ¡Qué gran humorista es Maureen, chicas!

Entonces, Irene, tomando las hojas de música, exclamó:

—¡Hola! ¡Aquí están las canciones que ha compuesto! Sospecho que también son un portento.

Voy a tocarlas.

Y tras dirigirse al piano instalado en la sala común, tocó las canciones con expresión jocosa, presentándolas aún más cursis de lo que eran, a través de su interpretación.

Todas se apiñaron alrededor del piano, riendo a más y mejor.

—¡Pero qué salada es Maureen! ¡Además de hacer dibujos grotescos, sabe componer ridículas canciones!

Maureen empezaba a asustarse. ¿Hablarían en serio las muchachas? A decir verdad, eso parecía. ¿Era «posible» que considerasen sus hermosas obras tan malas como para resultar jocosas? Sin duda, creían que las había hecho graciosas adrede.

Maureen se volvió a mirar a Gwen. Ésta la comprendería. Gwen era su amiga. A ella se lo había contado todo; sus dotes para el dibujo, la música y el canto; lo mucho que había practicado aquellas artes, lo satisfecha que estaba de los resultados obtenidos.

Más la mirada de Gwen distaba mucho de ser amable. Era, por el contrario, una mirada triunfante que parecía decir: «¡Ah! *El orgullo es mal consejero. Me alegro de todo esto. Te está bien empleado*».

Maureen se quedó sobrecogida. Y Gwen, riéndose a carcajadas, gritó con las otras:

—¡Horriblemente gracioso, Maureen! ¡Incomprensible! ¿Quién iba a suponer que eras tan divertida?

—Y ahora, canta —propuso Mavis, lanzándole una de las canciones—. Queremos oírte. ¡Tienes una voz tan preciosa, tan educada! Estoy segura de que debe de constituir un motivo de satisfacción para ti. ¡Canta!

Maureen no se atrevió a declinar la invitación y, mirando la partitura con ojos nublados, se puso a cantar. Su sonora voz se elevó en la sala, más desentonada que nunca y tembló de desencanto en tanto las muchachas se echaban a reír de nuevo, entre vítores y aplausos.

—¡Ja, ja, ja! ¡Escuchad esto! Oye, Darrell, ¿no podríamos darle un papel «cómico» en la función? ¡Obtendría un éxito de clamor! ¿Habías oído alguna vez una voz como la suya?

Maureen cesó de cantar, con las mejillas llenas de lágrimas. Sus ojos se posaron desesperadamente en Gwen, en espera de una palabra de alabanza. Pero Gwen no despegó los labios.

Maureen dio media vuelta, dispuesta a salir de la habitación.

—¡No te lo tomes así, Maureen! —exclamó Catherine, corriendo tras ella—. ¡Las muchachas no lo han hecho con «mala» intención!

—¡Mirad con qué sale ésta! —masculló Darrell—. Ahora resulta que hemos sido crueles por

ser amables. ¡«Cosas» de Catherine!

—¡No me toques! —gritó Maureen—. ¿Por qué te empeñas en aparecer compasiva y piadosa, después de haberte reído de mí con las demás, «santa» Catherine? ¡Valiente «santa»!

Catherine retrocedió como si le hubiesen dado un bofetón. Excepto Gwen, nadie sonrió. Mary-Lou parecía trastornada. No podía soportar escenas de esta clase. En cambio, Bill, impasible, se puso de pie, diciendo:

—Bien, yo voy a cabalgar un rato. Todavía queda media hora de luz. ¿Vienes, Clarisa?

La impasibilidad de Bill y el indiferente tono de su voz tuvieron la virtud de mitigar la tirantez reinantes.

Todas siguieron con la mirada a Bill y a Clarisa, en tanto abandonaban la sala.

—En fin —aventuró Sally—, no creo que la cosa haya surtido el efecto que esperábamos. A decir verdad, me siento algo mezquina.

—Y yo también —suspiró Darrell—. No cabe duda que Maureen es una tonta presumida que necesita que le bajen los humos, pero me temo que hemos ido demasiado lejos.

—No se dará por aludida —aseguró Gwen, en tono remilgado—. Está demasiado creída de sí. No «comprendo» por qué ha venido tanto conmigo todas estas semanas.

Alicia no pudo resistir la tentación de replicar:

—Porque sois iguales, querida Gwen. Y ya sabes aquello de que Dios los cría y ellos se juntan. Tú y Maureen os parecéis como dos gotas de agua. Da gusto veros juntas.

—Supongo que no hablas «en serio», Alicia —murmuró Gwen, tras un sorprendido y dolido silencio—. «En realidad», Maureen y yo no nos parecemos en nada. Lo único que sucede es que te has ido de la lengua, como tienes por costumbre.

—Reflexiona sobre ello, querida Gwendoline Mary —le dijo Alicia—. Charlas incansablemente de tu aburrida familia y de sus hazañas. Lo mismo hace Maureen. ¿Te figuras ser una chica excepcional? Otro tanto le ocurre a Maureen. ¿Consideras que serías la única idónea para representar el papel de Cenicienta? Lo mismo que Maureen.

Gwen se levantó de un salto y, apuntando a Moira con el dedo, profirió:

—Con que simplemente porque el otro día me encontraste con el pelo suelto en el dormitorio, y con una toalla sobre los hombros, fuiste diciendo a las otras que yo quería ser Cenicienta.

—«A decir verdad, no caí en la cuenta hasta que sorprendí a Maureen haciendo exactamente lo mismo —declaró Moira—. Las dos os dedicasteis a ensayar ante el espejo con el pelo suelto y cortinas o toallas encima. Alicia tiene toda la razón. Os parecéis como dos gotas de agua. Deberíais ser amigas. ¡Sí casi sois mellizas!».

—Sin embargo, Maureen «no» me es simpática —espetó Gwen, en tono airado.

—No me sorprende —repuso Alicia, imprimiendo a su uniforme voz un intencionado rentintín—. Lo natural es que la conozcas a fondo, siendo como sois casi gemelas.

Gwen salió de la estancia echando chispas. Entonces Darrell, tamborileando la mesa con un lápiz, musitó con voz apenas perceptible:

—No me ha gustado ni pizca todo esto. ¡Demasiado rencor y malignidad!

De pronto, Gwen volvió a asomar la cabeza por la puerta y, dirigiéndose a Moira, soltó:

—¡Ya te ajustaré las cuentas por ir contando a las muchachas que nos viste a Maureen y a mí ante el espejo! ¡Prepárate! ¡Te pagaré con la misma moneda por muy encargada de curso que seas!

Moira frunció el ceño y, automáticamente, Belinda tomó un lápiz, dispuesta a captar la enfurruñada expresión de su compañera. Pero Darrell, arrebatándole el lápiz, instó con mirada suplicante:

—No, esta vez no. Ésta tarde está muy enrarecido el ambiente en esta habitación.

—De acuerdo..., santa Darrell —bromeó Belinda.

Y Darrell se echó a reír.

—Cambemos de tema —propuso Moira, acercándose a ella—. ¿Qué hay de los partidos del colegio? Echemos un vistazo a las chicas que has seleccionado.

Darrell sacó la lista. Como jefa de curso, Moira se interesaba en los partidos en que intervenían las alumnas de quinto grado y, como era aficionada a los deportes, también mostraba interés en las jugadoras de la escuela elemental. Era casi en lo único que ella y Darrell se avenían. Ambas no tardaron en enzarzarse en una discusión, sopesando los méritos de las jugadoras.

—Hay este partido contra Wellsbrough —indicó Darrell—. Me refiero al partido que han de jugar las de cuarto la próxima semana contra el equipo, también de cuarto, de Wellsbrough. He incluido en él a la pequeña Susana, y me «*gustaría*» incluir también a mi hermana Felicity. ¿Tú qué opinas, Moira?

—Pues que «*sí*» —convino Moira—. Felicity es una jugadora de primera categoría. ¡Extraordinaria! Corre como el viento y nunca pierde una pelota. ¡Debe de haberse entrenado a fondo!

—En efecto —confirmó Darrell—. Sólo he vacilado porque... porque se trata de mi hermana y temía que pudiera parecer favoritismo.

—¡Tonterías! —repuso Moira—. ¡Demostrarías ser una pésima capitana si no metieras a las mejores jugadoras en el equipo! ¡E insisto en que juegue Felicity!

Darrell se echó a reír, satisfecha.

—Bien, en vista de que insistes... —murmuró, anotando el nombre de Felicity—. ¡Cáscaras! ¡Qué contenta se va a poner!

—Y June, ¿qué tal va? —inquirió Alicia—. Últimamente la he visto practicar bastante. ¿Crees que se enmendará?

—En realidad, no —respondió Darrell—. Practica mucho, pero cuando la tomo por mi cuenta se muestra tan descortés como de costumbre. Nunca tiene una palabra de gratitud y en cambio siempre está dispuesta a discutir. Todavía no puedo incorporarla en ningún equipo. No tiene espíritu de cooperación, ¿sabes? Siempre va a la suya, prescindiendo de sus compañeras.

—Sí, tienes razón —convino Moira—. Yo también he reparado en ello. No se puede incluir en un equipo a una jugadora que no esté dispuesta a dar el máximo de sí y a ponerse a la altura de las demás.

Darrell miró a Moira curiosamente. Cuando más agradable resultaba ésta, era cuando salían a relucir los deportes! En esta cuestión, Moira era justa, imparcial y razonable, olvidándose de aparecer dominante y obstinada. ¡Lástima que fuese la jefa de curso! Sin duda, habría resultado

mucho más simpática de haber tenido que someterse, como las otras, a otra persona.

—¿Puedes hacerte cargo de estas listas y ponerlas en la tablilla de deportes? —preguntó Darrell—. Tengo aún una porción de cosas que hacer.

Moira tomó las listas en el preciso momento en que Catherine se apresuraba de nuevo a ofrecer sus servicios.

—«Yo» me encargaré —propuso Catherine, convencida de que era natural estar a la disposición de las demás.

—No, gracias, «santa» Catherine —masculló Moira.

Catherine se sonrojó de humillación. ¡Pensar que había hecho tanto por Moira, desplegado tanta amabilidad con ella y efectuado tantas tareas ingratas para aliviar su carga, y todo cuanto obtenía a cambio era aquel despreciativo y detestable apodo de santa Catherine! Sin poderlo remediar, lanzó a Moira una mirada de rencor.

Darrell sorprendió su gesto y, trémula de impaciencia, pensó para sus adentros: «*No me gusta toda esta malevolencia. Siempre desemboca en algo malo. ¡Resulta tan raro ver a la angelical Catherine lanzando, a su dilecta amiga Moira esa mirada tan ponzoñosa!*».

Moira se fue con las listas. Primero fijó la correspondiente a los nombres del equipo cuarto, encabezándolo con las siguientes palabras: «*Equipo para el partido contra el Wellsbrough*». Inmediatamente se agolparon a su alrededor un tropel de excitadas alumnas de primero.

—¡Felicity! —chilló alguien—. ¡Tú figuras en la lista! —El rostro de Felicity resplandecía de dicha.

—¡Y también Susana! —dijo otra voz—. En cambio tú, no, June. ¡Qué raro! ¡Con lo que has entrenado! ¡Es vergonzoso!

—¿Pues qué esperabas? —gruñó June—. Lo «*natural*» era que Darrell prefiriese a su hermana. Aunque amargamente desilusionada, la chiquilla se expresaba con su habitual jovialidad.

—¡June! —gruñó Moira, al oírla—. ¡Discúlpate ahora mismo! Darrell no da muestras de ningún favoritismo. Estaba casi dispuesta a excluir a Felicity. Y «yo» insistí en que la incluyera. Discúlpate inmediatamente.

—Bien —empezó June, con aire retador, presta a discutir.

Pero Moira insistió:

—He dicho que te disculpes. Y me has oído perfectamente. Conque haz lo que te mando.

—Está bien, me disculpo —refunfuñó June, ceñuda—. ¡Pero apuesto a que fuiste tú la que «*me*» excluiste!

—Dije a Darrell que no era partidaria de incorporar al equipo a ninguna jugadora con espíritu individualista —declaró Moira, sucintamente—. Tú no echas el resto. Te entrenas a fondo y luego, en un partido, te limitas a ir por las tuyas y a prescindir de las demás. No, no es ésa mi «*idea*» de una buena deportista. Recapacita sobre ello, June.

Y dicho esto, Moira se alejó, sin preocuparse en absoluto de lo que pudieran pensar las chiquillas de su despreocupada sinceridad. June no hizo ningún comentario. Al ver su rara expresión, Susana se acercó a murmurarle:

—No estuvo bien decir todo eso delante de nosotras. Deberías haber...

—¿Y eso qué importa? —interrumpió June, recobrando súbitamente su viveza—. ¿Te figuras que Moira, Darrell, Alicia o «*cualquiera*» de esas presumidas de quinto me importan un bledo?

# Capítulo 14

---

## UNA GRAN ASAMBLEA

---

Se convocó una solemne reunión para discutir la puesta en escena de la comedia, la elección de los personajes y las horas de ensayo. Darrell había completado el libreto e Irene la música. Todo estaba a punto de ensayo.

Las alumnas de quinto grado acudieron en peso a la asamblea que iba a celebrarse en la sala común de la *Torre Norte*. La estancia estaba abarrotada. En la gran chimenea ardía un crepitante fuego, pues las noches empezaban a ser frías.

Moira presidía. Catherine, una Catherine algo apagada y mohína, sin su habitual radiante sonrisa, se hallaba a su izquierda, pronta a suministrarle lo que pidiera. Los miembros de la comisión se alineaban en las sillas a lado y lado de la mesa.

Moira golpeó la mesa con un libro e impuso silencio con voz estentórea. Todas se callaron. ¡Siempre obedecían automáticamente a Moira! ¡Tenía una voz tan recia y tajante!

Comenzó la asamblea. Darrell fue invitada a explicar el argumento de la comedia y los personajes de que constaba, así como a leer el primer acto.

Ruborizada y agitada, la muchacha expuso a su auditorio un breve compendio de la comedia. Todas escucharon con aire aprobatorio. La obra parecía excelente.

Luego, tartamudeando un poco al principio, Darrell leyó el primer acto de la comedia, tal como lo había escrito, con el diálogo, las canciones y las instrucciones escénicas.

La lectura discurrió en medio de un profundo silencio.

—Y así termina el acto —dijo al fin la muchacha, levantando los ojos con cierta timidez ante la inseguridad de haber despertado el interés de sus oyentes.

A los pocos minutos, ya no tuvo duda sobre el particular. Una salva de aplausos, vítores y pataleos acogió sus últimas palabras. Darrell se sintió tan complacida que se acaloró de alegría y tuvo que enjugarse la frente, perlada de sudor.

Moira impuso silencio con una palma en la mesa.

—Bien, ya habéis oído la magnífica comedia que Darrell y Sally han escrito en colaboración —comentó—. Sí, ella es la autora principal, pero Sally se ha lucido también mucho. Cabe presumir que la obra obtendrá un gran éxito si conseguimos presentarla con propiedad.

—¿Quién se encargará de ponerla en escena? —preguntó Betty.

—Yo —se apresuró a responder Moira—. ¿Alguna objeción?

Una expresión manifiestamente dubitativa se pintó en muchos rostros. En realidad, nadie dudaba de la capacidad de Moira para aquel cometido, pero sí de su talento para sacar el máximo partido de las actrices. Tenía el defecto de encocorar a la gente.

—Creo que sería preferible contar con «dos» directoras artísticas —sugirió alguien.

—De acuerdo —accedió Moira sin titubear, indiferente al hecho de que hubiese varias

directoras con tal de ser una de ellas o, mejor dicho, la «*principal*»—. ¿A quién proponéis?

—¡A Betty, a Betty! —vociferaron la mitad de las presentes.

Saltaba a la vista que se habían puesto de acuerdo de antemano. Moira frunció un poco el ceño. ¿Betty? ¿La risueña, despreocupada e inteligente amiga de Alicia?

—¡Sí! —intervino Alicia, súbitamente—. ¡Betty!

Convencida de que no trabajaría a gusto con Moira sola por mucho tiempo, Alicia se dijo que la existencia de dos directoras facilitaría las cosas. ¡Así podría consultar con Betty a todas horas!

Sonriendo a sus compañeras, Betty ocupó su puesto en una de las sillas de la comisión.

—Gracias —murmuró—. Haré lo que pueda.

—Y ahora, a escoger los primeros papeles —declaró Moira—. Ya están más o menos asignados. Voy a leer la lista.

Gwendoline y Maureen contuvieron la respiración. ¿Cabía aún la esperanza de que una de ellas obtuviese el papel de Cenicienta o, en su defecto, el de Hada Madrina, o acaso el de Príncipe?

—Cenicienta: «*Mary-Lou*» —leyó Moira.

Mary-Lou, Gwen y Maureen ahogaron una exclamación: la primera de sorpresa, las otras de desilusión.

—¡Oh, no «*puedo*»! —balbuceó Mary-Lou.

—Sí, puedes —repuso Darrell—. Necesitamos una persona de aspecto algo poético, un poco asustada, una chica agraciada y de ojos grandes, que además tenga tablas y sepa cantar.

—Y tú eres el tipo ideal para el papel —intervino Sally—. Eso es, abre los ojos con expresión medrosa, Mary-Lou. ¡Pareces la viva estampa de la pobrecilla Cenicienta!

Todas se echaron a reír, y Mary-Lou no pudo menos de reírse también. Sus ojos empezaban a brillar.

—Nunca creí que me eligierais —farfulló.

—Pues ya ves, así ha sido —confirmó Darrell—. Sabes actuar y posees una bella voz, aunque no muy potente.

—El Príncipe: «*Mavis*» —prosiguió Moira. Ésta vez no hubo sorpresa. Todas lo esperaban. El príncipe tenía mucha parte de canto, y Mavis estaría magnífica en el papel. Había recobrado su hermosa voz e Irene había compuesto varias lindas canciones para el personaje, sobre la letra de Darrell. Todas aplaudieron.

—El Barón: «*Bill*» —continuó Moira.

Alguien soltó una alborozada carcajada.

—¡Oh, «*sí*»! —exclamó Clarisa, regocijada—. ¡Bill estará soberbia con pantalones de montar y llamando a su caballo!

—Hada Madrina: «*Louella*» —leyó Moira.

Todas las miradas se posaron en Louella, una muchacha procedente de la *Torre Sur*, de figura alta y esbelta, bucles dorados y voz argentina.

—¡Hurra! —gritaron todas las muchachas de la *Torre Sur*, satisfechas de que una de sus compañeras obtuviera un buen papel.

—Botones, el pequeño paje: «*Rachel*» —prosiguió Moira—. Rachel es muy buena actriz y,

como no es la primera vez que interpreta ese papel, quedará muy bien.

—¿Y quiénes serán las Hermanas Feas? —preguntó alguien.

De pronto a Gwen le dio un vuelco el corazón. ¡Las Hermanas Feas! ¿Y si la elegían una de ellas? No podría, no podría soportarlo. Vio que Alicia la miraba maliciosamente y tuvo la certeza de que «*le habían*» asignado aquel papel.

Incapaz de pasar por aquella humillación, se levantó diciendo que no se encontraba bien y se dirigió hacia la puerta: Alicia esbozó una sonrisa. Leía perfectamente el pensamiento de Gwen. Ésta se retiraba porque temía que Moira leyera su nombre, adjudicándole el papel de una de las hermanastras.

—¿Otra vez el corazón? —gritó una de las muchachas de la *Torre Oeste* a la atemorizada Gwen.

Todas se rieron. Gwen desapareció, dispuesta a no volver hasta que se terminase la junta.

Maureen abrigaba el mismo temor. De pronto, recordó sus dientes de conejo. A lo mejor Moira la consideraba «*ideal*» para el papel de hermana fea... ¿Por qué, por qué no habría sido sensata en la época en que tenía ocasión de enderezarse los dientes? Al punto trató de cubrírselos con el labio superior.

—Hermanas Feas: «*Pat*» y «*Rita*» —exclamó Moira.

Un sonoro clamor de aprobación acogió estas palabras. Pat y Rita lanzaron una mirada circular, con expresión jocosa. Eran mellizas, y no feas precisamente, pero tenían la nariz graciosamente respingona, los ojos muy separados y los cabellos desgredados. Eran ambas muy saladas y buenas actrices, y a buen seguro constituirían una espléndida pareja de Hermanas Feas.

—¡Gracias, Moira! —profirió Rita—. ¡Ése papel nos sienta de maravilla! ¡Parece hecho ex profeso para nosotras!

—Rey de los Demonios: «*Alicia*» —exclamó Moira.

Se sucedió un nuevo clamor de aprobación, iniciado por la regocijada Betty.

Moira miró a su alrededor con expresión radiante y complacida.

—Alicia hará los juegos malabares y saltará por el espacio como un demonio —dijo—. No creo que haya ninguna otra tan idónea para haber de diablo.

Nuevos chillidos aprobatorios corearon esta declaración. La señorita James, que andaba por allí cerca, se preguntó qué estaría sucediendo en la sala común. Era como si cincuenta mil espectadores de un partido de fútbol bramasen, enronquecidos.

—¡Qué magnífico reparto! —gritó alguien—. ¡Continúa!

—Ahora pasamos ya a los criados, cortesanos y demás —advirtió Moira—. Eso significa que habrá un papel para cada una de las restantes, siquiera muy pequeño.

—¿Y Darrell? —inquirió una voz.

—Darrell ha escrito la obra y colaborará en su puesta en escena —contestó Moira—. Sally la ayudará, a su vez. Ellas no intervendrán en la función porque les sobraría trabajo. Preguntaremos a Pop si quiere encargarse de la luminotecnia. Estará encantado.

Pop era el operario del colegio, muy querido por todas las alumnas e insustituible en aquellas ocasiones.



—Todo parece muy acertado —elogió Winnie—. ¿Cuándo serán los ensayos?

—Todos los martes por la tarde, y también los viernes a la misma hora para las que deseen un ensayo extraordinario —respondió Moira—. Mañana cada cual recibirá su papel. Por lo que más queráis, aprendedlos cuanto antes. Es inútil ensayar si no os lo sabéis. De ese modo no se puede actuar bien.

—Te has olvidado de decir que Irene ha compuesto la música y que Belinda y Janet se han encargado de los decorados y el vestuario —advirtió Darrell.

—No, no me he olvidado —se apresuró a replicar Moira—. Ahora mismo me disponía a hacerlo constar. En realidad, todo el mundo lo sabe. A propósito agradeceríamos que alguna ayudase a Janet en la confección de los vestidos. Todas las buenas costureras serán bien acogidas. Janet os asignará trabajo si deseáis colaborar y tenéis la bondad de pedírselo.

Sonaron más aplausos, seguidos de un animado murmullo de conversaciones. ¡Sería la mejor comedia representada en el colegio! Desencadenaría el entusiasmo del auditorio y obtendría un éxito de clamor.

—Será la primera obra escrita y musicada por las propias alumnas —observó Winnie—. ¡Vive Dios! ¡Qué ojos abrirá la señorita Grayling!

Sonó una campana y todas se levantaron.

—¡Iremos al ensayo! ¡Nos aprenderemos los papeles! Oye, Mavis, ¿y la parte vocal? ¿Te encargarás tú de preparar el coro?

Entre gritos y comentarios, todas se dirigieron a sus respectivas torres. Darrell suspiró, satisfecha, y tomando del brazo a Sally, murmuró:

—Es lo más grande que he hecho en mi vida, Sally. ¿Sabes? ¡No me sorprendería que cualquier día me convirtiera en una famosa escritora!

# Capítulo 15

---

## EL PRIMER PARTIDO DE FELICITY

---

Al día siguiente, Felicity fue a ver a Darrell para hablar del partido con el colegio Wellsbrough.

—¡Caramba! —exclamó la chiquilla, mirando a su hermana mayor con ojos centelleantes—. ¿Es posible que yo tenga que jugar en el equipo? Pensé que acaso, con un poco de suerte, podría hacerlo a últimos de curso..., ¡pero la «semana» próxima! Un millón de gracias por incluirme, Darrell.

—A decir verdad, fue Moira la que insistió en tu incorporación al equipo —confesó Darrell—. Yo también lo deseaba, pero, al mismo tiempo, temía tenerte en un excesivo concepto por el mero hecho de ser mi hermana. Entonces, Moira intervino en tu favor, y entraste a formar parte del equipo.

—June se ha llevado un tremendo desengaño —dijo Felicity—. Ha practicado mucho, Darrell. Se hace la indiferente, pero en realidad lo siente. Daría cualquier cosa por no oírla despotricar contra vosotras, las de quinto, a todas horas. Parece que la ha tomado con vosotras. Es horrible.

—Ya se le pasará —comentó Darrell—. Te aseguro que esa chiquilla no nos quitará el sueño.

—¿Podrás venir a presenciar el partido contra el Wellsbrough? —preguntó Felicity, ávidamente—. ¡Por favor, hazlo! Jugaré muchísimo mejor si tú estás presente, jaleándonos y alentándonos.

—Naturalmente que asistiré —afirmó Darrell—. Y gritaré con toda mi alma, sobre todo si me dais motivo para hacerlo.

Las alumnas de primer grado pedían al cielo que hiciera buen tiempo el día del partido. Éste debía celebrarse en su campo, no en campo ajeno, y como era la primera vez que las chiquillas jugaban contra el equipo de Wellsbrough, eran presa de gran excitación.

Las mayores sonreían al ver a las «peques» tan agitadas, recordando la emoción que también habían sentido ellas al participar por primera vez en un partido importante.

—Da gusto verlas tan ansiosas —dijo Moira a Darrell—. Creo que iré por mi raqueta de *lacrosse* para entrenarlas un poco antes de comer. Tengo media hora libre.

—Yo iré a por ella —se ofreció Catherine, al punto, en su habitual tono sumiso.

—No, gracias, «santa» Catherine —declinó Moira—. Todavía estoy en condiciones de ir al armario a buscar mi raqueta por mi propio pie.

El día del partido amaneció claro y radiante. En aquella magnífica mañana de octubre, los árboles que rodeaban los campos de juego resplandecían con sus rojos, pardos y amarillentos matices otoñales. La brisa marina tenía un sabor salobre y tonificante. Todas las muchachas se alegraban al levantarse y contemplar el panorama por la ventana. ¡Qué hermoso aparecía *Torres de Malory* en aquel día!

Naturalmente, las que se sentían más dichosas eran las pequeñas alumnas de primero, en su

mayoría chiquillas de doce años que hablaban a grandes voces sin cesar. Lo inexplicable era que pudieran entenderse unas a otras con aquel bullicio.

La señorita Potts, profesora de primer grado, se mostraba indulgente aquella mañana. Otro tanto podía decirse de *Mademoiselle*, que siempre se excitaba cuando veía agitadas a sus alumnas.

—¿Conque hoy es vuestro partido? —preguntó a las chiquillas—. Jugaréis bien. «*¿N'est-ce pas?*». Entraréis todos los goles, ¿eh? Iré a veros. Y a cada muchacha que entre un gol...

—Que «*meta*» un gol, *Mademoiselle* —corrigió Susana.

—¡Ah, sí! —barbotó *Mademoiselle*, que no había podido aprender el lenguaje deportivo—: Pues, sí. A la muchacha que «*meta*» un gol le diré: «*Para mañana, te dispenso de los ejercicios de francés*».

—¡Pero, *Mademoiselle*, eso no es justo! —protestaron una docena de voces—. No «*todas*» intervenimos en el partido, sino sólo Felicity, Susana y Vera.

—¡Caramba lo olvidaba! —exclamó *Mademoiselle*—. Tenéis razón. En ese caso, ¿qué diré?

—¡Diga usted que, si ganamos, nos dispensará a «*todas*» de nuestros ejercicios de francés durante el resto de la semana! —propuso Felicity.

—No, no —repuso *Mademoiselle*, sorprendida—. He hablado de un solo día. Conque queda entendido, ¿eh? Si ganáis el partido, mañana no haréis ejercicios de francés.

—Es usted un sol, *Mademoiselle* —profirió una alborozada chiquilla.

—«*¡Comment!*» —exclamó *Mademoiselle*, pasmada—. ¿Me has llamado «*sol*»? Nunca había oído esa expresión...

—Quiere decir que es usted estupenda, *Mademoiselle* —aclaró Felicity—. Es un cumplido.

—Bien —suspiró *Mademoiselle*, cambiando de tema—. Ahora vamos a conjugar unos verbos. Página treinta y cinco, «*s'il vous plait*», y basta de conversación.

Las muchachas del colegio Wellsbrough llegaron a las dos y veinte en un gran autocar. Eran algo mayores que las componentes del equipo de *Torres de Malory*, y parecían mucho más corpulentas. Las muchachas de *Torres de Malory* se sentían un poco nerviosas. Las dos capitanas cambiaron un apretón de manos y las jugadoras de ambos equipos se saludaron a distancia, con una leve inclinación de cabeza y una cordial sonrisa.

La profesora de deportes tocó el pito y los equipos la rodearon. Las capitanas lanzaron una moneda al aire.

Seguidamente los equipos ocuparon sus posiciones en el campo. Felicity agarraba su raqueta de *lacrosse* como si temiera que ésta se le escapase de la mano. Su expresión era tan reconcentrada que incitaba a la sonrisa.

Incluso le temblaban un poco las rodillas. La chiquilla hizo votos para que nadie se fijara en este detalle. Era una estupidez ponerse nerviosa en un partido, precisamente en el momento de «*no*» estarlo.

—Buena suerte —cuchicheó Susana, apostada a poca distancia—. ¡Marca un tanto!

Felicity asintió en silencio, sin desarrugar el ceño.

Darrell, Moira y Sally estaban juntas, en plan de espectadoras. La mayoría de las otras alumnas de quinto se hallaban también presentes, porque muchas de ellas ayudaban a las menores

a entrenarlas en su juego. Asistía también al partido una nutrida representación de los otros grados. Wellsbrough era un magnífico colegio por lo que a deportes se refería y enviaba equipos de primera categoría.

—Tu hermanita parece tener muchos bríos —dijo Sally a Darrell—. ¡Mírala! ¡Por lo visto, se propone echar el resto!

El partido comenzó. La pelota atravesó el campo, y las muchachas procedieron a correr tras ella, cogiéndola en sus redes, lanzándola, deteniéndola, impulsándola de nuevo, atajándose unas a otras y provocando los excitados gritos de las espectadoras.

El equipo de Wellsbrough marcó el primer tanto. La pelota entró limpiamente en la red, imposible de detener. La guardameta, una chiquilla de doce años, se quedó muy desolada. ¡Uno a cero a favor del Wellsbrough!

Felicity rechinó los dientes. Wellsbrough les llevaba ventaja. La chiquilla lanzó una ojeada a Darrell. Sí, allí estaba su hermana, sin apartar la vista de la pelota. Felicity ansiaba hacer algo espectacular para obligar a Darrell a brincar y palmotear de orgullo. Pero el equipo de Wellsbrough era duro y no permitía ningún alarde. ¡Siempre había una de sus jugadoras dispuesta a arrebatarse la pelota a una adversaria de *Torres de Malory*!

Y siempre había una jugadora de Wellsbrough que parecía poder correr mucho más velozmente que cualquier muchacha del equipo propio. Era desesperante. Felicity y Susana iban de un lado a otro del campo, jadeando y resoplando, con el corazón disparado como un émbolo.

¡De pronto Susana marcó un tanto! La cosa sucedió de la forma más inesperada. La chiquilla se hallaba corriendo por el terreno de juego, lejos de la meta, seguida de dos muchachas del Wellsbrough, en tanto Felicity se aprestaba a recibir la pelota, por si su compañera se la pasaba.

Entonces Susana echó una rápida mirada circular para ver si Felicity estaba presta a recoger su disparo. Súbitamente, una jugadora del Wellsbrough corrió al lado de Felicity. Era una chica tan alta que probablemente atraparía ella la pelota en lugar de Felicity, si Susana intentaba pasársela. ¡Qué contratiempo!

De repente, Susana lanzó la pelota a la distante meta, con tanta fuerza que, pese a que la portera se precipitó a pararla, fracasó en su intento, y la pelota rebotó en el mismo centro de la red.

Las espectadoras prorrumpieron en grandes vítores. Darrell se unió a las voces. Luego, volviéndose a Moira, comentó:

—Ha sido un gol muy afortunado. Ésos lanzamientos a distancia no suelen dar resultado, pero éste ha surtido efecto. ¡Uno a uno!

Faltaba sólo un minuto para el final del primer tiempo. La pelota llegó a Felicity, y ésta la cogió hábilmente en su red, dando un gran salto para alcanzarla.

—¡Muy bien! —vociferaron todas, satisfechas de ver aquella estupenda parada.

Felicity echó a correr con la pelota y se la pasó a Rita. En su precipitación, no vio a una robusta muchacha del Wellsbrough corriendo hacia ella y, en consecuencia, no pudo evitar el choque. De resultas de éste, la chiquilla cayó al suelo y, al punto, notó un tremendo dolor en el tobillo derecho. Se le nubló la vista. La pobre Felicity fue presa de pánico. ¡No, no! ¡No debía

desmayarse! ¡Sería ridículo en el campo de juego, en pleno partido!

Sonó el silbato anunciando el primer tiempo. Felicity lanzó un trémulo suspiro de alivio. En aquellos cinco minutos de descanso, ¿se le pondría bien el tobillo?

Afortunadamente, no iba a desmayarse. Permaneció sentada en el césped, fingiendo atarse la bota de *lacrosse* hasta recuperarse un poco. Susana se acercó corriendo a preguntarle:

—Oye, ¿te has lastimado? Ha sido un buen encontronazo.

—Me he torcido un poco el tobillo —masculló Felicity.

Estaba tan pálida que Susana se alarmó. En aquel momento se acercó la profesora de deportes.

—¿Dices que te has torcido el tobillo? Déjame verlo.

Y desatándole rápidamente la bota, examinó el pie, oprimiéndolo y meneándolo.

—Es una torcedura corriente —diagnosticó la profesora—. Aunque me consta que es horriblemente dolorosa. Lo mejor es que abandones el juego.

Felicity estuvo a punto de echarse a llorar.

—¿Se ha torcido el tobillo? —preguntó Darrell, acercándose al pequeño grupo—. Suele ocurrirle. Tiene el tobillo derecho un poco débil. Papá siempre le dice que se lo vende todo lo fuerte que pueda y que procure andar inmediatamente, en lugar de permanecer tendida.

—Bien, estoy conforme con esto si Felicity puede tenerse en pie y correr como si tal cosa —dijo la profesora—. Depende de ella.

Susana fue en busca de un trozo de limón y se lo dio a Felicity para que lo chupara. La chiquilla se recuperó notablemente y perdió su palidez. Al poco, se incorporó, apoyando el tobillo en el suelo con suma precaución.

—Está perfectamente —declaró, sonriendo—. Mañana estará amoratado, pero, en realidad, no tiene nada malo. En pocos minutos mejorará.

La profesora lo vendó fuertemente, y Felicity volvió a calzarse la bota. Tenía el pie ligeramente hinchado, pero la cosa no pasaba de ahí. Sin cesar de mascar el limón, Felicity anduvo cojeando uno o dos minutos, notando que el pie mejoraba por momentos.

—No ha sido nada de particular —informó la profesora a las demás—. Sólo una torcedura. Pero Felicity tiene un carácter muy resuelto y, en vez de hacer un drama como cualquier otra muchacha, va a seguir jugando. El pie no se le resentirá por ello. Antes le hará bien el ejercicio.

Sonó de nuevo el pito, tras un descanso algo más prolongado para dar tiempo a que Felicity se repusiera. Las jugadoras ocuparon sus posiciones, esta vez en lados opuestos.

Susana estuvo maravillosa en aquella segunda parte. Descargó en lo posible a Felicity, saltando y corriendo como una liebre. Las espectadoras aplaudieron sin descanso su destacada actuación.

A Felicity cesó de dolerle el pie, hasta el punto de que se olvidó por completo de él. Empezó a correr de nuevo y efectuó un magnífico corte, con gran entusiasmo de las espectadoras. Atajó a una jugadora del Wellsbrough y arrebatándole la pelota, corrió hacia la meta contraria.

—¡Tira! —aullaron todas—. ¡«Tira»!

Pero antes de que la chiquilla pudiese hacerlo, una jugadora contraria le quitó la pelota de la red y echó a correr con ella. La pasó a otra compañera, y ésta, a su vez, a una tercera, que la lanzó

a la meta de *Torres de Malory*.

—¡Párala, párala! —chillaron las espectadoras, angustiadas.

La portera aguardaba como una roca. Levantó al punto la raqueta y, milagrosamente, cogió en ella la dura pelota de goma y la lanzó a una jugadora de *Torres de Malory*.

—¡No ha sido gol, no ha sido gol! —exclamaron las espectadoras, alborozadas—. ¡Muy bien, Hilda, muy bien!

—Parece que va a haber empate —comentó Moira, consultando su reloj—. Sólo faltan dos minutos para que termine el partido. Felicity vuelve a cojear un poco. ¡Qué valiente ha sido al querer reincorporarse al juego!

—¡Ha cogido la pelota! —exclamó Darrell, agarrando a Moira, excitada—. ¡Otro maravilloso corte! ¡Cáscaras! ¡El entrenamiento da resultado! Felicity para mejor que ninguna. ¡Mira, retiene la pelota!

Felicity corrió por el campo con la pelota. Esquivó a una jugadora contraria con un regate y pasó la pelota a Susana. Ésta se la devolvió inmediatamente, al ver que se acercaban a ella dos adversarias. Felicity estuvo a punto de perderla porque venía muy alta, pero, saltando como una cabra, logró pararla con el extremo superior de su raqueta y aprehenderla en la red.

Entonces, con expresión resuelta, atravesó el campo.

—¡Tira! —bramaron las muchachas—. ¡Tiiira!

Y ella tiró en el preciso momento en que una raqueta enemiga caía sobre la suya para arrebatarse la pelota. Ésta voló a gran altura y, aunque la portera se abalanzó hacia ella, no pudo detenerla. La pelota rebotó y, lenta y deliberadamente se deslizó a un ángulo de la meta, donde se inmovilizó como si estuviera cansada del juego.

—¡«Gol»! —vociferaron todas, enajenadas.

Moira, Sally y Darrell giraron como peonzas, asidas de las manos de un modo impropio en unas alumnas de quinto grado, en tanto Bill y Clarisa se ponían a bailotear juntas y las pequeñas entonaban un ensordecedor cántico que obligó a *Mademoiselle* a llevarse las manos a los oídos.

—¡Muy bien, Felicity! ¡Muy bien, Feliciiiiity!

Sonó el pito anunciando el fin del partido. Las jugadoras abandonaron el campo acaloradas, jadeantes, risueñas y felices. Felicity cojeaba un poco, pero se sentía tan contenta y orgullosa que sin duda no se habría percatado de nada aun cuando hubiese cojeado de «ambos» pies.

—¡Has marcado el gol de la victoria, chiquilla! —le dijo Darrell, dándole una palmada en la espalda—. ¡Te has salido con la tuya! ¡Estoy orgullosa de ti!

Moira acudió también a felicitarla.

—¡Me alegro de haberte incorporado al equipo, Felicity! Formarás parte de él lo que queda de curso. No cabe duda que tienes espíritu de equipo. Juegas para él.

June andaba por allí cerca. Al oír las palabras de Moira tuvo la certeza de que ésta lo decía para que ella las oyera. La chiquilla dio media vuelta, dolorida. ¡Pensar que «podría» haber jugado en aquel partido e incluso marcado el tanto de la victoria! Pero Felicity le había tomado la delantera. June se sentía incapaz de ir a darle la enhorabuena con palmaditas en la espalda. Estaba celosa.

Felicity, demasiado eufórica para reparar en aquellos pequeños detalles, se dirigió con su equipo y las jugadoras del Wellsbrough a saborear una «*opípara*» merienda. Cualquiera que hubiese visto las pilas de emparedados, los bollos rellenos de mantequilla y mermelada y los pedazos de tarta de frutas apiladas en grandes fuentes, habría creído que allí había comida para veinte equipos.

No obstante, los dos equipos se lo zamparon todo en un periquete. ¡Qué divertido resultó! ¡Qué bullicio de voces, risas y regocijadas exclamaciones!

*«Éste colegio es formidable —pensó Felicity, masticando su cuarto bollo—. ¡Soberbio! ¡Maravilloso!».*

# Capítulo 16

---

## MEDIO TRIMESTRE

---

Comenzaron los ensayos, el primero un martes, el segundo un viernes, y el tercero otro martes. ¡Los tres primeros ensayos!

—Creo que la cosa marcha bien, ¿no te parece? —preguntó Darrell a Sally—. La pequeña Mary-Lou se sabe ya su parte. Sin duda se ha aplicado a aprenderla, porque Cenicienta es la que tiene más papel.

—Sí —convino Sally—. Y además será una protagonista «*ideal*». ¿Quién iba a pensar que la tímida Mary-Lou, aquella chiquilla que se asustaba de su propia sombra cuando era alumna de la escuela elemental, sería un día capaz de interpretar el primer papel de una comedia?

—Lo cual demuestra la formación que se adquiere en *Torres de Malory* —dijo Darrell—. Con todo, supongo que cualquier buen pensionado lleva a cabo esa transformación. Le enseña a una a valerse por sí misma, a tener sentido común y responsabilidad, y a limar las aristas del carácter.

—¡Depende de la persona! —repuso Sally, echándose a reír—. Por ejemplo, éste no parece haber enseñado gran cosa a nuestra querida Gwendoline Mary.

—Bien, me figuro que hay excepciones —admitió Darrell—. Gwen es la única de nuestras compañeras que no parece haber aprendido nada sensato.

—Tuvo un buen sobresalto cuando le dijimos que podría ser melliza de Maureen —murmuró Sally—. Por primera vez se vio a sí misma como la vemos las demás. De todos modos, opino que «*ha*» mejorado algo, especialmente desde que practica los deportes y va al gimnasio asiduamente.

—No le gusta hacer de criado en la función —comentó Darrell, con una de sus amplias sonrisas—. Ni tampoco a Maureen. Ninguna de las dos dice una palabra en la obra, ni tienen gran cosa que hacer. Pero como ambas son tan malas actrices, sobra con esa pequeña intervención.

—Sin embargo, eso representa un golpe tremendo para su orgullo —reflexionó Sally—. Por cierto, creo que Bill va a estar muy bien, ¿no te parece? Es la personificación del Barón cuando cruza el escenario a grandes zancadas con sus botas de montar, dándose con el látigo en el costado.

Efectivamente, la función iba viento en popa. Las alumnas de quinto casi sentían que aquel fin de semana fuese medio trimestre, porque eso equivalía a perder un ensayo aquel viernes. No obstante, sería agradable ver de nuevo a los familiares. Darrell tenía mucho que contar a sus padres, como asimismo Felicity.

Ésta última comprobó al día siguiente del partido que, tal como esperaba, se le había amoratado el tobillo, y se apresuró a mostrarlo orgullosamente a las muchachas de primer grado. ¡Qué hazaña marcar un tanto con un tobillo en aquellas condiciones! Felicity se convirtió en la heroína de la escuela elemental.

El medio trimestre llegó y pasó rápidamente. Los padres de Darrell visitaron a sus hijas y



tuvieron que escuchar a las dos excitadas muchachas hablando a un tiempo de comedias y partidos de *lacrosse*.

—Los ensayos marchan bien y mi obra queda estupenda —explicó Darrell, a voz en grito—. ¡Tendríais que ver a Mary-Lou en el papel de Cenicienta!

—Y cuando marqué el gol de la victoria, casi no podía creerlo —chilló Felicity, al mismo tiempo que Darrell—. Pero se armó tal bullicio de voces y vítores que me vi obligada a hacerlo.

La madre de las muchachas sonrió. ¡Qué par de chiquillas!

A Bill vinieron a verla cuatro de sus hermanos y su madre. ¡Todos a caballo! Los muchachos disfrutaban también del paréntesis del medio trimestre. Bill montó en su caballo alegremente y se fue en compañía de Clarisa.

«¡Qué bonito modo de pasar el medio trimestre! —pensó Clarisa—. ¡Cabalgando todo el día y comiendo y merendando en el campo!».

Gwendoline la vio marchar, muerta de envidia. De haber sido sensata el trimestre anterior, podría haber trabado amistad con Clarisa. Pero por falta de sensatez, ahora tenía que cargar con aquella pelmaza de Maureen.

Lo peor del caso era que, a última hora, los padres de Maureen no habían podido acudir. Eso significaba que Maureen no tenía con quién ir. Y naturalmente fue a decírselo a Gwen.

—¡Oh, Gwen! ¿No te llevas a nadie? Mis padres no pueden venir. ¡Estoy tan desilusionada!

Gwen la miró, contrariada. Era de «esperar» que sucediese aquello. Ahora tendría que apechugar todo el día con Maureen.

La presentó a su madre y a la señorita Winter, su antigua institutriz, con visible desgana.

—Mamá, ésta es Maureen. Sus padres no han podido venir y he decidido que nos acompañe.

—¡Pues claro, no faltaba más! —exclamó la señora Lacey, al punto, vestida como de costumbre con excesiva profusión de velos, de chales y demás perifollos flotando por doquier—. ¡Pobrecilla, qué pena!

Maureen miró a la señora Lacey con simpatía, previendo que con ella podría hablar libremente.

—¡Oh, señora Lacey! —exclamó con su necia risita—. ¡«Qué» amable es de acceder a que vaya con ustedes! Es mi primer trimestre en este colegio, ¿sabe?, y no sé «qué» hubiera sido de mí sin su simpática hija Gwendoline. Ha sido una verdadera amiga para mí.

—No lo dudo —profirió la señora Lacey—. Gwendoline es siempre muy amable. No es raro que goce de tanta popularidad.

—¿Y sabe usted? —prosiguió Maureen, cubriéndose con la manta en el interior del coche—. Las muchachas dicen que Gwen y yo «debemos» ser amigas, porque nos parecemos mucho. Las dos tenemos el cabello rubio y los ojos azules. Además, aseguran que poseemos los mismos hábitos. ¿No le parece que soy afortunada de haber encontrado una hermana gemela?

Tal era la clase de conversación que gustaba a la señorita Winter y la señora Lacey. La primera se mostró encantada con Maureen, cosa que, naturalmente, molestó bastante a Gwen.

Ésta esperaba que Maureen se deshiciera en elogios de ella por haberla invitado a pasar el día con los suyos. Pero Maureen se limitó a hablar de sí misma todo el tiempo. Describió su casa, su

familia, sus perros, su jardín; enumeró todas las vacaciones de que había disfrutado y todas las enfermedades que había padecido. Gwen no pudo meter baza ni una sola vez y pronto enmudeció con expresión mohína.

«¡Qué fastidiosa es Maureen! —pensó, enfurruñada—. ¡Qué estúpida, egoísta y presumida! ¡Y qué risa tiene más mema y afectada!».

Para colmo, su madre hizo un horripilante comentario a la hora de comer.

Sonriendo a ambas muchachas con expresión radiante, espetó:

—¿Sabéis? Aparte de que Maureen tiene los dientes un poco salientes, lo cierto es que las dos os parecéis «mucho». Maureen habla de todas sus cosas con la misma gracia que Gwen, y hasta se ríe como ella, ¿no le parece, señorita Winter?

—Sí, a decir verdad podrían ser hermanas —convino la institutriz, sonriendo amablemente a la complacida Maureen—. Tienen el mismo modo de ser y la voz exacta.

Gwen sintió náuseas. Incluso se le quitaron las ganas de comer. Si su madre y la señorita Winter, que la adoraban, pensaban de veras que aquella horrible, fastidiosa y engreída Maureen era exactamente igual que ella, no cabía duda que ella era también una persona espantosa. Por eso no tenía simpatías, por eso las muchachas se reían sin cesar de ella.

Aquél día fue de prueba para Gwen. Permanecer al lado de alguien igual que ella, oír su propia risita necia de labios de Maureen, escuchar sus interminables y aburridas historias sobre sí misma y ver su vana e hipócrita sonrisa, idéntica a la suya, constituyó una horrible experiencia.

«Nunca olvidaré esto —pensó la pobre Gwen—. Nunca. En lo sucesivo, procuraré vigilar mi conducta. Y modificaré mi risa inmediatamente. ¿De veras me río de ese modo? ¡Oh, qué vergüenza!».

—Gwen está muy callada —observó la señorita Winter, al fin—. ¿Te ocurre algo, Gwen?

—¡Pobre Gwen! —soltó Maureen—. ¡Está tan desilusionada porque no la han elegido Cenicienta!

—Lo mismo que tú —replicó Gwen—. Según Moira, «tú» también esperabas el papel.

—¡Niñas, niñas! —reconvino la señora Lacey, sorprendida—. ¡No os habléis en ese tono! A decir verdad, yo también estaba convencida de que Gwen sería la Cenicienta.

—Sí —intervino la señorita Winter—. Dijiste en una carta que la mayoría de las muchachas deseaban que lo fueras. ¿Por qué no te han elegido, Gwen? Es una lástima, ya que habrías sido una magnífica Cenicienta.

—Supongo que por la misma razón que no han elegido a Maureen —gruñó Gwen, con gesto huraño—. Porque no nos consideraron lo bastante aptas para el papel.

—Claro está que yo no «podía» esperar ser elegida —se apresuró a decir Maureen—. Es el primer trimestre que curso en el colegio.

—Sin embargo, ¡«esperabas serlo»! —insistió Gwen.

—No, querida Gwen —dijo Maureen, con su necia risita.

Aquella risita irritó los ya exasperados nervios de Gwen.

—Si vuelves a reírte de esa manera, enloqueceré —masculló brutalmente.

Sobrevino un sorprendido silencio. Maureen lo quebró riéndose de nuevo, y Gwen apretó los

puños.

—¡Pobre Gwen! —exclamó de nuevo Maureen—. Sinceramente, señora Lacey, «*fue*» una pena que no la eligieran. ¡Qué disgusto se llevó! Y ahora, cuando vamos a los ensayos, Gwen pasa un mal rato viendo a Mary-Lou haciendo de Cenicienta, en tanto ella hace sólo de criado, sin una sola palabra en toda la obra.

—¡«*Cuánto*» lo siento, querida! —dijo la señora Lacey a la furiosa Gwen, en tono consolador—. ¡No quisiera ver triste a mi niña!

—«*Basta*» ya, mamá —gruñó Gwen—. Cambiemos de tema.

La señora Lacey se molestó mucho y, dejando de lado a aquella insolente Gwen, tan distinta a lo habitual, se puso a hablar con Maureen y a extremar su amabilidad con ella, con objeto de dar a entender a Gwen que estaba muy descontenta de «*ella*». La señorita Winter la imitó, y Maureen todavía se esponjó más ante aquel alarde de atenciones y zalamerías. Por lo que la pobre Gwen tuvo que escuchar muchas más insípidas anécdotas de la vida de Maureen y soportar aquella estúpida risa toda la tarde.

Por último, la jornada tocó a su fin. Maureen dio gentilmente las gracias a la señora Lacey y a la señorita Winter y, tras tomar el brazo de Gwen, se alejó agitando la mano.

—¡Ya cuidaré de Gwen! —gritó a las dos mujeres.

—¡Qué niña más encantadora y qué buena amiga sería para mi hija! —comentó la señora Lacey, al volante de su coche—. Lástima que Gwen esté tan trastornada con esto de la Cenicienta. Maureen también se llevó un desengaño.

—Sí, temo que nuestra querida Gwen no se lo haya sabido tomar con valentía —murmuró la señorita Winter—. Menos mal que tiene a esa simpática Maureen para tomar buen ejemplo.

—Creo que deberíamos invitar a Maureen a pasar una o dos semanas con nosotros durante las vacaciones de Navidad —propuso la señora Lacey—. Sería un aliciente para Gwen.

¡Pobre Gwen! ¡Qué furiosa se habría puesto si hubiese podido oír aquella conversación! Ni que decir tiene que, más adelante, tuvo un tremendo sobresalto cuando le escribió su madre diciendo que había invitado a Maureen a pasar ocho días con ella en las próximas vacaciones.

En cuanto el coche se perdió de vista, Gwen se desasíó de Maureen y, encarándose con ella, farfulló:

—Bien, supongo que has gozado de lo lindo estropeándome todo el día, so estúpida. Te has despachado a tu gusto contando historias tontas, riéndote como una mema y adulando a todo el mundo.

—¡Pero, Gwen! —barbotó Maureen, desconcertada—. ¡Si han dicho que me parezco tanto a ti! ¡Les he caído simpática! ¿Cómo puedo ser tan horrible si soy exactamente como eres tú?

Gwen no le aclaró esta cuestión. Era algo en lo que no podía ni pensar.

# Capítulo 17

---

## LA DICTADORA

---

A partir de entonces los días pasaron volando. Darrell y Sally eran presa de pánico cada vez que pensaban en que la comedia debía ser representada ante todos los padres al término del trimestre.

—¡«*Nunca*» acabaremos de saberla! —gimió Darrell.

—No —convino Sally, gravemente—. No podíamos figurarnos el trabajo que hay en ello.

—¡Si al menos todas se supieran sus papeles como Mary-Lou y Mavis! —suspiró Darrell—. Louella me volverá loca. Olvida la letra de sus canciones a cada paso. Ahora siento que la eligiéramos para el papel de hada madrina.

—No te preocupes —la tranquilizó Sally—. Verás como sale adelante la noche de la representación. El año pasado hizo lo mismo en la función en que intervino. No se sabía una palabra y, sin embargo, estuvo perfecta.

—Ojalá no te equivoques —gruñó Darrell, ante el regocijo de la imperturbable Sally.

Darrell solía desanimarse fácilmente con respecto a su apreciado musical. Sally era muy buena con ella. Se negaba a creer en la ineptitud de nadie y siempre tenía algo consolador que decir.

—Alicia está maravillosa, ¿verdad? —comentó tras una pausa, levantando la vista de su tarea.

—Sí, es un demonio consumado —convino Darrell, con un cloqueo—. A veces, consigue asustarme cuando chilla y brinca por el escenario. Y sus juegos malabares son prodigiosos.

—Lo mismo que sus trucos de prestidigitación —dijo Sally—. Además, ha practicado la voz hasta lograr imprimirle un tono pavoroso.

—Sí —intervino Daphne, con una carcajada—. Y cuando se le ocurre usarla en la clase de francés, da gusto ver la cara de asombro que pone *Mademoiselle*.

—Alicia es una gran cómica —dijo Darrell—. Apuesto a que será la mejor de la función.

Sobrevino un breve silencio.

—«*En realidad*», lo único que me preocupa es Moira —agregó Darrell, en voz baja—. No se aviene ni pizca con Betty ni con Alicia. Es demasiado mandona con ellas.

—Es verdad —asintió Sally—. Y, por lo visto, no puede remediarlo. Pero es una estupidez ser despótica con Betty y Alicia. Al fin y al cabo, Betty es colaboradora artística y Alicia presta una gran ayuda en el montaje.

Darrell tenía razón al preocuparse por Moira. Ésta ansiaba vivamente que la comedia resultara perfecta y, para ello, hacía trabajar a todas como esclavas. Naturalmente, las muchachas se mostraban resentidas por su actitud. Louella olvidaba adrede su parte para incomodarla. Bill entraba intencionadamente por el otro lado del escenario para hacerla chillar. Moira no se daba cuenta de que llevaba las cosas por mal camino.

Era, en verdad, una excelente organizadora. Había cuidado del menor detalle, montando cada escena con Darrell, demostrando ser extraordinariamente ingeniosa, y dando sabios consejos.

Pero lo hacía todo sin diplomacia. Era agresiva y porfiada. Contradecía de plano a las muchachas y tenía por norma criticar mucho y alabar poco.

—Eres una dictadora, Moira —le dijo Bill en un ensayo—. Y a mí no me caen bien las dictadoras. Ni a mí ni a ninguna de las que están aquí.

—Si crees que se puede montar una buena comedia sin dar órdenes y mitigar los defectos, te equivocas —le replicó Moira, furiosamente.

—Yo nunca he creído semejante cosa —masculló Bill, sumisamente—. Pero podrías hacer todo eso sin abusar tanto de tus prerrogativas. Estás ahí como un señor feudal tratándonos a todas a patadas. Tanto es así que, en ocasiones, tengo la impresión de que vas a mandarme a prisión.

—Continuemos —terció Darrell, temiendo que Moira estallase.

Por otra parte, las discusiones representaban una gran pérdida de tiempo.

—Repitamos ese fragmento —añadió la muchacha—. Vamos, Mavis, empieza tu canción.

Mavis obedeció. Al punto, se hizo el silencio. ¡Qué hermosa voz tenía! Profunda, pura y dulce. El auditorio se quedaría boquiabierto. No era frecuente que una colegiala tuviese aquella voz.

«*La echaremos de menos cuando se vaya a estudiar música y canto a la escuela de música*», pensó Darrell.

Mavis terminó su canción y se retiró para dar paso a la actuación de Botones.

Los ensayos eran duros, pero, al mismo tiempo, divertidos. Sally y Darrell empezaron a sentirse más confiadas, a medida que transcurría el tiempo. A veces, Darrell se llevaba una sorpresa al descubrir de improviso algún defecto en el libreto de la obra, y se apresuraba a enmendarlo.

«*Ahora distingo lo bueno de lo malo —pensaba, en tanto procedía a la corrección—. Me satisface pensar que he escrito esta comedia. Ahora me gustaría escribir un drama. ¿Y «si» escribiera uno, cortito, para el próximo curso? ¿Seré alguna vez una autora dramática de fama?»*».

Gwen se mostraba muy hosca. Detestaba figurar en el coro, vestida de sirvienta, sin ninguna intervención oral. En cambio, Maureen parecía mucho más contenta y decía cosas que sacaban de quicio a su compañera.

—A mí no me importa en absoluto tener un papel tan insignificante —saltó un día—. Pero tu caso es distinto, Gwen. Tú llevas años aquí, y yo un trimestre escaso. A ti «*deberían*» haberte dado un buen papel. Yo no podía esperar ninguno.

Gwen refunfuñó algo por lo bajo.

—Escribiré a tu madre contándole que estás estupenda haciendo de criado —continuó Maureen—. ¡Qué amable ha sido de invitarme! ¿No te parece, Gwen, que será divertido pasar unos días juntas en las vacaciones?

Gwen no contestó. Empezaba a temer un poco a Maureen. Era necia y afectada, pero, al propio tiempo, hacía gala de una mente astuta y solapada. Otro tanto le ocurría a ella. Por eso, porque poseía también esa faceta, la descubrió fácilmente en Maureen. Eso era lo espantoso de aquella forzada amistad. Era como ser amiga de sí misma y ver todas las falsías y necedades que pululaban en su propia mente.

Gwen intentó cambiar un poco para no parecerse a Maureen. Desterró su estúpida risa y su

amplia falaz sonrisa. Cesó también de hablar de sí misma.

Con gran enojo por su parte, nadie pareció advertirlo. De hecho, todas le prestaban tan poca atención que sin duda no se habrían inmutado, aunque de pronto hubieran visto que le salía bigote y se ponía botas de montar. ¿Para qué preocuparse de Gwen? Ésta nunca había hecho nada para atraerse la simpatía o la confianza de sus compañeras. Por consiguiente, lo mejor era ignorarla.

Y eso hicieron, pese a que la pobre Gwen hacía lo imposible por ser sensata y agradable. ¡Había aguardado demasiado a enmendarse!

Transcurrieron otras dos semanas y un buen día, de pronto, se armó una trifulca en un ensayo. Como suele suceder, la cosa empezó con una nadería.

Alicia recibió la inesperada idea de entonar una especie de canto infernal cada vez que aparecía o desaparecía de la escena. Como la cosa se le ocurrió unos minutos antes del ensayo y no tuvo tiempo de decírselo a Darrell o a Sally, decidió introducir el cavernoso canto sin previo aviso.

Y eso hizo. Apareció con sus sorprendentes brincos, cantando misteriosamente:

—U-u-lá, trulu-li, tururu-la...

Moira dio una sonora palmada. El ensayo se interrumpió.

—¡Alicia! ¿Qué demonios es eso? Sabes perfectamente que no está en el libreto.

—Naturalmente que lo sé —contestó Alicia, molesta como siempre por el áspero tono de Moira—. No he tenido tiempo de advertir a Darrell. Acaba de ocurrírseme.

—Pues ahora no podemos introducir cosas nuevas —repuso Moira, fríamente—. Y en todo caso no es de tu incumbencia sugerir cantos raros como ése. Si hubiéramos deseado oírlos, se lo habría propuesto a Darrell.

—Escucha, Moira —farfulló Alicia, perdiendo al punto los estribos—. Yo no soy una alumna de primero. Soy...

Darrell se apresuró a interrumpirla.

—Oye, Moira. Creo que Alicia ha tenido una buena idea. ¿Tú qué opinas, Betty? Nunca se me ocurrió intercalar un canto así para el Demonio, pero reconozco que resulta muy apropiado, y...

—Sí —convino Betty, ansiosa de ir contra Moira y de secundar a su amiga Alicia—. Es una excelente idea. La aceptamos.

Moira se sulfuró tanto que sin duda su cólera habría despertado la envidia del mismísimo Rey de los Demonios.

—Dices eso, Betty —espetó, poniéndose de pie, furiosa—, porque eres amiga de Alicia y...

—Tonterías —gruñó Betty, insolentemente.

—Y Darrell lo dice porque tiene por costumbre apoyar a Alicia —prosiguió Moira, sin inmutarse—. Pues bien, como yo soy la directora artística, voy a imponer mi criterio. No habrá canto demoníaco. Sigamos con el ensayo.

Alicia palideció.

—No actúo más esta noche —dijo, con voz fría y airada—. Ya lo haces tú en mi lugar, ¿eh, Moira? ¡Harías una magnífica Reina de los Demonios con esa expresión de ira!

Era tan justa la observación, que se oyeron varias carcajadas. Alicia abandonó el escenario.

Darrell se quedó petrificada. Sally tomó las riendas.

—¿A quién le toca ahora? Vamos, Bill.

Bill entró por el lado opuesto, como de costumbre dispuesta a encocorar también a Moira. Recorrió el escenario a grandes zancadas, con las manos en los bolsillos de sus calzones. Llevaba siempre indumentaria de montar en los ensayos, alegando que de aquel modo se sentía más en su papel de Barón.

—¡Bill, sabes perfectamente que no debes entrar por ese lado! —vociferó Moira, convencida de que Hill lo hacía para demostrar que estaba de parte de Alicia.

Bill se quedó quieta como una estatua.

—Retrocede y vuelve a salir por el lado asignado —ordenó Moira, severamente.

—Yo, me voy a cabalgar —se limitó a replicar Bill. Y se fue, tarareando. Moira le oyó gritar —: ¡Vamos, Clarisa! No tengo ganas de actuar esta noche. ¡Necesito desplegar más energía!

—¡Qué estupidez! —comentó Betty—. ¿A qué viene esa deserción en masa? Permíteme que «té» sustituya, Moira. Ésta noche las pones nerviosas.

Moira la empujó a un lado con un brusco ademán. Cuando se excitaba, tenía un genio endiablado, lo mismo que su hermana Bridget, capaz de destrozar cuanto hallaba a su alcance en sus accesos de ira.

—Continuaré yo —dijo, entre dientes—. El que se amilana, está perdido. Ahora que venga el coro de sirvientes.

Las que lo formaban se adelantaron, cloqueando, dispuestas a hacer rabiar a Moira si podían. Todas desaprobaban la rudeza de la muchacha, aun cuando reconocían su capacidad y su destreza.

Moira no tardó en encararse con Gwen y Maureen.

—¡Eh, vosotras dos! ¿Por qué no cantáis? No me vengáis con que sí lo hacéis, porque no es cierto. Estáis fatales en todos los ensayos. De modo que, si no os espabiláis ahora, no vais a intervenir ni siquiera en el coro. Os sustituiré por unas muchachas de tercero.

—Por favor, Moira, cálmate —cuchicheó Betty—. Sabes perfectamente que nunca sacarás gran partido de esas dos, y menos si las sermoneas así.

Sin prestar la menor atención a su compañera, Moira prosiguió:

—¿Habéis oído lo que he dicho, Gwen y Maureen? Adelantaos y cantad solas. Así veré si «os» sabéis la letra.

Gwen titubeó. Ansiaba replicar a Moira o retirarse como había hecho Bill. Pero temía sus mordaces comentarios.

—Está bien, quedaos donde estáis y cantad desde ahí —dijo Moira de pronto, comprendiendo que no podía arrastrarlas al proscenio por la fuerza—. ¡Música, Irene!

Irene, con expresión muy displicente y disgustada, tocó el coro de los sirvientes. La atiplada voz de Gwen entonó la melodía, en tanto Maureen murmuraba, asimismo, la letra de la canción.

—Basta —ordenó Moira—. No sabéis la letra ni la música, y es el séptimo ensayo. Sois las peores de todas cuantas intervienen en la función.

Gwen y Maureen se pusieron furiosas al verse humilladas de aquel modo delante de las demás. Sin embargo, no se atrevían a rechistar. Ambas eran muy cobardes en semejantes trances.

Así, pues, permanecieron mudas, y Gwen notó que se le humedecían los ojos, como siempre que arrastraba aquellas situaciones.

Ni que decir tiene que el ensayo no constituyó ningún éxito. Todo el mundo suspiró con alivio cuando sonó la campana de la cena. Moira se fue, enfurruñada. Muchas de las presentes la miraron con ceño.

—¡Qué bruta! —masculló Daphne—. ¡Cada vez está peor!

—Está preocupada porque tiene que dirigir muchos ensayos y hay mucho que hacer —la disculpó Darrell, tratando de atajar las protestas de sus compañeras.

Si éstas no acudían a los ensayos de buen grado, las cosas se dificultarían mucho. Se trataba de «su» comedia, de «su» obra maestra, y no podía consentir que la animadversión general hacia Moira lo echara todo a perder.

—¡Santa Darrell! —exclamó Betty, alborozada.

—No, no soy santa —repuso Darrell, sonriendo—. Estoy tan indignada y fastidiada como vosotras. Pero ¿es justo permitir que se malogre la función simplemente porque tenemos una directora incapaz de reprimir su mal genio?

—Echémosla —sugirió alguien—. Tenemos a Betty, y contamos con tu ayuda y con la de Sally y Alicia. Ahora que la cosa marcha sola, ya no necesitamos para nada a Moira.

—No podemos hacer eso —repuso Darrell, categóricamente—. Sería una mala jugada después de que ella ha montado la obra. Creo sinceramente que, si está tan irritable, es porque tiene mucho interés en que la representación salga perfecta, y claro está, cualquier insignificancia la trastorna. ¡Dadle una oportunidad!

—De acuerdo —accedieron todas—. ¡Pero «una» sola, Darrell! ¡Una sola y basta!



# Capítulo 18

---

## LAS CARTAS ANÓNIMAS

---

Darrell habló a Moira algo nerviosamente del fracaso del último ensayo.

—Todas sabemos que estás algo fatigada por el esfuerzo de poner en escena la función —empezó.

—Por favor, cierra el pico —gruñó Moira, echando una ojeada a la cercana Catherine—. Pareces santa Catherine. Ella ya ha intentado presentarme una porción de estúpidas disculpas. Detesto a la gente amiga de componendas. No me enfadé por estar cansada o abrumada de trabajo. Me enfadé porque Alicia, Bill, Gwen y Maureen se permitieron desafiarme y mostrarse groseras, necias y holgazanas, en vez de secundarme. Conque ahora ya sabes a qué atenerte.

—Escucha, Moira, por lo que más quieras —le suplicó Darrell, esforzándose en dominar su indignación—. Procura ser más paciente y comprensiva la próxima vez.

¡Cielos! ¡Qué oleada de ira invadía su ser! Pero era preciso contenerla, porque a nada conduciría ponerse furiosa también.

—¿Vas a dejarme seguir estudiando francés, sí o no? —preguntó Moira, en tono amenazador. Darrell se dio por vencida.

El ensayo siguiente fue un poco mejor, pero no mucho. Darrell insistió en retocar la parte cantada de Alicia, y Moira se enfurruñó, si bien se abstuvo de hacer comentarios. Al fin y al cabo, el libreto «era» cosa de Darrell. Aquélla vez Moira no sacó faltas a Alicia ni a Bill. No tuvo por qué hacerlo. Ambas estuvieron admirables y se sabían los papeles al dedillo. A instancias de Darrell, Bill entró en escena por el lado asignado, y todo fue bien.

Sin embargo, fallaron otras cosas. Varias intérpretes fueron objeto de críticas y reconvenciones, los cortesanos tuvieron que repetir su canto cuatro veces, los criados no saludaron debidamente o en el momento oportuno, y Botones habló a destiempo.

Moira no perdió los estribos, pero estuvo dura y desagradable. Con todo, procuró dominarse. Era la encargada de curso de quinto grado. Era la directora artística de la función. Había llevado a cabo el trabajo más pesado y montado la obra. Estaba, pues, dispuesta a imponer su voluntad y a no andarse con miramientos, sonrisas ni concesiones, como aquella estúpida de Betty.

Después del ensayo hubo nuevas quejas. Darrell y Sally empezaron a sentir pánico. ¿Y si la comedia fracasaba por culpa de todo aquello?

Para colmo, sobrevino otra complicación. Empezaron a llegar una serie de cartas anónimas llenas de malevolencia y de rencor, en cuyo pie no figuraba firma alguna.

Tan sólo las recibía una alumna del curso, y ésta era Moira. La primera llegó a sus manos un día de ensayo. La muchacha abrió el sobre y leyó su contenido en la sala común. Mientras lo hacía, no pudo reprimir una exclamación de disgusto.

—¿Qué ocurre? —inquirió Darrell.

—Lee esto —contestó Moira, lanzándole la carta.

Darrell la leyó, horrorizada. Decía así:

*«¡Si supieras en qué concepto tienen las muchachas a la encargada de quinto grado! La acusan de mal genio, de injusta y de mandona. Si te largaras al final del trimestre, les darías un alegrón a ellas y especialmente a MI».*

—¡Qué cosa tan desagradable! —farfulló Darrell, consternada—. ¿Quién habrá escrito esto? Su autora ha empleado letras mayúsculas para ocultar su caligrafía. No hagas caso, Moira. Con las cartas anónimas sólo hay una solución: echarlas al fuego.

Moira arrojó la nota al hogar y continuó su tarea. Nadie averiguó si estaba trastornada o no, pero todas se preguntaban quién habría escrito aquella horrible carta.

Al día siguiente, llegó otra. Se hallaba encima de los libros de Moira, y en el sobre figuraba la misma letra de imprenta.

La muchacha la abrió maquinalmente.

*«De modo que recibiste ya mi primera carta, ¿eh? Supongo que te alegraste con su lectura. ¿No te gustaría saber lo que las muchachas dicen de ti? ¡Te dolerían los oídos! Tienes la prerrogativa de ser la chica más impopular del colegio, pero ¿quién desea gozar de esa prerrogativa? Yo no, por supuesto».*

—Aquí hay otra carta —murmuró Moira en tono indiferente, entregándosela a Darrell y a Sally.

Éstas la leyeron, desoladas por el rencor que destilaban aquellas breves líneas.

—Pero, Moira, ¿«quién» puede ser su autora? —barbotó Darrell—. ¡Dios mío, qué horrible! Las cartas anónimas son siempre obra de personas despreciables, y la verdad es que me aterra pensar que tenemos a una de ellas en *Torres de Malory*.

—Pues a «mí» me tienen sin cuidado —repuso Moira.

Más no era sincera. Aquéllas rencorosas palabras se le grabaron en la memoria y le quitaron el sueño. También le preocupaban los ensayos. Hubiera dado cualquier cosa para que marchasen viento en popa, como al principio. Pero a la pobre Moira se le antojaba muy difícil rectificar sus opiniones y su manera de ser. No podía cambiar. Esperaba, por el contrario, que las demás se adaptasen a «ella». Y, naturalmente, fracasaba en su empeño.

—No abras más cartas —le aconsejó Sally, al ver su palidez al día siguiente—. Échalas al fuego sin leerlas. Por la letra del sobre las reconocerás.

Pero la próxima no iba dentro de un sobre. Estaba metida en el cajón donde Moira guardaba su equipo de *lacrosse*, en el vestuario, concretamente en el interior de la bota derecha. La sacó de allí, y al punto vio su contenido, pues en aquella ocasión la nota no llevaba sobre.

«¿Qué es una dictadora? Pregúntaselo a Moira, no a MI».

Eso era todo. Moira estrujó el papel en la mano, furiosamente. ¿Quién sería la desalmada que escribía aquellas cartas? Sabía la manera de herir la susceptibilidad de Moira en lo más vivo.

La muchacha puso en antecedentes a Darrell. En realidad, no deseaba decírselo a nadie, pero, por otra parte, sentía la necesidad de afrontar valientemente el asunto, convencida de que, haciéndolo público, demostraría su indiferencia a la anónima autora de las misivas.

—Ésta vez es muy corta —dijo, riendo, mostrándosela a Darrell—. ¡Pero no precisamente amable!

—Es «repugnante» —exclamó Darrell—. «Hemos» de averiguar quién es la autora y «pararle» los pies. Desde que estoy en *Torres de Malory* jamás había visto cosa igual. Son unas cartas cargadas de odio y malignidad. ¿Es posible que te lo tomes tan tranquilamente, Moira? En tu lugar, yo estaría consternada. Aun cuando supiese que no eran ciertas sus afirmaciones —se apresuró a añadir.

—No es preciso que agregues eso —murmuró Moira, esbozando una sonrisa—. De hecho, dicen la verdad. Me consta que más de una de vosotras me ha llamado dictadora, mandona y mal genio.

Darrell la miró, asustada.

—Moira —tartamudeó—, supongo que no insinuarás que Sally, Alicia, y «yo» te hemos hecho objeto alguna vez de esas acusaciones.

Moira se encogió de hombros y, dando media vuelta, se alejó. Darrell la siguió con la mirada, consternada.

—«Hemos» de averiguar quién es la autora —musitó, volviéndose a Sally—. No podemos consentir que Moira sospeche de todas nosotras. ¡Cáscaras! ¿Cómo irán los ensayos si continúan las cosas así?

La cuarta nota no llegó a la persona interesada. Había sido introducida, sin doblar, en un libro del pupitre de Moira, pero daba la casualidad de que dicho libro, sobre dirección escénica, se lo había prestado a Moira la señorita Potts para orientarla en su cometido. Y tras concluir su lectura, Moira lo devolvió a la profesora sin descubrir la nota anónima entre sus páginas.

Total, que la que la encontró fue la señorita Potts.

El papel cayó al suelo de la habitación que ésta compartía con *Mademoiselle*. La profesora se inclinó a recogerlo y lo leyó.

«¿Te preocupan estas notas? ¡Pues prepárate, porque recibirás muchas más! Tengo en reserva otros varios nombres y adjetivos que te cuadran a maravilla. ¿Qué te parece el de *Reina de los Demonios*? A veces, lo pareces. Un demonio dominante, ceñudo y feroz. Al menos, así es como te veo YO».

La señorita Potts se quedó sorprendida. Releyó aquella nota. ¿A quién iba dirigida? Dio vuelta

a la hoja y, en el dorso, vio escrito un nombre «*Moira*».

—¡*Moira*! —exclamó—. Eso significa que alguien deslizó ese papel en el libro que le presté. Es una carta anónima, y por cierto muy malintencionada. ¿Quién será la desalmada que se entretiene con esto?

Examinó la escritura sin resultado, pues todas las letras eran mayúsculas perfectamente trazadas. La señorita Potts frunció el ceño, pensativa. Como todas las personas decentes consideraba que los autores de cartas anónimas eran personas insensatas o cobardes. No se atrevían a decir lo que pensaban abiertamente y recurrían a hacerlo en secreto y con ruindad.

La profesora envió a buscar a *Moira*. Ésta le contó lo de las anteriores notas.

—¿Tienes idea de quién te las envía? —preguntó la señorita Potts.

—Sí —respondió *Moira*, tras un titubeo—. Pero como no estoy segura de ello, no puedo decir nada.

—Ve a por Darrell y Sally —ordenó la señorita Potts, diciéndose que quizá sacaría más de ellas—. Esto tiene que acabar. Cuando una persona de esta índole se sale con la suya en una bajeza así, es capaz de cometer todas las tropelías.

Sally y Darrell acudieron al punto. Ambas leyeron la nota.

—Es horrible —dijo Darrell, visiblemente disgustada.

—¿Quién es la autora? —inquirió la señorita Potts.

Las tres muchachas desviaron la mirada.

—Bien, ¿qué contestáis? —insistió la señorita Potts con impaciencia—. No es cuestión de encubrir una cosa así. ¿No estáis de acuerdo en que hay que atajarla?

—¡«*Por supuesto*»! —asintió Darrell.

—En este caso, si sospecháis quién ha escrito esas cartas, debéis decírmelo —apremió la señorita Potts—. Yo le pararé los pies en el acto.

—Pues verá usted —balbuceó Darrell—. Podrían ser varias chicas.

—¿«*Varias*» chicas? —repitió la señorita Potts con incredulidad—. ¿Pretendéis insinuar que hay «*varias*» chicas que detestan lo bastante a *Moira* como para escribirle esas notas?

Sobrevino un silencio, la señorita Potts chascó la lengua, exasperada.

—¿Tantas enemigas tiene *Moira*? Pero ¿por qué? No he tenido quejas de ella como encargada de curso. ¿Por qué creéis que la detestan?

La situación no podía ser más embarazosa. Darrell y Sally no sabían qué decir. Afortunadamente, *Moira* acudió en su ayuda. Pálida y tensa, la muchacha dijo:

—¡«*Yo*» le diré quién puede ser, señorita Potts! Puede ser Gwen. Puede ser Maureen. E incluso puede ser Alicia.

—¡«*No*»! —protestaron Sally y Darrell al unísono.

—Puede ser Catherine —prosiguió *Moira*—. Puede ser Bridget.

—¿«*Bridget*»? —repitió la señorita Potts, sorprendida—. ¿Te refieres a tu hermana?

*Moira* asintió en silencio, con expresión cuitada, procurando no mirar a Sally ni a Darrell. La señorita Potts se volvió a éstas para preguntarles:

—¿Qué opináis de todo esto?

—Que podría ser cualquiera de las citadas, excepto Alicia —declaró Darrell—. Alicia «está» enojada con Moira por algo que le ocurrió en un ensayo, pero Alicia no es maliciosa. Si quisiera decir a Moira todas esas cosas se las diría cara a cara, probablemente delante de todas. Por consiguiente, no es Alicia.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo la señorita Potts—. Podemos, por tanto, excluir a Alicia. Con todo, quedan aún cuatro muchachas que, según Moira, la detestan lo suficiente como para escribirle estos anónimos. Atiende, Moira, supongo que debe ser espantoso pensar que hay cuatro personas capaces de sentir ese encono contra una, ¿verdad? ¿Qué «crees» haber hecho para despertarlo?

Moira guardó silencio. Sabía perfectamente el motivo por el cual la detestaban aquellas cuatro compañeras. Se había burlado despiadadamente de Gwen y Maureen en el ensayo de la semana anterior, permitiéndose, además, humillarlas en presencia de las otras. Había llamado pasmarote a Catherine y se había burlado, asimismo, de ella por sus enojosos sacrificios por las demás, rechazándola abiertamente a pesar de los innumerables favores que le debía.

En cuanto a Bridget, lo cierto es que nunca se habían querido como hermanas. Estaba segura de que Bridget la detestaba. ¿Por ventura no la había amenazado recientemente? ¿Acaso no le había dicho? «*Te advierto, Moira, que te arrepentirás de esto. ¡Te lo advierto!*».

Total, que su enemiga podía ser Catherine, podía ser Gwen o Maureen, y podía ser Bridget. A buen seguro, Alicia estaba al margen de la cuestión, porque aquellas cartas denotaban cobardía y nadie podía acusar a Alicia de cobarde.

¿Quién «sería» la autora de aquellas brutales cartas? ¿Y cómo se descubriría su identidad?

# Capítulo 19

---

## SUCEDEN COSAS

---

Aquella semana ocurrieron muchas cosas. En el siguiente ensayo otro altercado entre Alicia y Moira terminó con la retirada de Alicia de la función. A consecuencia de ello, Betty se apresuró también a dimitir de su cargo como ayudante de dirección.

Fue un golpe terrible para Sally y Darrell.

—«No podemos prescindir de ti, Alicia —gimió Darrell—. Nunca, jamás encontraremos un Rey de los Demonios como tú, ni otra persona capaz de hacer tus maravillosos trucos de prestidigitación y tus graciosas actuaciones escénicas. Si te retiras, echarás a perder la obra.

—¿«Si» me retiro? ¡Pero si ya me «he» retirado! —replicó Alicia, aparentemente tranquila y serena, más en realidad presa de ira, desilusión y tristeza al ver a Darrell tan trastornada—. Siento que te afectes tanto, pero estoy decidida a no trabajar más con Moira. Por nada del mundo volvería a tomar parte en la comedia, ni siquiera en el caso de que la propia Moira dimitiese de su cargo y viniese a pedirme disculpas.

Darrell sabía que Moira nunca haría semejante «cosa». Era tan inflexible, como Alicia obstinada.

—Sois tal para cual —suspiró—. ¡Oh, Alicia! ¡Retrátate! ¡Hazlo por «mí»! ¡Ya sólo faltan tres semanas para la representación! No puedo revisar el libreto y suprimir tus intervenciones, ¡son tan numerosas!

—Lo siento en el alma, Darrell —masculló Alicia, molesta—. Pero ya sabes que yo nunca me vuelvo atrás. Ahora está en juego mi orgullo. Por nada del mundo me sometería a Moira, y eso es lo que haría retractándome.

Darrell la miró desesperadamente. Nadie podía convencer a la terca, inflexible y desafiadora Alicia una vez ésta había tomado una determinación. Darrell se alejó sorprendida y furiosa al notar sus ojos llenos de lágrimas. ¡Estaba tan desilusionada! Su hermosa comedia perdería mucho, sin la intervención de aquel magnífico Rey de los Demonios y prestidigitador. Porque nadie, salvo Alicia, sabía hacer aquellos trucos.

Sally acompañó a Darrell con ánimo de consolarla. También ella se sentía profundamente desilusionada. Le asustaba pensar en el trabajo que supondría revisar toda la obra y buscar y adiestrar otro demonio en tan breve plazo. Pero Darrell lo sentía como nadie. Era su primera obra importante, la primera vez que había intentado escribir algo de envergadura, y he aquí que todo se venía abajo.

Moira también se mostraba obstinada. No quería hablar del asunto ni tampoco dimitir.

—Todo lo que puedo decir es que siento lo ocurrido, pero fue Alicia la que se enfadó y se retiró —se limitó a contestar.

Otro nuevo motivo de agitación lo deparó *Mademoiselle*. Un día, hallándose sentada ante el

escritorio de su habitación, la profesora de francés anunció a la señorita Potts su propósito de poner en orden sus papeles.

—Ya es hora —comentó la señorita Potts, secamente—. A buen seguro, encontrará usted ahí dentro ejercicios de exámenes de dos años atrás. En mi vida había visto tantos papeles inútiles en un escritorio.

—¡Ah, señorita Potts! —exclamó *Mademoiselle* con petulancia—. ¿Pretende usted ser graciosa?

—No, desde luego que no —repuso la profesora—. Simplemente sincera.

Resoplando *Mademoiselle* tomó como un centenar de papeles sueltos de su escritorio y, al levantarse, los dejó caer desperdigados por el suelo. Un folleto flotó a los pies de la señorita Potts. Lo miró con interés, pues el librito ostentaba una cubierta de colores muy llamativa, representando a un prestidigitador en acción.

La señorita Potts leyó en voz alta: «*Nuevos y viejos trucos. Bromas para sus enemigos. Bromas para sus amigos*».

La señorita Potts miró a *Mademoiselle*, estupefacta. —¿Desde cuándo piensa usted dedicarse a gastar bromas? —preguntó.

—No hay nada de eso —repuso *Mademoiselle*, depositando otro centenar de papeles en el suelo—. «¡*Tiens!*!». ¡Aquí está el programa de la función que representaron las de tercero hace seis años!

—¿Qué le dije? —profirió la señorita Potts—. Apuesto a que encontrará usted los discursos pronunciados el día de la apertura de *Torres de Malory* si rebusca un poco más en ese escritorio.

—No me «*encorcore*» —masculló *Mademoiselle*—. No me gusta que me «*encorcoren*».

—No la encocoro —aseguró la señorita Potts—. Hablo completamente en serio. A propósito, ¿de «*dónde*» sacó estos folletos de bromas y trucos de prestidigitación? Fíjese en éste. ¡Estoy segura de que contiene todas las bromas que le han gastado Alicia y Betty desde que entraron en el colegio!

*Mademoiselle* tomó los folletos. A poco se hallaba totalmente ensimismada en su lectura. De cuando en cuando, se reía o cloqueaba, repitiendo «¡*Tiens!*» y «¡*Oh, lá, lá!*», a cada paso. La señorita Potts continuó su tarea. Estaba habituada a las rarezas de *Mademoiselle*.

Ésta nunca había leído nada tan apasionante como aquellos folletos repletos de trucos de todas clases. Estaba realmente subyugada. Leyó que había unos artilugios que aparentemente serraban los dedos de una persona por la mitad sin lastimarla; cigarrillos de punta reluciente que, en realidad, no estaban encendidos; manchas de tinta y mermelada para poner encima de los manteles e inducir a las enojadas madres o maestras a tomarlas por reales.

Los folletos describían prolijamente éstos y otros muchos trucos. *Mademoiselle* estaba fascinada. Uno de aquellos trucos despertó su hilaridad.

—Escuche esto, señorita Potts —dijo, riendo.

—No, *Mademoiselle* —replicó la señorita Potts, severamente—. Tengo que corregir veintitrés «*desastrosos*» ejercicios de matemáticas que las alumnas de primero han tenido la desfachatez de presentarme hoy y «*no*» estoy dispuesta a escuchar su lectura de bromas pueriles.

Con un suspiro, *Mademoiselle* volvió a abstraerse en los folletos. Una y otra vez releyó el truco que tanto la había intrigado. Su descripción iba acompañada de dos fotografías. Una de ellas mostraba a un hombre sonriente con dientes corrientes; en la otra aparecía el mismo hombre, ¡con dientes postizos! Estaba horrible.

*Mademoiselle* volvió a leer la descripción. «*Éstos dientes postizos son de celuloide y se acoplan perfectamente a los verdaderos dientes del bromista, pero, gracias a que pueden proyectarse hacia delante o hacia abajo a voluntad, alteran la expresión de su rostro apenas sonrío, confiriéndole una extraña y espantosa apariencia*».

*Mademoiselle* examinó las fotografías e intentó imaginarse a sí misma provista de aquellos dientes y sonriendo con ellos a las muchachas. ¡Ah! ¡La habían desafiado a gastarles una broma! *Mademoiselle* estaba dispuesta a escribir solicitando aquellos dientes. Tal vez se los pondría para asistir a un partido de *lacrosse* o para llevar de paseo a las muchachas y sorprenderlas con su horripilante sonrisa.

*Mademoiselle* se desternilló de risa. ¡Ja, ja, ja! Aquéllas picaras muchachas le habían gastado tantas «*bomas*» que ya era hora de que ella les gastase una, a su vez. ¡Qué sorpresa se llevarían! La mirarían, estupefactas. ¡Y cómo se reirían después!

*Mademoiselle* buscó su cartapacio entre sus desordenados papeles y, con su inclinada caligrafía francesa, solicitó el envío de los «*dientes postizos*» e incluyó un cheque en la carta. Estaba alborozada. No diría una palabra a nadie, ni siquiera a la señorita Potts.

«*No, no se lo diré* —se prometió *Mademoiselle*, esbozando una torva sonrisa—. *Y un día le sonreiré así y tendrá un susto tremendo al verme tan rara con mis horribles dientes*».

*Mademoiselle* terminó la carta. Luego hojeó los otros folletos de trucos antes de tirarlos. Y entonces encontró la nota. Estaba escrita en letras mayúsculas, muy esmeradamente. Su contenido no era en absoluto agradable. Rezaba así:

*A Felicity:*

*¿Te crees una gran deportista, no? Pero todo el mundo sabe que si has intervenido en algún juego es simplemente porque te apoya Darrell.*

La misiva no llevaba firma.

—Vea usted qué cosa tan perversa —refunfuñó *Mademoiselle*, enojada, lanzándosela a la señorita Potts.

Ésta reconoció al punto las mayúsculas. Eran exactamente iguales que las de las cartas anónimas enviadas a Moira.

—¿Dónde ha encontrado usted esto? —preguntó vivamente.

—En este folleto de trucos —respondió *Mademoiselle*, alarmada.

—¿De quién es ese folleto? —inquirió la señorita Potts—. ¿Dónde lo encontró?

—En el pupitre de la picaruela June —contestó *Mademoiselle*.



—Muy interesante —murmuró la señorita Potts, levantándose y dirigiéndose a la puerta.

Envió a una muchacha en busca de Moira, Sally y Darrell, y éstas acudieron visiblemente sorprendidas.

—Creo que he encontrado a la autora de los anónimos —declaró la señorita Potts—. Pero antes de amonestarla quiero saber si tiene algún motivo para detestar a Moira. Es June, la alumna de primer grado.

—¿«June»? —exclamaron todas, pasmadas.

—Sí —balbució Moira, mirando a la señorita Potts—. Me figuro que, en su opinión, tiene una razón para detestarme. La reprendí porque se insolentó conmigo por no haberla seleccionado para jugar en el partido contra el Wellsbrough. Le dije que no tenía espíritu de equipo. También les obligué a pedirme disculpas por atreverse a decir delante de mí que Darrell había elegido a Felicity para jugar en el partido por favoritismo, simplemente por ser su hermana.

—Gracias —murmuró la señorita Potts con un ademán de asentimiento—. Según eso, me temo que, en efecto «es» June. Ahora la veré. Decidle que venga acá, ¿queréis? Sospecho que tendrá que intervenir la señorita Grayling. Estamos muy descontentas de June y cualquier cosa puede contribuir a su expulsión de este colegio. Aparte de que su acción de enviar cartas anónimas es particularmente muy reprobable.

June acudió con aire retador, pero alarmada. Ignoraba el motivo por el cual había sido requerida su presencia.

—June —empezó la señorita Potts—, te he mandado llamar para hablarte de un asunto muy serio. He averiguado que has estado escribiendo una serie de detestables cartas anónimas. No intentes negarlo. Sólo conseguirás empeorar las cosas. Tu única esperanza es confesar sinceramente tu culpa. ¿Por qué lo has hecho?

June no tenía idea de cómo la señorita Potts se había enterado de todo aquello. La muchacha palideció, pero conservó su audacia.

—Supongo que se refiere usted a las dirigidas a Moira, ¿no? —espetó—. Pues sí. Yo las escribí, porque se las merece. Todo el mundo la detesta.

—Esto no viene al caso —repuso la señorita Potts—. Lo único que interesa es que en este colegio hay una alumna de primer grado que es culpable de algo por lo cual, si fuera adulta, podría ser condenada a la cárcel; algo que, en general, rara vez se da en chicas de tu edad, sino mucho mayores, pues tan sólo las personas depravadas y cobardes se atreven a poner en práctica esas venganzas ocultas y solapadas.

La profesora hizo una pausa. Sus ojos parecían traspasar como taladros a la petrificada June.

—Los adultos que practican esa bajeza reciben la denominación de «*difamadores*» —prosiguió la señorita Potts—, y universalmente se les considera lo peor de lo peor, merecedores de desprecio y aversión. ¿Lo sabías?

—No —balbuceó June.

—No te hablaría tan seriamente si no estuviera también muy descontenta de ti en otros muchos aspectos —continuó la señorita Potts en el mismo tono airado e imperioso—. Desapruebo tu desobediencia, tu insolencia, tu agresividad, tu absoluta falta de respeto a todo el mundo. Es

posible que consideres admirable y valerosa tu actitud. Pero te equivocas. Tan sólo revela lo malogrado de tu carácter. Y lo peor de todo es que has demostrado ser cobarde, porque sólo un cobarde escribe cartas anónimas.

Las rodillas de June temblaban violentamente. La señorita Potts lo advirtió, pero se hizo la desentendida. June necesitaba una buena reprimenda y no quiso desaprovechar la ocasión.

—Éste asunto debe pasar a la señorita Grayling —murmuró la profesora—. Ven conmigo. Tal vez te interese saber que, gracias a que *Mademoiselle* encontró esta nota dirigida a Felicity, he descubierto quién era la autora de las otras.

June echó una rápida ojeada a la nota escrita para Felicity.

—No se la di —farfulló—. Pensaba dársela, pero no lo hice. Probablemente la dejé metida en un libro.

—Nuestros pecados siempre nos delatan —declaró la señorita Potts, solemnemente—. Siempre. Y ahora, acompáñame.

—Oiga, señorita Potts, ¿me... me... expulsarán? —preguntó June, más deshinchada que los globos que un día utilizara para gastar una broma en clase.

—Eso depende de la señorita Grayling —replicó la señorita Potts, levantándose—. Ven conmigo.

La noticia se difundió rápidamente entre las alumnas de quinto grado.

—Las cartas anónimas eran obra de la bribona de June.

—Ha ido a ver a la señorita Grayling. Apuesto a que será expulsada. No perderemos nada bueno con su ausencia, desde luego.

Alicia escuchó estos comentarios horrorizada. Se trataba de su prima. Sentía por ella la misma antipatía que las demás; pero no podía menos de compadecerla en aquel doloroso trance. Al fin y al cabo, era su prima.

«¡Qué baldón para toda nuestra familia! —pensó la muchacha—. «¿Y «qué» dirán los padres de June? Si la expulsan, nunca se consolarán. Pensarán que yo debiera haber vigilado más a su hija, y acaso tengan razón. ¡Pero es una chiquilla tan díscola!».

Aquella noche Felicity irrumpió en la sala común de quinto grado con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Darrell! —profirió, sin llamar a la puerta—. ¡Oh, Darrell! June va a ser expulsada. Al menos, eso le ha dicho la señorita Grayling. ¡Qué pena, Darrell! June no me es simpática, pero no puedo soportar la idea de que la expulsen. A buen seguro, no es tan mala como eso.

Todas las alumnas de quinto se sobresaltaron al oír la noticia. ¡Expulsada! Hacía siglos que no ocurría semejante cosa en *Torres de Malory*, y menos aún con una alumna de primero. Alicia permaneció silenciosa, mordiéndose los labios. ¡Su prima! ¡Qué horrible!

La pobre Felicity prorrumpió en sollozos.

—June debe irse mañana. La señorita Grayling telefoneará a su familia esta noche. Ahora June está haciendo el equipaje. Está terriblemente trastornada. Repite que ella no es una cobarde y que no «creía» obrar tan mal... Darrell, ¿no puedes hacer algo? Piensa por un momento que se tratase de «mí». ¿No me ayudarías?

Las muchachas de quinto estaban horrorizadas. Se imaginaban a June recogiendo sus cosas, medrosa y aturdida. Sin duda la señorita Grayling tenía muy malos informes de ella para tomar aquella decisión. El hecho de que no le hubiese dado una oportunidad demostraba que no le atribuía ninguna buena cualidad.

—¡Darrell! ¡Sally! ¡Alicia! —gimió Felicity, al tiempo que una gran lágrima resbalaba por su nariz y caía en la alfombra—. ¿Por qué no vais a pedir a la señorita Grayling que le dé una oportunidad? Os aseguro que está «*terriblemente*» arrepentida.

Moira escuchaba en silencio, como las demás. Miró de soslayo a Gwen, Maureen y Catherine, tres de las muchachas de quienes habían sospechado. Era un alivio pensar que ninguna de ellas era la culpable, y más consolador todavía que tampoco fuese Bridget, su hermana.

Pero ¿y si lo hubiera sido? En aquel caso, habría sido ella la que, al presente, estaría haciendo el equipaje, «*terriblemente arrepentida*». Y sus padres serían los tristes y avergonzados porque una hija suya hubiera sido expulsada del colegio.

Moira se puso en pie.

—«Yo» iré a ver a la señorita Grayling —dijo—. No puedo consentir que expulsen a June. Le pediré que le dé otra oportunidad. Al fin y al cabo, yo también he sido insoportable este trimestre, y no es raro que una chiquilla de primer grado me detestara hasta el extremo de escribir esas cartas. ¡Había mucha verdad en ellas! June merece un castigo, pero no tan severo como ése.

Dicho esto, Moira salió de la estancia, dejando tras sí un profundo silencio. Felicity corrió en pos de ella para tenderle la mano. Moira, con gran alegría, se la oprimió con la suya.

—¡Oh, Moira! —exclamó la pequeña Felicity—. Algunas dicen que eres dura y poco amable, pero no es cierto. ¡No es cierto! Eres buena, amable y generosa, y asimismo se lo diré a todas las alumnas de primero.

Nadie supo nunca lo sucedido entre la señorita Grayling, Moira y June, pues ninguna de las tres dio explicaciones. Pero el resultado fue que June, muy sumisa y aliviada, recibió orden de deshacer de nuevo sus maletas, en tanto Moira, de regreso a la sala común, era acogida con suma admiración y benevolencia por todas sus compañeras.

—Todo está arreglado —declaró, sonriendo con cierto nerviosismo—. June ha sido perdonada. Ahora está deshaciendo el equipaje. No olvidará esta lección en muchísimo tiempo.

—Muchísimas gracias, Moira —musitó Alicia, con voz trémula—. Te has portado maravillosamente. Nunca podré pagártelo. No sabes lo que significa para mí que mi prima no sea expulsada. Quiero... quiero disculparme por haberme retirado de la comedia. Si... si accedes a admitirme de nuevo, estoy dispuesta a retractarme.

Cabe suponer el esfuerzo que supuso para Alicia adoptar esta actitud, ella que aseguraba que nada en el mundo podría obligarle a volver atrás ni a disculparse. No obstante, «*algo*» le había impulsado a hacerlo, y ella tuvo la valentía de no eludir la dificultad y de retractarse en público.

Súbitamente, todas se pusieron locas de alegría. Darrell se precipitó a Alicia con una exclamación de júbilo. Sally le dio unas palmadas en la espalda. Mavis empezó a cantar. Irene se dirigió al piano y tocó la marcha triunfal de la comedia. Bill y Clarisa galoparon por la habitación como si montaran a caballo, y la pequeña Mary-Lou aporreó la mesa. Ante aquel espectáculo,

Moira se echó a reír.

¿Qué había sido de aquella oleada de rencor, malicia y brutalidad? ¿Dónde paraban las riñas, las disputas y las inquietudes? Todo se había disipado en un instante, barrido por la instintiva y generosa acción de Moira al acudir en ayuda de June.

—¡Todo está arreglado! —cantaba Mavis, al tiempo que Mary-Lou marcaba el compás con la mano—. ¡Todo, todo está arreglado! ¡«Hurra»!

# Capítulo 20

---

## LA «BOMA» DE MADEMOISELLE

---

En lo sucesivo todo fue mucho mejor. Alicia habló con June y le dio una porción de buenos y sensatos consejos, que la escarmentada alumna de primer grado se prometió no olvidar jamás.

Por su parte, Moira fue objeto de grandes muestras de admiración y simpatía, lo cual contribuyó a que se mostrase más dúctil y atenta a las sugerencias ajenas. Gracias a ello, los ensayos constituyeron un placer para todos. Hasta la huraña Bridget acudió sonriente a la sala común de quinto grado para expresar su contento por la acción de Moira, la salvadora de June.

—¡Tengo la impresión de que harías lo mismo por «mí», Moira! —exclamó.

—Por supuesto —contestó Moira, sucintamente.

*Mademoiselle* se mostró muy sorprendida y trastornada por lo sucedido.

—¡Pero qué horrible! ¿Cómo pudo June hacer semejante cosa? ¿Y es posible que «Moira», la rígida e intransigente Moira, acudiese tan espontáneamente en su ayuda? Le aseguro a usted, señorita Potts, que nunca la hubiera creído capaz de un acto de generosidad como éste. ¡Me sorprende conocer tan poco a mis alumnas!

—¡Ya se recobrará usted de la sorpresa! —bromeó la señorita Potts, jovialmente—. Y tendrá otras muchas más. En fin, el caso es que las muchachas de quinto se han animado extraordinariamente. ¡Estaban tan decaídas, desazonadas y rencillosas la semana pasada! ¡Con decirle que incluso yo estaba dispuesta a gastarles una broma para animarlas!

*Mademoiselle* miró a la señorita Potts. En su escritorio tenía los dientes postizos, recibidos aquella misma mañana. La broma no tenía por qué gastarla la señorita Potts, sino ella, exclusivamente ella, para animar a las pobres muchachas. Al fin y al cabo sería una buena acción.

Aquella tarde había un partido entre las alumnas del colegio. Las muchachas de la *Torre Norte* contra las de la *Torre Oeste*. Y *Mademoiselle* decidió acudir en plan de espectadora... ¡con sus dientes!

¡Ah, qué agradables eran aquellos dientes! *Mademoiselle* se los había probado ya. ¡Parecían hechos a medida para ella! Encajaban perfectamente sobre su verdadera dentadura, pero eran más largos que los suyos, y ligeramente saltones. Si tenía la boca cerrada, no se veían, pero cuando sonreía, le conferían una expresión siniestra y feroz.

Incluso ella se llevó un buen susto al probarse los singulares dientes y sonreír ante el espejo.

—«¡Tiens!» —exclamó, asiéndose a su tocador—. ¡Si parezco un monstruo! Estoy espantosa con estos dientes...

Aquella tarde se los puso cuidadosamente sobre los suyos y bajó al campo de juego, provista de abrigo, bufanda y turbante. Al verla, Darrell le hizo sitio en el banco que ocupaba.

—Gracias —murmuró *Mademoiselle*, sonriéndole.

Darrell se llevó un susto tremendo. *Mademoiselle* parecía otra persona, pero una persona

horrible. Darrell la miró, boquiabierta. Más *Mademoiselle* cerró la boca.

La próxima muchacha destinada a tener un sobresalto fue la pequeña Felicity, que llegó acompañada de Susana. *Mademoiselle* le dirigió una sonrisa.

—¡Oh! —balbució Felicity, presa de súbito horror.

Susana contempló, a su vez, a la profesora. Pero *Mademoiselle* había cerrado ya la boca. Gradualmente, se iba apoderando de ella un invencible deseo de reír. Más, no; no debía hacerlo. La risa estropearía el truco.

Por espacio de un rato, se abstuvo de sonreír, tratando de contener su creciente hilaridad. La señorita Linnie, la profesora de costura, pasó junta a ella y la saludó. *Mademoiselle* no pudo resistir el deseo de mostrarle los dientes y sonrió.

La señorita Linnie se quedó atónita y horrorizada. Mientras se alejaba a buen paso, pensó: «¿Es «posible» que ésa fuera *Mademoiselle*? No, sin duda era otra persona. ¡Qué horribles dientes!».

Entretanto, *Mademoiselle* sintió la necesidad de levantarse y andar un poco. Hacía demasiado frío para permanecer sentada y, además, ¡tenía otra vez tantas ganas de reír! Ahora comprendía por qué se reían tanto las muchachas cuando le gastaban sus pícaras bromas.

Caminó por el campo y encontró a Bill y a Clarisa. Éstas le sonrieron, y ella les devolvió la sonrisa. Bill quedó inmóvil de estupefacción. En cambio, Clarisa no se había dado cuenta de nada.

—¡Clarisa! —exclamó Bill, apenas se hubo alejado *Mademoiselle*—. ¿Qué le ocurre a *Mademoiselle* esta tarde? ¡Está «horrible»!

—¿Horrible? —repitió Clarisa profundamente sorprendida—. ¿En qué sentido?

—¿Pero es que no has visto sus «dientes»? —farfulló Bill—. ¡Parecen otros! ¡Unos dientes largos y saltones!

Clarisa se quedó pasmada.

—Retrocedamos y sonriámosle otra vez —propuso. Y eso hicieron. Pero *Mademoiselle*, al ver sus inquisitivas miradas, reprimió otro acceso de risa y se abstuvo de corresponder.

El ama se le acercó preguntando:

—¡Por favor, *Mademoiselle*! ¿Sabe usted dónde está la pequeña Gwen? Ha vuelto a zurcirse los pantalones de gimnasia azul marino con hilo gris, y quiero que pase la tarde dentro.

*Mademoiselle* no pudo resistir la tentación de sonreír al ama también. Ésta la miró de hito en hito, sin dar crédito a sus ojos. *Mademoiselle* cerró la boca. El ama retrocedió un poco, con expresión algo alarmada.

—Gwen está allí —dijo *Mademoiselle* con voz un tanto cavernosa, debido a sus flamantes dientes.

Al oír aquella voz, el ama se alarmó aún más y desapareció como alma que lleva el diablo. *Mademoiselle* vio que dirigía unas palabras a la señorita Potts, que al punto buscó su mirada, a su vez.

«¡Ajá! —pensó *Mademoiselle*—. ¡Sin duda el ama le ha dicho que estoy horrible! Ahora la señorita Potts no tardará en venir a ver a mi sonrisa. Y yo me echaré a reír. Sí, me consta que no tardaré en desternillarme de risa».

Efectivamente, a poco se acercó la señorita Potts y la observó atentamente. De pronto, entrevió los famosos dientes. Tras su fugaz sonrisa, *Mademoiselle* cerró herméticamente la boca, consciente de que estallaría si no lo hacía. Y para ocultar su irresistible deseo de reír, se tapó la boca con la bufanda.

—¿Nota usted el frío hoy, *Mademoiselle*? —preguntó la señorita Potts, ansiosamente—. Supongo que no tiene dolor de muelas, ¿verdad?

*Mademoiselle* emitió un ruido raro que causó no poca sorpresa a la señorita Potts. De hecho, la profesora de francés sólo trataba de ahogar una carcajada. Pero, poco segura de sí misma, optó por marcharse precipitadamente. La señorita Potts la siguió con la mirada, visiblemente preocupada. ¿«Qué» le ocurría a *Mademoiselle*?

*Mademoiselle* paseó sola por el campo, procurando serenarse. Sin embargo, no pudo evitar varios sonoros resoplidos que llamaron la atención de dos alumnas de segundo y les indujeron a preguntarse si *Mademoiselle* no estaría indispuesta.

La pobre *Mademoiselle*, comprendiendo que si intentaba sonreír de nuevo a otra persona, estallaría como Irene, decidió entrar en el colegio. Echó, pues, a andar hacia allí y, a poco advirtió con horror que la señorita Grayling venía en dirección opuesta acompañada de dos señoras. Con angustiosa mirada, *Mademoiselle* apretó el paso cuanto pudo.

—¡Ah, ahí está *Mademoiselle*! —profirió la agradable voz de la señorita Grayling—. *Mademoiselle*, ¿quiere usted conocer a la señora Jennings y a la señora Petton?

*Mademoiselle* no tuvo más remedio que acercarse a ellas. Al punto se le quitaron las ganas de reír. Los dientes postizos cesaron de parecerle graciosos. Es más, se le antojaron piezas monstruosas de las que debía despojarse inmediatamente. ¿Pero cómo? No podía escupirlos en su pañuelo con aquellas señoras a dos pasos de distancia.

La señora Jennings le tendió la mano.

—He oído hablar mucho de usted, *Mademoiselle* Dupont —dijo—, y de las bromas que le gastan esas pícaruelas.

*Mademoiselle* intentó sonreír sin abrir la boca, pero el efecto fue peculiarísimo, pues la pretendida sonrisa se trocó en una especie de gruñido ahogado. La señora Jennings denotó sorpresa, y *Mademoiselle* trató de compensar la ausencia de sonrisa con un fuerte apretón de manos.

Luego siguió la misma táctica con la señora Petton, qué resultó ser una madre muy locuaz, deseosa de saber «*exactamente*» cómo estaba su hija Teresa de francés. Mientras hablaba, la buena señora sonreía jovialmente a *Mademoiselle*, que consideraba un verdadero suplicio no poder devolver aquellas sonrisas. Total, que de nuevo tuvo que soltar su raro gruñido, sonriendo con la boca cerrada y los labios firmemente pegados.

La señorita Grayling se extrañó de aquella rara sonrisa, y observó atentamente a *Mademoiselle*. Tampoco su voz era la habitual, sino mucho más gangosa, «*como si tuviera la boca llena de dientes*», se dijo la señorita Grayling, completamente ajena a que había dado en el clavo.

Por fin, las madres se despidieron, una vez más; *Mademoiselle* les dio sendos apretones de manos y experimentó tal alivio de separarse de ellas que, distraída, les dirigió una amplia sonrisa.

Naturalmente, sus interlocutoras, con inclusión de la señorita Grayling, pudieron ver perfectamente los horribles dientes de la profesora. La directora se los quedó mirando, horrorizada. ¿Qué era aquello? ¿Se habría arrancado los dientes *Mademoiselle* para sustituirlos por otros postizos? ¡Pero qué «horribles» eran! ¡Con decir que provista de ellos *Mademoiselle* parecía el mismísimo lobo del cuento de Caperucita Roja!

A la vista de aquellos dientes, las dos madres volvieron rápidamente la cabeza y se alejaron a buen paso con la señorita Grayling, que, intrigada por el aspecto de *Mademoiselle*, apenas oyó los comentarios de sus acompañantes. La directora estaba dispuesta a interrogar a *Mademoiselle* aquella misma noche. No podía permitir que ningún miembro de su profesorado llevase unos dientes como aquéllos. ¡Eran monstruosos, repugnantes!

*Mademoiselle* experimentó el alivio de perder de vista a las madres, y se agregó a un grupito de alumnas de quinto grado que regresaban al colegio, unas para estudiar sus lecciones de piano y otras para asistir a una clase de declamación.

—¡Hola, *Mademoiselle*! —exclamó Mavis—. ¿Vuelve usted al colegio?

*Mademoiselle* sonrió, con el consiguiente sobresalto de las atónitas muchachas. Todas la miraron, mudas de horror. Los dientes se habían meneado un poco y, a la sazón, semejaban colmillos, confirmando a *Mademoiselle* un aspecto de lobo siniestro. Al ver el susto y el pasmo de las muchachas, *Mademoiselle* fue presa de un nuevo acceso de risa.

Impotente para contenerlo, se desplomó en un banco y dio rienda suelta a su hilaridad. Recordó la cara del ama, la de la señorita Grayling y las de las dos madres. Y cuanto más pensaba en ello, más risa le daba. Las muchachas se agolparon a su alrededor, más alarmadas que nunca. ¿Qué le ocurría a *Mademoiselle*? ¿A qué venía aquella desaforada risa?

A todo esto, los dientes de *Mademoiselle* se salieron de su boca y, tras caer en su regazo, rebotaron en el suelo. Las muchachas los contemplaron, mudas de asombro, y luego miraron a *Mademoiselle*. Ahora tenía un aspecto completamente normal, mostrando sus pequeños dientes propios en el agradable marco de su risueño semblante.

La profesora se reía a mandíbula batiente al ver sus dientes postizos en el suelo.

—Ha sido una «boma» —chilló al fin, enjugándose los ojos con su pañuelo—. ¿Recordáis que me desafiasteis a gastaros una «boma»? Pues ya está hecho. He utilizado para ello esta dentadura postiza. «¡Oh, la, la!». ¡Otra vez me dan ganas de reír! ¡Oh, mis costados y mi espalda!

Y diciendo esto, *Mademoiselle* se balanceaba de un lado a otro, riendo. Las muchachas se echaron a reír también. En aquel momento apareció *Mademoiselle* Rougier. Su asombro no tuvo límites al ver a la otra profesora de francés riéndose tan a gusto.

—¿Qué sucede? —inquirió, sin siquiera sonreír.

Irene acogió esta pregunta con una de sus explosiones de risa y, señalando la dentadura caída en el suelo, farfulló:

—*Mademoiselle* se puso esos dientes para gastarnos una broma y ahora se le han caído y se acabó el truco.

Y tras esta explicación, la muchacha prorrumpió de nuevo en carcajadas, secundada por sus compañeras. *Mademoiselle* Rougier adoptó un aire frío y reprobatorio.



—No veo la gracia —murmuró—. No es propio que los dientes caigan al suelo. Hay que consultar al dentista cuando esto sucede.

Y dicho esto, se alejó, en tanto su comentario y su aire de reproche despertaban nuevamente la hilaridad general. En conjunto, fue una tarde triunfal para *Mademoiselle*, y la historia de su «*boma*» se divulgó inmediatamente por todo el colegio.

De pronto, *Mademoiselle* pasó a gozar de una gran popularidad, excepto entre el profesorado.

—Eso ha sido poco «*serio*», ¿no cree usted? —reconvino la señorita Williams.

—No se «*aficione*» usted a esto, *Mademoiselle* —aconsejó la señorita Potts, prometiéndose retirar los folletos de trucos del escritorio de *Mademoiselle* a la primera oportunidad.

—Me alegró verla sin aquellos horribles dientes —comentó el ama, ásperamente—. No vuelva usted a hacerlo sin advertirme, *Mademoiselle*. Tuve un susto morrocotudo.

Pero las muchachas estimaron mucho la «*boma*» de *Mademoiselle*, y todos los grados, desde el primero al último, estudiaron el doble (o al menos eso era lo que aseguraba *Mademoiselle*) después de aquel jocosos episodio.

# Capítulo 21

---

## UNA MAGNÍFICA FUNCIÓN

---

El trimestre tocaba a su fin. La comedia musical estaba lista. Todo había ido estupendamente después de la «*gran trifulca*», como la llamaban las muchachas.

Moira se había ablandado mucho, complacida por la ilimitada admiración que le profesaban las muchachas a raíz de su intercesión por June ante la directora. Alicia interpretaba de nuevo el papel de Rey de los Demonios con su gracia habitual, previo aditamento de los cánticos infernales. Betty ostentaba una vez más su cargo de ayudante de dirección. Todas se sabían sus respectivos papeles a la perfección.

Los decorados de Belinda estaban casi terminados. La muchacha había conseguido toda suerte de bellos efectos, con ayuda de los aderezos que Pop guardaba en el granero, reliquias de otras comedias y pantomimas. Belinda pintaba con ahínco, y Pop contribuyó a la construcción de una suntuosa carroza realzada con pintura dorada.

—Es maravillosa —comentó Clarisa, impresionada—. ¿Qué te parece si «*Patas Alegres*» tirase de ella, Belinda? Me consta que se portaría muy bien.

—Es posible —murmuró Belinda, dando el toque final de pintura dorada a una rueda—. Pero si te figuras que voy a permitir que «*Trueno*» y «*Patas Alegres*» galopen a sus anchas por mi precioso escenario, te equivocas de medio a medio, Clarisa.

Todas las actrices se sabían las canciones, con letra y música. El vestuario estaba listo. Janet había trabajado a conciencia, y cada cual tenía un traje que le sentaba de maravilla. Cenicienta estaba encantadora con su vestido de baile, cuya amplia falda flotaba como una vaporosa neblina, con el centelleo de centenares de lentejuelas pacientemente cosidas por las alumnas de primer grado en la clase de costura.

Todo el colegio estaba interesado en la comedia, porque gran número de sus alumnas habían ayudado a pintar los decorados, a montar los bastidores o a coser los vestidos. Todos, pues, esperaban con impaciencia el día de la representación, fijado para la semana siguiente.

Gwen y Maureen miraban envidiosamente a Mary-Lou, ataviada con su precioso traje de baile. ¡Cuánto les hubiera gustado poder llevar un traje como aquél! ¡Qué hermosas habrían estado!

Catherine contempló también a la pequeña Mary-Lou. Le había cobrado mucho afecto. Mary-Lou era apacible y tímida, y se mostraba siempre agradecida por cuanto Catherine hacía por ella. No la llamaba pasmarote ni se reía de su afán de sacrificarse por sus compañeras. Ni siquiera le llamaba «*santa*» Catherine como hacían las demás.

Catherine había dejado de ser la criada de la clase. Se sentía enojada y ofendida por la reacción de las muchachas. Pero incapaz de abstenerse de servir a la gente, dedicó su atención a Mary-Lou, a quien no parecía molestarle su solicitud. Así, pues, reformó su vestido, elogió su interpretación y le repasó varias veces su parte, todo lo cual alivió en gran medida a Mary-Lou, que, a decir

verdad, se sentía muy nerviosa por el hecho de interpretar el primer papel de la función.

Los días transcurrieron rudamente. Se sucedieron el viernes, sábado, domingo, lunes... Faltaban dos días, uno...

—¡Hoy es el día! —exclamó Darrell a la mañana siguiente, precipitándose a la ventana—. Y por cierto que hace un día precioso, ideal para que vengan todos los padres sin ningún impedimento. ¡Cáscaras! ¡Estoy tan excitada que no sé lo que me hago!

—Por eso has confundido tu esponja con la mía —sonrió Sally, arrebatándole su esponja—. Vamos, vístete, so boba. ¡Y de prisa! ¡Tenemos mucho que hacer hoy!

Los padres llegaron a la hora de merendar, esto es, a las cuatro de la tarde. La comedia debía comenzar a las cinco y media y terminar a las siete y media, hora en que se serviría una opípara cena, tras la cual los padres partirían, unos a sus domicilios, si vivían relativamente cerca, y otros a diversos hoteles.

La merienda fue magnífica, servida por las alumnas de primer y segundo grado en grandes fuentes y bandejas, cuyas portadoras «*picaban*» de cuando en cuando un merengue o un bollo de crema. A las cuatro y media, las alumnas de quinto se retiraron discretamente para ir a vestirse. Darrell echó una ojeada al escenario.

¡Qué grande parecía, qué solemne! Estaba preparado ya para la primera escena, con una gran chimenea, junto a la cual debía sentarse Cenicienta. Darrell sentía la emoción del momento. Ella era la autora de aquella comedia. Si la obra fracasaba, jamás volvería a escribir nada. ¡Y cualquiera sabía! ¡A lo peor, constituía un tremendo fracaso!

Sally acudió a su lado y, al ver la grave expresión de Darrell, sonrió, diciendo:

—Va a ser un exitazo. ¡Aguarda y verás! ¡Y conste que te lo mereces, Darrell! Has trabajado muchísimo.

—Y tú también —murmuró Darrell, lealmente.

Pero Sally sabía que la parte creadora de la obra correspondía totalmente a Darrell. Tanto el libreto como la letra de las canciones eran producto de su imaginación. En cambio, Sally tenía poca imaginación, acaso por su carácter juicioso, tenaz e impasible. Admiraba a Darrell por su poder creador, más sin envidiarla.

La orquesta del colegio ocupaba ya su puesto, y sus diversas componentes procedían a templar los instrumentos. Se habían aprendido la música de Irene, y ésta iba a dirigirlas, arrebolada y complacida.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Belinda.

—Sí, «*ahora*» sí —confesó Irene—. Pero al primer movimiento de mi batuta, a la primera nota de música, olvidaré mi nerviosismo. Entonces dejaré de ser yo, para convertirme en la música.

Belinda comprendió perfectamente aquella curiosa declaración, y asintió, con expresión grave.

Todas las intérpretes estaban preparadas ya. Mary-Lou llevaba el vestido de harapos con que debía presentarse Cenicienta en el primer acto, y parecía asustada.

—No importa que tengas ese aire pensativo y medroso —le dijo Moira—. ¡Estás muy en tu papel! ¡Pareces la mismísima Cenicienta!

Alicia estaba sencillamente magnífica, vestida con un ceñido traje rojo intenso que realzaba su esbelta figura. Todo él iba cubierto de resplandecientes lentejuelas. Los ojos de la muchacha brillaban también, bajo una picuda caperuza. Según Betty, Alicia estaba «*realmente perversa*».

—Procura no dejar caer ningún aro, ni fallar ningún truco —le recomendó Betty—. No sea que descubras que el conejo no está en tu sombrero o algo por el estilo.

Pero Alicia estaba tranquila a este respecto. No sentía el menor nerviosismo. Tenía absoluta confianza en sí misma y, con ojos brillantes de entusiasmo, saltaba y brincaba como si tuviese muelles en los talones.

—¡Chiiiiis! —exclamó alguien—. La orquesta va a empezar y ya está sentado el público. ¡Chiiis!

La orquesta tocó un airoso prelude. ¡Resultaba precioso! Darrell atisbo a través del telón y vio a Irene de pie ante el atril, agitando enérgicamente la batuta. ¿Qué impresión debía causar dirigir música propia? Sin duda la misma que experimentaba el dramaturgo al ver interpretar una obra suya. Darrell tembló de excitación.

Un timbre sonó detrás del escenario. El doble telón estaba a punto de alzarse y el coro se aprestaba a entrar en escena. ¡La comedia había dado comienzo!

Cuando el coro se retiró del escenario, Mary-Lou se quedó sola junto al fuego, en su papel de Cenicienta. Su dulce vocecita entonó la alegre melodía de Irene, captando al punto la atención del auditorio.

Luego entró en escena el Barón, dando grandes y sonoras zancadas con sus botas de montar, y prodigando recias exclamaciones.

—¡Es Bill! —vociferaron las regocijadas colegialas.

Y aplaudieron con tanto entusiasmo que interrumpieron unos instantes la acción de la pantomima. Las dos hermanas feas promovieron también grandes aplausos. Estaban realmente ridículas, muy encajadas en su papel. ¡Y cómo disfrutaban! Gwen incluso tuvo celos de no ser una de ellas. Prescindiendo de la fealdad requerida por los personajes debía ser maravilloso interpretar un papel cómico como aquél. En cambio, tenía que contentarse con ser un simple criado del coro, sin el menor lucimiento personal.

La señora Lacey apenas la vio en toda la función, pero, por una vez, no le importó. ¡Estaba tan embelesada con la comedia!

Por fin apareció el Príncipe, encarnado por la esbelta y elegante Mavis, muy tímida y nerviosa hasta que entonó su primera canción. Más entonces, ¡qué maravillosa! Su voz brotó como un milagro entre la sobrecogida concurrencia, y no se oyó una mosca en toda la actuación.

Los ojos de las madres se llenaron de lágrimas. ¡Qué hermosa voz! ¡Qué providencial que Mavis la hubiese recuperado! Algún día sería una gran cantante de ópera, acaso la mejor que había existido. Mavis continuó cantando como un ruiseñor, con su pura y clara voz, en tanto Irene se recreaba escuchando las canciones que con tanto acierto había compuesto para ella.

Una fragorosa ovación interrumpió de nuevo la acción de la pantomima.

—¡Otra vez! —chillaban todos los presentes—. ¡Qué se repita! «*¡Qué se repita!*».

Darrell temblaba de emoción y de alegría. ¡Era un éxito! ¡Era un éxito! De hecho iba a ser un

«*exitazo*». Sólo de pensarlo, la muchacha era presa de una gran excitación.

Alicia estuvo magnífica, con sus espléndidos saltos y su diabólico canto.

—¡Ooooh! —exclamaron las alumnas de la escuela elemental, deliciosamente conmovidas—.

¡El Rey de los Demonios! ¡Es Alicia!

Sin un solo error, Alicia hizo juegos de manos y acrobacias, como la más consumada profesional. Los padres se miraban unos a otros, entre exclamaciones de sorpresa y admiración.

—¡Pero si podría actuar en el mismísimo Londres! ¿Cómo diablos ha hecho «ése» truco?

De esta forma, continuó la representación y, al final del primer acto, todo el mundo aplaudió frenéticamente, profiriendo grandes vítores. Los intérpretes se precipitaron sobre Moira y Darrell apenas cayó el telón.

—¿Lo hemos hecho bien? ¡Casi olvidé mi parlamento! ¡Qué bien se porta el público! ¡Oh, Darrell! ¿No estás «orgullosa»? ¡Verdad, Moira, que lo estamos haciendo estupendamente?

Siguió el segundo acto. Entonces el público tuvo ocasión de apreciar y admirar el precioso vestuario. También les entusiasmó la puesta en escena y aplaudieron a rabiar la carroza dorada, especialmente las alumnas de la escuela elemental, pues algunas de ellas habían ayudado a pintarla.

Por fin llegó el término de la representación. El coro cantó su última intervención e hizo la postrera reverencia. El telón se abrió una, dos, tres, cuatro veces. El público, puesto en pie, aplaudía, gritaba y pataleaba. Fue el éxito más rotundo cosechado por *Torres de Malory* desde su apertura.

El público volvió a sentarse. Una llamada general cada vez más insistente, clamaba:

—¡La autora! ¡La autora! ¡La autora!

Alguien empujó a Darrell.

—¡Vamos, sal de una vez, boba! ¡El público te está llamando! ¡Tú eres la autora! ¡Tú escribiste toda la obra!

Aturdida, Darrell entreabrió el telón y salió al proscenio. Vagamente, vislumbró el excitado rostro de Felicity en algún lugar de la sala. Buscó con la mirada a sus padres. Allí estaban, aplaudiendo con toda su alma. La señora Rivers no pudo contener unas lágrimas. ¡Darrell! ¡Su Darrell! ¡Qué maravilloso era tener una hija de la que poder enorgullecerse! ¡Muy bien, Darrell, muy bien!

—¡Habla! —instó alguien—. ¡Haaaabla!

—¡Di algo, atontada! —apremió Irene, desde la orquesta.

Súbitamente, sobrevino un profundo silencio. Darrell titubeó. ¿Qué diría?

—Gracias —balbuceó al fin—. Lo hemos hecho todo muy a gusto. Yo nada hubiera podido sola, por supuesto. Irene compuso toda la música. ¡Ven aquí, Irene!

Irene apareció a su lado, saludando al público, y fue muy aplaudida y vitoreada.

—Y Belinda es la autora de la escenografía —continuó Darrell, en tanto alguien empujaba a Belinda a su lado, desde el otro lado del telón—. Y Sally ha sido en todo momento mi valiosa colaboradora.

Sally apareció a su vez, muy ruborosa.

—Moirá y Betty han sido nuestras directoras artísticas —prosiguió Darrell animándose un poco—. Aquí están. ¡Ah!, y Janet es la artífice del vestuario.

Las tres se asomaron, radiantes, a recibir los aplausos del público.

—Y Mavis debe aparecer también, porque, además de cantar, es la maestra de coro —declaró Darrell.

Mavis salió tímidamente y fue objeto de una clamorosa ovación.

—¡Ah, y sería injusto olvidar a Pop! —exclamó Darrell.

Y para deleite de todos los espectadores apareció el buen hombre en chaleco y delantal verde, con aire de estar completamente atontado y muy orgulloso de sí mismo. Saludó varias veces y luego desapareció como un muñeco de caja de sorpresas.

Después, tras una postrera y prolongada ovación, la cosa quedó definitivamente zanjada.

«*Ojalá pudiera eternizar este momento* —pensó Darrell, atisbando una vez más por el telón—. *¡Mi primera obra, mi primer éxito! ¡No quiero que pase este instante!*».

Reténlo, Darrell, mientras nosotras nos retiramos. Es tu gran momento. ¡Nunca volverás a vivir otro igual!

# Notas

[1]Lacrosse: Juego por equipos parecido al hockey sobre hierba, pero que se practica con un palo o raqueta que lleva una bolsa de red y se juega principalmente en los países anglosajones.<<

[2]«Measley» se parece al vocablo inglés «measly», que significa «despreciable». (N. del T.)<<

[3]Célebre publicación semanal inglesa de índole festiva. (N. del T.)<<